

100



Los días de Rubí Chacón

HILARIO PEÑA

COLECCIÓN

LITERATURA



Fotografía: Karla Quezada ●

Hilario Peña radica en Tijuana, donde labora como capataz en una maquiladora de capital asiático. *Los días de Rubí Chacón*, obra finalista en el Premio Binacional de Novela Joven *Frontera de Palabras / Border of Words*, es su primera novela.

LOS DÍAS DE RUBÍ CHACÓN

Hilario Peña

ISBN 970-35-1259-3

- © CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES
- © FONDO REGIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES DEL NOROESTE
Centro Cultural Tijuana, 2007
Paseo de los Héroes 9350
Zona Urbana Río, C.P. 22010
Tijuana, Baja California, México

Edición y diseño de portada: DDO Producciones

Ilustración de portada: Ruth Ramírez

Queda estrictamente prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier sistema o método electrónico, incluso el fotocopiado, sin la autorización escrita de su autor.

Impreso en México / Printed in Mexico

Los días de Rubí Chacón

Hilario Peña

COLECCIÓN
LITERATURA

FONDO REGIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES DEL NOROESTE

Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

Sergio Vela
Presidente

Álvaro Hegewisch Díaz Infante
Director General de Vinculación Cultural

ESTADOS

Baja California
INSTITUTO DE CULTURA DE BAJA CALIFORNIA
Maricela Jacobo Heredia
Directora General
Coordinadora General del
Fondo Regional para la Cultura y las Artes del Noroeste

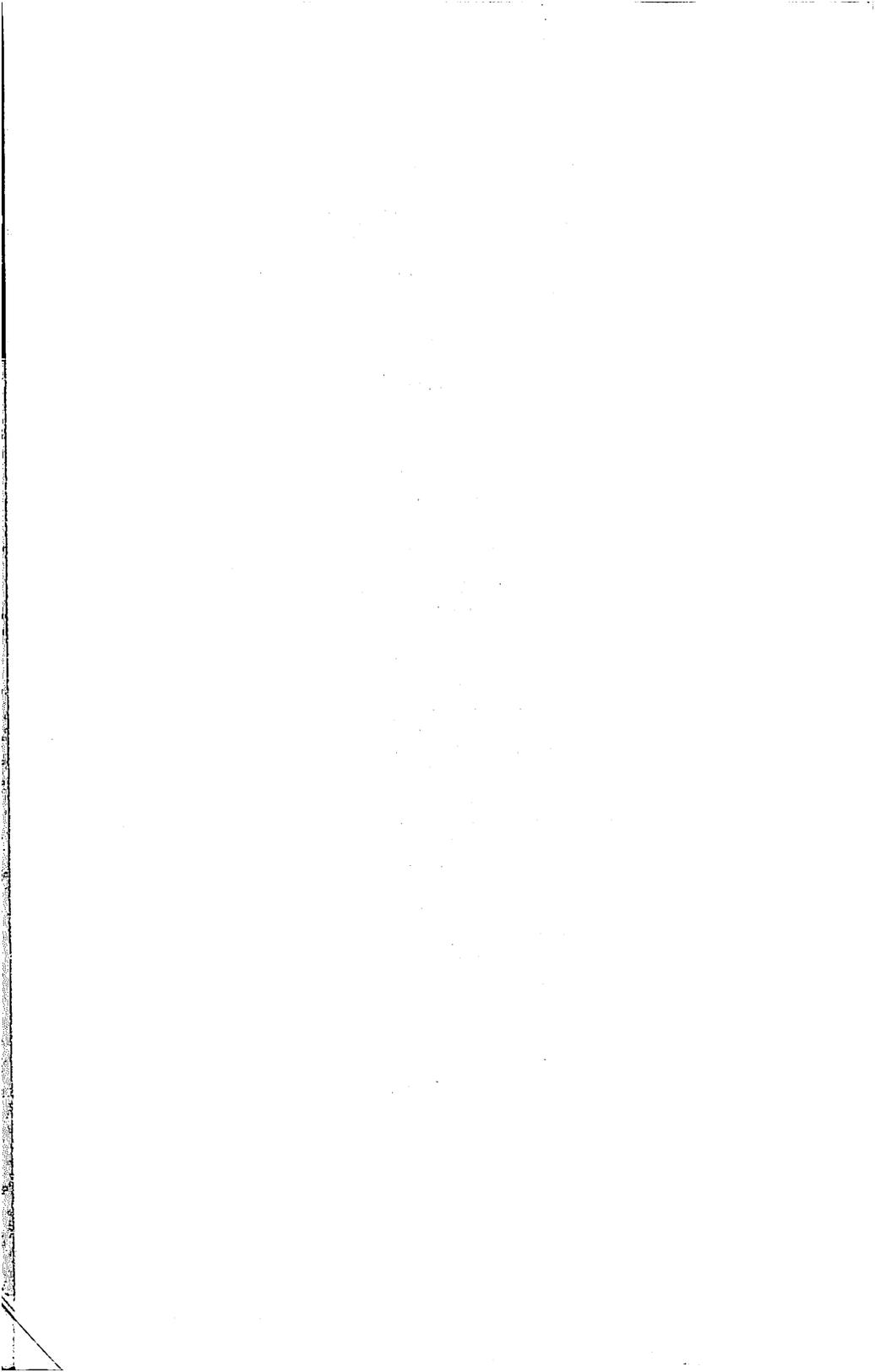
CENTRO CULTURAL TIJUANA
Teresa Vicencio Álvarez
Directora General

Baja California Sur
INSTITUTO SUDCALIFORNIANO DE CULTURA
Elsa de la Paz Esquivel Amador
Directora General

Sinaloa
DIRECCIÓN DE INVESTIGACIÓN
Y FOMENTO CULTURAL REGIONAL
Ronaldo González Valdés
Director General

Sonora
INSTITUTO SONORENSE DE CULTURA
Fernando Tapia Grijalva
Director General

Para Karla Q, Zápari
y la familia González
Garduño



La voz de mi esposa al teléfono:

—Me despido Eric... Que Dios te bendiga.

—¿Qué dices?

—Esto es hermoso... Eric, quiero que sepas que no te guardo ningún rencor.

Y todo gracias a Marcial.

Marcial arribó a nuestra colonia proveniente de la capital. Llegó con sus chacos que él mismo se fabricó con el torno de un taller donde trabajaba. Los barnizó, les consiguió su cadena, los encintó para proteger sus manos de callos y ampollas, y les adecuó las tapas de acero inoxidable que llevaban en los extremos. Él mismo se puso ese nombre. "Yo me llamo Marcial".

Una crisis avanzaba, del sur hacia el norte, como una plaga. Aquello era distinto, no era de esas recesiones ocasionales que ocurren cada cierto periodo, ésta era un recrudecimiento de la pobreza de por sí existente. Se percibía el tumulto de una estampida latente. Comenzó un éxodo silencioso como de cucarachas saliendo de las coladeras ardientes por el calor del verano. Así nos llegó Marcial y así nos seguían llegando más y más personas a nuestra inocente ciudad fronteriza.

De alguna manera sabía que todo estaba relacionado. Se sentía en el aire. Eso no lo decía Marcial. Marcial sólo decía que las Vázquez serían su familia de ahora en adelante, escondiendo en todo momento lo que era el hecho de que Marcial no era más que un oportunista que había conseguido su rescate a través de Roxana.

—Ellas son mi familia ahora y yo las voy a proteger —decía Marcial.

Fui testigo del arribo de Marcial a la casa de Roxana Vázquez. Era muy temprano, yo me encontraba parado en la banquetta, ya había tirado mi cigarro al suelo y ahora tenía las manos dentro de las bolsas del pantalón debido al frío. En el momento en que se toparon nuestras miradas Roxana iba estacionando su carro. Marcial venía a su lado con la dureza y rigidez de siempre, con un corte de cabello incómodo (corte militar, excepto por un tupé en forma de ola), sus pómulos tensos y su mirada fría. Se bajó del carro con movimientos secos y mecanizados. Un pie, media vuelta, el otro pie, impulso, fuera del carro, media vuelta, paso hacia atrás, cerrando puerta y saludo de buen vecino, arriba mentón: “*hola qué tal*” —sin signos de interrogación—, y abajo mentón. Y lleno de convicción se dirigió a la cajuela por su equipaje.

Había llegado Marcial con sus chacos a la casa de Roxana y se tomaba muy a pecho las molestias que la gente ocasionaba en contra de la señora Ofelia. La razón por la que se veía constantemente hostigada era debido a que la señora Ofelia no era medida en cuanto a sus compras a crédito. Digamos que complacía sus caprichos cuando sentía la necesidad de hacerlo. De lo que no sentía mucha necesidad era de pagarlos. Todo ello hacía común la presencia de cobradores arremetiendo contra la puerta de las Vázquez.

La llegada de Marcial y sus chacos no cambió mucho esta situación, salvo la parte donde los cobradores arremetían contra la puerta de las Vázquez. La casa de la señora Ofelia se convirtió en un punto indeseable para los cobradores. Aquel que osaba interrumpir la tranquilidad de aquel hogar se veía amenazado por la furia desencadenada de Marcial, quien abanicaba agresivamente sus chacos a escasos centímetros de sus narices. Seguido me tocaba ver a Marcial abanicando sus chacos y pasándolos por su espalda, mientras retaba a toda clase de mensajeros y cobradores.

—¡Ahora sí nadie se va a meter con mi mamá! —Marcial gritaba, sin camisa y abanicando sus chacos.

Luego me veía y se justificaba: “Es que abusan”.

Yo decía: “Sí”.

Roxana tenía a su mamá, doña Ofelia, madre soltera, vecina nuestra y empleada de una secretaría federal. Vivían en la casa de al lado, desde donde Roxana se vio expuesta al encanto implacable de mi personalidad y carisma natural, y como dicen que

el amor entra en las mujeres a través del oído, supongo que el padecimiento sentimental de Roxana fue transmitido después a su prima Gloria, comúnmente de visita en su casa.

Gloria y Roxana parecían gemelas. Altas, corpulentas, de cabello castaño, abundante y rizado. Sin embargo, era la recurrente risa nerviosa de ambas lo que me mantuvo de hablarles durante toda mi adolescencia. Era eso.

Roxana salió embarazada.

—Si es niño le voy a poner Marcial, como su padre, y si es niña pues Carmen. Siempre me ha gustado Carmen para niña —nos decía Roxana, en una época en que le dio por ir seguido a casa de mis padres.

—¿Y Marcial ya encontró trabajo? —le preguntaba mi madre.

—Él quiere dar clases de karate, es lo que él estudió y es lo que le gusta pues. Y está bien, para que no desperdicie lo que sabe. También la está buscando de maestro de educación física en las escuelas. También tiene título de eso, así que le está buscando aquí y allá... Sí... —terminó Roxana, con un semblante pensativo.

—Qué bueno —dijo mi madre.

—Sí... —Roxana, aún pensativa.

Roxana salía a la calle y hablaba de las primeras pataditas y de sus náuseas y del ultrasonido y de su apetito y de su peso. Nos enseñaba su ropa de maternidad y no paraba de hablar, siendo que antes era más bien tímida. Luego nos tocó verla con un ojo morado; después, con su labio reventado y la mirada evasiva de nuevo; más tarde, la señora Ofelia salió embarazada. Para ese entonces ya las dos vivían recluidas y al único que veíamos era a Marcial.

—¿Unas chelas en la noche? —me preguntaba Marcial.

—Hoy no —yo le contestaba.

El muchacho chilango que llegó desde el ciberespacio y sin un quinto, sólo con sus chacos, se metió hasta la cocina, se metió con la hija, se metió con la madre, golpeó a las dos y llegó para quedarse.

Ya me había ido yo a Ensenada a estudiar la carrera de psicología industrial, una pseudociencia barata y de moda por aquellos años que nomás usé para seguir viviendo como zángano a costillas de otros. Fue por aquella época que se me ocurrió cambiar las persianas defectuosas de mi casa de estudiante por cortinas de tela blanca que me inspiraran mayor tranquilidad en mis horas de estudio. Las haría yo mismo. Conseguiría el soporte de madera y lo engraparía a la tela para luego atornillarlo a la pared. En el almacén de telas al que llegué fue donde descubrí a Yadira.

Yo, que me considero capaz de captar las virtudes físicas de una mujer, más allá de sus atavíos, pareciéndome incluso más excitante cuando aparece poco sugerente al observador banal, quedé inmediatamente prendido de lo que ningún gerente de aquel almacén notó por debajo de uno de esos horrorosos mandiles color guinda trabajando en ventas.

Aquella piedra fina brillaba únicamente para mí, su belleza era confidencial. Yo la había ubicado al instante y ya me abría paso por entre el ejército de trabajadoras malhumoradas que me hablaban con desgano desde sus puestos. Ah... Yadira. El brillo acaramelado de su piel azteca y esa constitución firme que había yo advertido desde la entrada se veían confirmados con mi aproximación. Me acerqué a ella tratando de controlar mis manos que demandaban el recorrido de su cuerpo de curvas suaves que desembocaban en su cuello ardiente, en una explosión de rubíes, perlas y nácar, que era esa encendida cara suya.

La abordé. Yadira se mantuvo atenta a mis pobres explicaciones sobre cortinas y decoración de interiores, dirigiéndose al carrete de tela indicado, con metro y tijeras en mano, mientras

preguntaba por las medidas requeridas, después de lo cual nos dirigimos a la mesa, donde precisaba el corte solicitado por mí. Fue mientras hacía esto que se detuvo, concediéndose una pausa, y pasándose el antebrazo por su frente con las cejas arqueadas, en ademán de fatiga, despejando espacio para la conversación casual, a lo cual reaccioné con prestandia:

—¿Estás cansada verdad?

—Es que hoy salgo hasta las ocho —respondió con naturalidad.

—¿A las ocho?

Fui por ella. A los días éramos pareja. Estaba tan orgulloso. Pensaba que la había descubierto.

La sobrina de Yadira siempre estaba infestada de lombrices que le salían hasta por la nariz. Recuerdo que me tocaba verla jugar con cucarachas. Había cucarachas por todos lados de la casa. Cucarachas perseguidas por cachoras que a su vez eran perseguidas por ratas que a su vez eran perseguidas por iguanas tropicales. Sobre todo en la cocina. Otras veces me tocaba ver a la niña con la boca llena de tierra.

“Steffanie, escupe la tierra. ¡Escúpela!”

El problema de la casa de Yadira era su cuñada, no tanto las cucarachas, ni las cachoras, ni las ratas, ni las iguanas tropicales.

Fernando, el hermano de Yadira, era bien parecido, su hermana estaba buenísima, su mamá era guapa también; sin embargo, su esposa era fea. Fernando tenía su nariz aguileña y de sus ojos se parecía a Yadira, lo cual era bueno, pero aún así tenía feos gustos.

Comencé a ir todos los días por Yadira a su trabajo. A veces la llevaba a su casa, pero a mí no me gustaba ir mucho ahí. Otras veces íbamos a mi cuarto. Al tiempo de andar yo con ella, Yadira decidió dejar su trabajo en el almacén de telas y entró a trabajar a la gasolinera.

—No te estoy preguntando Eric, te digo que voy a salirme de las telas... Pagan mejor en la gotera —me dijo un día que estábamos viendo tele.

—Está bien —le dije, y entonces seguimos viendo un programa de chismes.

Mientras tanto, Yadira me contaba que ya no soportaba a su cuñada. Me decía que ya no soportaba la vida en su casa, que quería huir. Me pedía que me fuera con ella, que lo dejara todo, que nos casáramos, que le respondiera, pero a mí no me gusta Estados Unidos. Me da pereza.

—Ya no soporto a Aidé Eric, es muy, muy sucia y nos roba mucho dinero, además de que es mala... No cuida a su hija Eric... Vamos a Estados Unidos. Tengo dinero ahorrado.

Aidé, la cuñada de Yadira, era una mujer muy grande, más alta que yo y más ancha también, por lo que le dio por ahorrar varios meses de lo que le quitaba a toda la familia de Yadira para comprarse una de esas fajas que anunciaban por telemarketing.

—¡Se está quemando! —me gritó Yadira pidiendo ayuda desde una de las recámaras. Salté del sillón y corrí dentro de la casa. Era Aidé que tenía puesta la faja que le quemaba su grasa corporal de una manera sospechosamente salvaje, en relación con el modo de funcionamiento descrito en el empaque, chamuscándole el estómago por medio de un flama plateada que corría a lo largo de su cintura y entonces Aidé se tumbó al suelo haciéndose la muy desmayada. Simplemente azotó con su cinto mágico adherido en su piel.

Cosas como ésa le pasaban a Aidé, por eso no duraba en los trabajos, ni sabía cocinar, ni hacer nada.

Aidé lloraba y pataleaba a causa de su pancita lacerada y el hule del cinto aglutinado entre su piel. Yadira se aproximó junto a mí, me abrazó sumisamente, y poniendo su cara en mi pecho, recuerdo que me dijo: “Ya no quiero vivir aquí...”

Yadira no esperaba que fuera durante toda aquella semana a la gasolinera. Salía a las cinco de la mañana y ya me había mencionado antes su opinión acerca de que ese turno no era el apropiado para partir a otro lado después. Además, Yadira misma consideraba fastidiosa la necesidad de hacerme acudir por ella a esas horas.

Salí de mi casa de noche e hice tiempo vagando solo por la ciudad, antes de ir por ella a su hora de salida. Anduve caminando por horas y horas, pensando. Esa noche escuché a una mujer con pinta de oficinista gritándole a un teléfono público: “¡Yo también estoy sola Paty!”, llorando y con su carro estacionado a un lado.

Los túneles y puentes peatonales se encontraban solos, crispándoseme la piel del miedo antes de cruzarlos. Los bares estaban cerrando, no había dónde hacer tiempo. Me cansé de vagar a la hora en que la brisa de la madrugada se le mete a uno en los huesos, dirigiéndome entonces hacia la gasolinera donde trabajaba Yadira, a esperarla hasta su salida.

La ruta del transporte urbano me dejaba cerca de un centro comercial, en la misma calle pero a cuatro cuadras de distancia de la gasolinera. Al bajar, mi trayecto andaría por debajo del puente que queda cerca, entonces ya de ahí se haría más visible Yadira.

Justo antes de los pilares que sostienen el puente, caminando, llamó mi atención la llegada de un grand marqués color negro a la gasolinera —uno de esos lanchones viejos y largos—, y quien lo atendía era precisamente Yadira, y no la otra muchacha que también estaba ahí. Llamó mi atención, también, la cautela con

la que llegó el marqués, y luego el hecho de que no se le estuviese llenando el tanque, ni checando el aceite, ni nada de eso, sino que sólo se detuvo a platicar con mi novia.

Yo me mantuve cubierto detrás de los pilares, lejos de su vista, captando el desenvolvimiento de la escena, de tal suerte que para el momento en que el marqués se separó de la línea de tránsito junto a las mangueras y viró unos metros para detenerse en el estacionamiento contiguo a los baños, y ante el intercambio de sonrisas y miradas entre el conductor y *mi* novia, ya mis emociones habían dado un vuelco. Recordé lo que Fernando había dicho de que “el bato se la quiere llevar”, con insistencia, cosa en la que no había reparado hasta ese momento. Y entonces, una súbita reacción de conjeturas e interpretaciones heló mi cerebro y me dio a pensar la presencia de una amenaza.

Es que no lo podía creer... Yo me sentía tan seguro, no me sentía amenazado por nadie, y menos por ése del que Yadira ya me había hablado antes, pero de una manera compasiva y burlesca. Pero recapacitando en el comentario de Fernando, lo que me daba vueltas y vueltas en la cabeza era cómo es que sabía ése de las intenciones de Yadira de irse de aquí, a menos que Yadira misma se las hubiera comentado, y siendo así, ¿con qué intenciones?

Viéndolos muy puestos de acuerdo me hizo sentir traicionado. Siempre había estado solo, y muy bien, pero ya tenía a Yadira. Ella era la elegida, la que me correspondía, y ya no podía dar marcha atrás. Me mantuve en mi posición dejando que el curso de las cosas corriera su propio cauce, y yo detrás de las columnas. Solo. Recargado con las manos sobre el concreto helado, mientras que los obreros que pasaban a mi lado camino a su trabajo se me quedaban viendo. De pronto se estaban yendo juntos. Yadira estaba recogiendo sus cosas y ya se iba con el otro.

Iría a la casa de Yadira para atestiguar la naturaleza de su trayecto fuera de la gasolinera, y así descartar la posibilidad, en caso de demora, de que haya sido solamente un inocente aventón de parte de un admirador. En pocas palabras, Yadira ya tenía que

estar ahí antes de que yo llegara, esto como prueba última de su inocencia. La gasolinera no quedaba lejos de su casa. Llegué como a eso de las seis de la mañana y quien me abrió la puerta fue Fernando, extrañado de verme.

—No ha llegado Yadira —me dijo Fernando— ¿Qué pasó?

La esperaba frente a su casa. A Fernando se le notaba la angustia.

—¿Dices que se fue con un *bato*?

—Un *bato* en un marqués.

Fernando salía y entraba de su casa. No tenía mucho qué decirme. Sólo me veía afuera, en la banqueta, se ponía a un lado mío y me preguntaba por los detalles de la conducta de Yadira hacia el fulano durante el tiempo que los estuve observando.

—¿Pero cómo los viste?... ¿Actuaban sospechosos? —me preguntaba Fernando.

—Sí —le contesté.

Como a las tres horas vimos llegar el marqués negro con la cara espantada de Yadira dentro. El tipo estacionó su carro justo frente a mí; no le abrió la puerta. Lo que sí hizo fue bajarse él también y quedarse parado junto a su carro. Recuerdo de él que era un hombre de menos de treinta años, delgado, alto y dientón. Yo estaba parado con las manos hacia atrás y ya tenía la piedra en mis manos, entonces estrellé la piedra en el cofre del carro y ya.

—¡Qué hice! ¡Qué hice Eric! Nomás fuimos a la playa a ver la salida del sol. ¡No hicimos nada!

—¿Qué arreglaste con eso amigo?

—No hicimos nada Eric. ¡Te lo juro!

—¿Qué arreglaste? ¿Qué arreglaste con eso? Te pregunto.

—¿A dónde vas Eric?

—¿Ya quedaste a gusto?... ¿Es todo lo que querías?

—Eric, regresa, vamos a platicar.

—¿Qué arreglaste?

—¡Eric! ¿Ya no me vas a hablar?... ¿Ya no me vas a hablar?...
¡Eric!... Adiós pues, cuando te calmes hablamos.

Me apasiono demasiado. El orgullo me priva. Por eso hice eso de encararme con Yadira, muy digno, muy despectivo y todo, y pues, la verdad, quedé muy satisfecho. Así estaba a gusto, luego si nos poníamos a discutir iba a enseñar la herida. Y luego todavía más feliz cuando iba a mi casa con ganas de explicármelo todo. Todavía más feliz. Eso no tenía perdón. Según yo, eso ella tenía que saberlo.

Cuando era joven la palabra fue *cambio*. Todo mundo se ponía a tono con la nueva palabra. Se anunciaban desodorantes que te preguntaban: “¿Vas a seguir con el mismo?... Cambia al nuevo...” O se instalaban compañías telefónicas que te preguntaban: “Y tú... ¿Vas a seguir con los mismos?... Mejor cambia a...” Y lo mismo con las sodas, las fritangas, los detergentes y, por supuesto, con la política y las religiones.

El suceso que, para mí, significó un auténtico parteaguas en la historia nacional fue cuando el anfitrión de cierto programa de televisión se tornó amarillo como la mostaza y luego se infló. Su programa se transmitía los domingos y consistía en presentar a invitados musicales (que a su vez eran actores de telenovelas entre semana), los cuales movían sus labios al frente de una grabación. Por ello se decía que el mundo del espectáculo gravitaba en torno de su programa, pero porque a lo que se le llamaba mundo del espectáculo no era otra cosa más que un negocio con una nómina de empleados de lealtad firmada que la hacían de *cantadores y actuantes*.

De lunes a viernes era de empleados llorando *culebrones*, y los fines de semana era de esos mismos empleados moviendo los labios al compás de la música. La cosa es que eso le gustaba a las señoras, y no fue sino hasta que aquel conductor quedó como sapo inflado de color amarillo que su programa pasó por entretenimiento en los hogares mexicanos por más de dos décadas.

Quedó fuera de combate. Las cosas ya no serían igual. Poco a poco me convertía en adulto.

Me tocaba ver a Marcial cada que iba en mis vacaciones a la casa de mis padres; seguido me invitaba a pasear en el carro de la señora Ofelia.

—Las dos son unas perras *maestro* —me decía Marcial de doña Ofelia y Roxana mientras manejaba.

Esa noche Marcial se dedicó a extenderse en el tema de su vida sexual con la señora Ofelia y Roxana, con todo y lujo de detalles.

—Yo le pongo una almohada y le levanto la pata...

De ahí pasó a platicarme de la situación entre ellas, acerca de cómo él fungía como intermediario desde el día en que Roxana lo sorprendió con su mamá en la cama, y del zafarrancho que se hizo. Yo no sabía que la señora Ofelia y Roxana no se hablaban.

Aquella era la época de la fiebre por los mentados *tables*, los cuales de pronto suponían ser los recintos autorizados para ejercitar nuestra calidad de contemporáneos del mundo. De hecho, por ello mismo, mi lugar favorito sería también El Farol. No le veía el sentido a otros lugares en los que tardaban horas en desnudarse con todo ese ritual del *strip tease*. En El Farol era distinto en cuanto a que toda mujer que entraba se encueraba tan pronto ponía un pie en el establecimiento y ya, y se paseaban así por el lugar muy quitadas de la pena. No sé si ya lo habrán cerrado.

Llegamos, nos sentamos y ordenamos una ronda. En la mesa de al lado, cuatro individuos sin combinación en su vestir, de esos conocidos en Tijuana como *maquila*, discutían acaloradamente, en tanto que una mujer desnuda les bailaba a todos arriba de la mesa, incapaz de atraer su atención. La mujer, delgada y a la

vez flácida, exhibía unos pechos pequeños y puntiagudos, coronados por anchos pezones de color morado. Su boca era bastante amplia, provocando en su gesto una especie de sonrisa sarcástica en todo momento, por más que sus ojos quisiesen expresar lo contrario.

—...Yo le dije: “tú no te llevas este material sin mi autorización cabrón, y me vale madre que se pare la producción” —decía un hombre moreno, alto y de aspecto tuberculoso.

—Está por los suelos, por los suelos —decía otro hombre, éste de tez blanca, rollizo y bastante joven, quien al parecer hablaba para sí.

—¡Así no se piden las cosas! —insistía el individuo moreno.

—Yo te digo, la fábrica se está yendo al pozo —decía el gordito.

—Y luego llega con la hoja de tiempo muerto, y me dice: “firmamela”. Y yo le digo: “no te firmo ni madres”. Y luego me dice: “ah, entonces te voy a amonestar”. Y le digo: “amonéstame”.

—Nos van a correr a todos. Vamos a pagar justos por pecadores, ni modo... Qué le vamos a hacer...

Los otros dos, hablaban, con un volumen más bajo, creo que de fútbol. En general tenían aspecto de hombres frustrados, pero digo, quién soy yo para juzgarlos, yo simplemente digo lo que me parecieren.

Y entonces nosotros ordenamos otra ronda y fue en eso que me dio por rastrear el punto fijo sobre el que se posaba la mirada de Marcial desde hacía rato. Me di la vuelta y pude ver lo que llamaba la atención de mi acompañante. Sobre la mesa, a mis espaldas, había dos mujeres bailando, las cuales luego bajaron de la mesa y se fueron sentando encima de cada uno de los seis rancheros que para ese entonces las esperaban con la bragueta abierta y sus miembros flácidos de fuera. Los rancheros se preparaban agitando sus miembros flácidos con la mano, con lo cual se medio endurecían.

“¡Eso es lo que deja tanto perico compa!”

En eso, un ranchero gordo, preparándose para recibir a su respectiva, con su miembro flácido en mano, y ante los esfuerzos infructuosos por erguirlo satisfactoriamente, optó por metérselo de vuelta dentro del pantalón y tomar una botella de la mesa, la cual se colocó parada sobre su bragueta, simulando su imposible erección.

Una mujer protestó.

Los rancheros metieron sus manos a sus respectivas carteras y comenzaron a sacar billetes que arrojaban sobre la mesa. La mujer no cedía. Luego cayeron más billetes sobre la mesa. La mujer volteó a ver a uno de los de seguridad. Éste no hizo nada. Los rancheros voltearon a ver al mismo de seguridad y lo hicieron venir. Éste acudió. Los rancheros volvieron a meter sus manos a sus respectivas carteras y otros billetes más fueron a dar a la bolsa de la camisa del de seguridad. El de seguridad le dijo algo a la mujer...

Las dos mujeres terminaron por acceder al servicio solicitado por los rancheros. Volteé a ver la cara de Marcial y sus ojos los tenía encendidos, sus pómulos los tenía tensos, había dureza en su expresión. En eso algo me dijo, no recuerdo qué, algo en lo que concordamos los dos.

Volvimos a voltear hacia la mesa de los rancheros y esta vez todos tenían botellas en sus manos. Los seis rancheros alrededor de la mesa con sus botellas en mano. Las dos mujeres iban de ranchero en ranchero sentándose sobre las botellas. De a dos botellas por cavidades distintas en ocasiones, y entonces separamos la vista de con los rancheros y nos tocó ver llegar a Lety, muy seria, viéndose la cintura y arreglándose un cinto rojo que al parecer traía un poco flojo. Y supongo que fue amor a primera vista porque Marcial soltó una especie de grito cortado y entremezclado con un suspiro: "¡Quiero a ésa!"

Leticia era guapa, tenía cierta decisión en su mirada. Muy resuelta. Por encima de todo lo que estaba pasando ahí dentro, y Marcial gritó: "¡Quiero a ésa!"; levantándose de su silla y dirigiéndose hacia donde estaba Lety, a quien le dijo algo al oído.

—Dice que va ir a dejar su ropa y que orita viene para acá —me llegó diciendo Marcial, ruborizado y con una sonrisota dibujada en su rostro—. Está bien linda esa niña.

Yo poco a poco iba perdiendo contacto con mis sentidos conforme avanzaba de cerveza en cerveza, así que el pie de Leticia en mi rodilla y su mano en mi hombro me tomaron por sorpresa, al tiempo en que ésta se apoyaba para subirse a la mesa, mientras que Marcial la iba guiando con la otra mano, de pie y con un impecable porte de duque encima.

Leticia comenzó a bailar y entonces volteé a ver a Marcial y éste la miraba como si estuviera frente a la manta de Juan Diego, con su boca abierta y su mirada expectante.

“Como la divina flor en primavera y tus piernas suaves como pétalos...”

Marcial recitaba una sarta de cursilerías a Leticia, quien, al parecer, le encontraba un poco de gracia a todo ello, por lo que se podía ver en sus recurrentes sonrisas.

Más divina que las estrellas y la luna...

—¡La vas a marear! —le gritaban desde atrás.

Quiero volar hacia ti y posarme en tus labios...

Y en eso, parado a un lado de nosotros, de pronto teníamos a uno de los rancheros y su voluminosa barriga colgando. Al ranchero le sudaba mucho su cara y respiraba por encima de su grueso bigote a base de resoplidos incómodos, mientras que eructos interrumpían su hablar:

—Compas... —eructó— A ver... Me voy a llevar tantito a la morra ésta p'allá... —y eructó— Ya la tuvieron mucho rato... Además de que nomás le estás hablando y no le haces nada... —eructó— Con permiso... Orita te la traemos de vuelta... —y eructando, mientras se disponía a levantar a Leticia de la mesa contra su voluntad.

Comenzaron a forcejear, y en eso Marcial saltó.

—¡Ni madres cabrón!

—Pinche chilango — le dijo el ranchero.

—¡Ni madres cabrón, ni madres!

—Marcial, cálmate —le decía yo.

—¡Ni madres!... Éstos nos la pelan cabrón.

—Más vale que se calme este chilango porque le va a ir mal — me dijo el ranchero.

Y en eso Marcial adoptó una pose karateca que al ranchero lo dejó apantallado y entonces le dice Marcial: “¡Ora si te voy a partir en tu madre culero!”

Al ranchero se le notaba en la cara cómo se iba echando para atrás, poco a poco, de pasito en pasito. Y entonces volteó a su esquina como diciendo “quítanmelo a la chingada”. Y en eso estamos cuando resulta que cae sobre mi espalda uno de los gorilas esos de seguridad y me atasca la cara contra la mesa. Yo tenía el pecho contra la mesa y la rodilla del gorila en mi espalda. Leticia estaba impresionada, y mientras tanto dos gorilas nos sacaban del lugar con los brazos doblados hacia atrás y tomándonos del cuello.

Salimos del congal y los dos gorilas nos liberaron con un empujón: “Órale, antes de que le hablemos a la patrulla”.

Marcial no volteó hacia atrás y comenzó a caminar hacia el estacionamiento, llegó al carro, abrió la puerta del conductor y metiendo la mano debajo del asiento sacó sus chacos.

—Tú no hagas nada —mientras regresaba al congal con sus chacos escondidos.

El primer *swing* al gorila encargado de la puerta le reventó la boca y lo dobló de dolor mientras que el segundo se estrelló contra su nuca, dejándolo inconsciente. Marcial volvió a esconder sus chacos y nos metimos de vuelta al lugar, avanzamos unos metros y nos topamos con el otro gorila: “Te dije que no te quería ver aquí pinche chilango”.

Marcial descubrió sus chacos y le atizó uno en la oreja, lo volvió a abanicar y esta vez lo estrelló contra uno de sus codos, ida y vuelta, y otro más lo aterrizó en su frente. La macana del gorila cayó al suelo.

El segundo gorila estaba fuera de combate. Los rancheros estaban asustados. Lety se notaba halagada, seguramente cientos de botellas y otros objetos extraños debieron haber entrado

antes dentro de ella, sin embargo aquello era indudablemente simbólico.

—A ellos no les hagas nada —le decía Leticia a Marcial tomándolo de los brazos—. Déjame ir por mi ropa y nos vamos de aquí si quieres.

Los rancheros estaban sentaditos. Lety fue por su ropa.

—Marcial, más vale que se apure —le advertí, preocupado, a lo que Marcial reaccionó yendo por el gorila de la puerta.

Marcial regresó.

—Se peló. Eric, por qué no me haces un favor, hay un taxi en la puerta, tómalo y vete a la casa. Mañana nos vemos —me dijo.

Lety salió de una de las puertas, todavía vistiéndose, y en eso yo acepté la propuesta de Marcial. Salí y tomé el taxi sin saber más.

Según me enteré luego, para cuando Lety y Marcial salieron de El Farol las luces de una patrulla comenzaban a distinguirse desde la calle. Salieron muy juntos, en plan de cliente y acompañante, quedando inmediatamente fuera de la descripción que tenían de los criminales. Caminaron tranquilamente hacia el estacionamiento, juntos, de tal manera que al llegar al carro los *polis* apenas iba entrando a El Farol.

Leticia dejó de trabajar en aquel lugar, pero siguió de lo mismo en otro de la misma zona. Marcial frecuentemente la visitaba a su casa en la Cinco de Mayo. Para ese entonces yo ya me había hartado de mi propio berrinche y había decidido acudir con Yadira a concederle por fin la oportunidad de que me diese una explicación de todo lo ocurrido.

Fue hasta la fecha del regreso a clases que fui a su casa. Quien me abrió fue Fernando, apenas concediéndome una mueca como saludo.

—Ya se fue —me dijo Fernando—. Se fue con el *bato* que te dije. Me dijo que estuvo yendo a tu casa varias veces y que tú no le abriste... Iba a tu casa porque yo le había dicho que tú te querías ir con ella.

Yadira me había dejado. Se había ido *al otro lado* precisamente con el del marqués y me había dejado.

Eran vacaciones de invierno, yo estaba en casa de mis padres.

—Eric, te buscan. Es Marcial —gritó mi padre, y luego se dirigió a Marcial—. ¿Y cómo les ha ido ahí en el trabajo?

—Ahí la llevamos. Vengo a invitar a Eric a una fiesta.

—Ahora viene, no tarda —dijo mi papá.

—Es el cumpleaños de Lety —me dijo Marcial al verme salir.

—No quiero ir.

—Acompáñame por favor.

Marcial muy emocionado, y armado de tentadoras promesas para mí, insistió hasta convencerme. Como digo, turismo, puro turismo. Por eso me enojé cuando llegamos a la fiesta y Marcial se paró en aquel pozo de asesinos y cadáveres.

—¡No me dijiste que iba a ser aquí! —me quejé.

Al hermano menor de Lety le decían el Lobito. El Lobito tomó sus muletas y fue por la caja de zapatos en el clóset donde tenía el aparato y la tinta. El Lobito se desplazaba en muletas luego de que le amputaran una pierna gangrenada. Todos estaban rapados y ojerosos y las mujeres hablaban entre ellas acerca de *madrearse* a fulana. En el estéreo sonaba música nortea. El aire estaba plagado del olor a marihuana, a rata muerta y sopa instantánea; las paredes, picoteadas y descarapeladas, exhibían más de cuatro capas de pintura de distintos colores, y el cuarto de estar hacía las veces de recámara, sala y cocina a la vez, con trastes regados por todos lados, mientras que todo era vigilado por una fantasmagórica nube de humo que jugaba con los temperamentos de los ahí presentes.

Era el cumpleaños que le organizó su hermano, en el que Lety le pidió a éste que sacara el artista que llevaba dentro, plasmando sobre el pecho de Marcial un gran retrato de ella, como merecido tributo a su innegable belleza. El consentimiento de Marcial se tomó por hecho a partir de su sonrisa idiota y su aparente calma, reforzada por litros de cerveza y enormes cigarros de marihuana consumidos durante toda la noche.

Mientras tanto, yo platicaba nervioso con Lety y me tocaba notar, por momentos, cómo el temperamento de Marcial parecía querer emerger de las profundidades de su letargo, pero era recostado nuevamente por los sedativos efectos de la mixtura ingerida. Los cholos lo rodeaban como hienas, divirtiéndose con su humor pesado a costa de las historias y el acento *chilango* de Marcial, al que le comenzaron a llamar ya para ese entonces el Chilango, mientras que el Lobito seguía concentrado en su labor, sudando y con los ojos encendidos.

En el retrato, los ojos de Lety fueron exagerados por su hermano con unas enormes y curvadas pestañas que salían de ellos, justo al lado del pezón izquierdo de Marcial. La cabellera, asimismo, contraria a la real, la dibujó frondosa y ondulada, y el tatuaje cada vez rebosaba más y más del pecho de Marcial, comenzando a invadir hombros y abdomen.

El Lobito avanzaba casi automáticamente en su tarea, desplegándose ahora en un grueso letrero que leía "Miriam Leticia", con letras cursivas, y con dos enormes rosales a su lado queriendo significar no sé qué, bajo el retrato ya culminado.

Por fin, el Lobito terminó y me llevé a Marcial cargándolo hasta su carro, tomé sus llaves y nos fuimos de ahí. Al llegar a nuestro barrio dejé a Marcial dormido dentro de su carro, con las llaves dentro y estacionado frente a su casa.

Marcial y Leticia terminaron después de aquella noche. Al parecer a Marcial no le gustó su tatuaje.

Tener que regresar a la escuela otra vez, y tener que aceptarlo.

Mi vecino del departamento de enseguida era otro estudiante que se divertía con los *reality shows* de cantantes juveniles. A mí los primeros días me entraban unas depresiones y unas ganas de platicar endemoniadas. Y entonces la necesidad era dura y yo le sacaba plática al adolescente aquel, quien todavía se me ponía reticente y desconfiado de mis incoherencias de a mil por hora:

“Oyes, pero la telenovela esta... Digo, que no es el mismo cantante que... ¡Ah no, ése era otro! ¿Se te hace que tiene buena voz?... ¿No?... ¿A poco te gusta más el otro?... Oye, disculpa, ¿cómo te llamas?”

Después me iba a mi cuarto y me ponía a llorar porque estaba solo y extrañaba a Yadira.

Gloria iba de visita con su familia de al lado de mi casa. Había adelgazado demasiado para mi gusto.

—Eric, ven para que saludes a Gloria. Ya viste que guapa se puso —decía mi mamá, a quien de verdad parecía caerle bien—. Es modelo.

—Hola Gloria.

—Aquí nomás Eric... Que estás estudiando psicología industrial me estaba diciendo tu mamá.

—Sí —contesté.

—Los dejo —dijo mi mamá, dejándonos solos.

—Yo estudio lo mismo pero aquí —me informó Gloria.

—Yo no encontré cupo —le comenté.

—Qué mal rollo —dijo ella.

—Y qué tal, ¿cómo te llevas con Marcial? —le pregunté yo por decir cualquier cosa.

—¡Ni me hables de ése! —respondió molesta—. Se está aprovechando de mi tía.

—¿Y qué vas a hacer hoy en la noche? —le pregunté espontáneamente.

—¿Yo?... Nada —dijo Gloria.

—¿Qué tal si salimos? —le propuse, para mi propia sorpresa.

—Está bien. ¿A dónde?

—Al cine, luego a dar la vuelta.

—Hay que ir a ver una película de arte —me dijo.

—¿Cuál arte?

—Es que a mí no me gustan las películas de Hollywood —algo así me contestó.

—Allá vemos —le dije, enfadado ya y sintiendo, poco a poco, un profundo arrepentimiento.

—Está bien.

—¿Ahí vas a estar todo el día?

—Voy a estar con mi tía.

—En la tarde paso.

Yo solo quería sacarme de la cabeza a Yadira. No creí que terminaría casado.

Fuimos a ver una película acerca de un tipo codicioso que al final aprende una dura lección gracias a un hecho sobrenatural. Después compramos nieves y luego, sin preguntarle, metí el carro de mi papá con Gloria dentro en un motel de paso. Estuvimos callados la mayor parte del tiempo.

Supe que todo iba por mal camino cuando en la intimidad Gloria me miró a los ojos y me dijo: “Eric, no me había entregado nunca a nadie”.

Ella tendría 23 años. No lo vi venir. No creí que estuviera tan cerrada al mundo. Había escuchado que era modelo. Tenía cablevisión en su casa.

Inmediatamente después, Gloria supo manejar muy bien su obsesión frente a mis padres, quienes ofrecieron poner de su parte la casa donde viviríamos, una propiedad que mis padres tenían en renta en una zona bastante decente de la ciudad.

Mientras los inquilinos desalojaban la casa, yo y Gloria nos dedicábamos a terminar, cada uno por separado, nuestras respectivas carreras. En verdad les agradaba Gloria a mis padres, a diferencia de Yadira, a quien al llevarla con ellos le hicieron de inmediato mala cara.

Yo soy cómodo, así que el trato no me parecía nada mal. De hecho ya se me antojaba tener una casa, sin importar los medios. De Gloria pensé deshacerme luego.

Caminaba por las tiendas del centro; había ido a comprar una compilación de Alberto Vázquez, el tipo aquel bien vestido que solía cantar con un cigarro en su mano y una verruga en su cachete, y de pronto me topé con Marcial, quien se encontraba en una tienda de pinturas vinílicas.

—Son para el negocio. ¿Qué te parece ésta y ésta?... Va a ser este color y va a llevar líneas de éste, así —me dijo, describiéndome una trayectoria horizontal con sus manos—. Estoy poniendo una escuela de artes marciales, aquí a la vuelta, a espaldas del banco. Vamos para que la veas, sirve que me ayudas a cargar hermano. Nomás espera que compre éstas, ya me decidí. ¿Están bien verdad?

—Están bien. Con la línea que tú dices —le dije a Marcial.

—Este dinero es de Ofelia. Se lo voy a pagar ya que eche a volar el negocio.

—No necesitas.

—Eso sí.

Caminamos unas cuadras y llegamos al local. Dentro se encontraba la señora Ofelia con lo que parecía ser un carpintero. Al parecer estaban discutiendo acerca de un presupuesto.

—No, usted me dijo que iban a ser setecientos por las puertas, quinientos por las vistas y quinientos de los aparatos —dijo la señora Ofelia, ya a punto de perder los estribos.

—Ni el material —contestó el carpintero, de manera burlesca. En eso, ambos se percataron de nuestra presencia.

—Buenas tardes —dije. Me ignoraron y siguieron con su alegato.

—¿Qué tal? —me preguntó Marcial.

—Está bien.

—Pero verdad que va a quedar bien con estos colores —y volvió a describir la trayectoria horizontal con sus manos.

—Sí —le respondí.

No hace falta aclarar que la inversión en su totalidad provenía de la señora Ofelia, apoyo que consideraba su responsabilidad desde que sentía ligado el destino de toda su familia a Marcial. De ella provenía el dinero de la renta y acondicionamiento del local, el pago en Hacienda, el dinero de la materia prima para los chacos y los uniformes; en fin, ella respondió por todo.

Con el tiempo se logró establecer una armonía bizarra y bastante confusa entre las Vázquez y Marcial, lo que las hacía verse muy resignadas a su suerte. Marcial seguía siendo el gran patriarca que se paraba en la banquetta, muy soberbio todos los días, y siempre con la última palabra en cada una de las decisiones tomadas en la casa de las Vázquez.

La academia de defensa personal no funcionó del todo. Nunca se consiguió reunir una cantidad de alumnos redituable para el negocio. Al cabo del tiempo la señora Ofelia se resignó a perder su inversión, mientras que Marcial sabiamente optó por tomar el examen para ingresar a una de las empresas más prestigiosas de seguridad privada que había en la ciudad. La empresa se llamaba MURO y ya para ese entonces operaba con bastante libertad dentro de la ley, incluyendo entre sus servicios *acciones* prescritas como de *apoyo al poder judicial*.

La empresa había sido librada de ciertas trabas jurídicas gracias, en gran parte, al potente apoyo de los medios de comunicación y de ciertos grupos políticos como la Sociedad de Damas por un Camino Sano.

Quizá comencé a volverme adicto a la adrenalina que me proporcionaba la compañía de Marcial. Algo sin igual tenía que pasar cada noche en el *Mundo Marcial* o *la devolución de su dinero*.

Recuerdo cierta vez en una de las camas del motel con una tipa con quemaduras por toda su piel y Marcial tirado en el suelo con otra mujer que se mantenía ocupada absorbiendo el humo de un foco. La tipa decía:

—*Dale morro, dale morro* —una y otra vez, con el foco en una mano y el encendedor en la otra, y entonces sonó un celular y Marcial se apartó.

—No les va a pasar nada —decía Marcial a su celular en un tono comprensivo—, ya les dije. No se preocupen, diviértanse por favor.

A Marcial le habían asignado el cuidado de unos *juniors* de mucho dinero que estaban siendo amenazados por unos rancheiros que los culpaban de la muerte de la hija de uno de ellos.

El foco con humo y mientras tanto la tipa a cargo de él le seguía diciendo a Marcial:

—*Dale morro, dale morro, dale morro, así me gusta* —aún a pesar de que Marcial se encontraba a metros de distancia guardando su celular en la bolsa de su pantalón.

De pronto hizo su aparición la Sociedad de Damas por un Camino Sano, la cual desde un principio comenzó a levantar polvo en todos los medios de comunicación; incluso se hablaba de ella en el *New York Times* y en el CNN.

De las siete dirigentes principales de la organización Sociedad de Damas por un Camino Sano, cuatro eran empleadas del negocio de espectáculo mencionado antes. De las cuatro, una era empleada versátil (nombre que se le daba a las que figuraban como cantante y actriz), además de ser la principal fundadora, líder e ideóloga del movimiento. Su nombre en la nómina de la empresa era el de Rubí Chacón. La gente cuando hablaba de ella aclaraba: "¡Es una señorononona!" Las otras tres eran exclusivamente actrices de *culebrones*.

Las siete "Damas" lideradas por Rubí Chacón comenzaron haciendo mucho alarde de su repudio a la corrupción, a la burocracia, pero sobre todo a la ineficiencia policial. Todo esto era hecho por medio de frecuentes *spots* televisivos financiados por fuentes oscuras. A esto le siguieron apariciones en teletones y reportajes de denuncia. De pronto las "Damas" estaban por todos lados.

Rubí Guadalupe Chacón Masías nace en el año de mil novecientos cuarenta y nueve, en Monterrey, Nuevo León, en el seno de una familia de clase alta. La segunda de ocho hijos del matrimonio de don Rogelio Chacón, eminente industrial de la región, con Elena Masías, Rubí no gozó de la infancia privilegiada que se espera de alguien de su estrato, siendo enviada desde niña a un internado de monjas donde se le inculcaría con sangre el hábito de la oración, la abnegación y la caridad.

“Se nos mandaba a las colonias populares a dar el catecismo todos los fines de semana, hasta que llegó un momento en que me lo aprendí todo de memoria, sin necesidad de leerlo. Creo que fue ahí donde me sentí afectada por la pobreza de mi pueblo y decidí hacer algo al respecto cuando tuviese la oportunidad”, menciona Rubí en su autobiografía.

Al salir del internado a los diecisiete años, Rubí, convencida de su despampanante belleza, aceptó la oportunidad de contender en el certamen Señorita Nuevo León, el cual ganó, canjeándose la oportunidad de representar a su estado en el posterior Señorita México, de mayor difusión y mayores oportunidades de proyección. Fue ahí donde Rubí, con sus labios grotescamente carnosos, piernas de pollo, ojos saltones, ceja a la Dietrich e inusual esbeltez, acaparó las miradas de los medios de comunicación, ávidos de esa clase de belleza exótica en una época de gustos extravagantes que saciar.

—Señorita Nuevo León, ¿cuál es su opinión acerca de la importancia de arribar virgen al matrimonio hoy en día?

—Antes que nada buenas noches maestro de ceremonias, miembros del jurado, buenas noches público adorado, es un placer estar aquí con ustedes en su bello estado esta noche. Pues bien, sin juzgar a las personas que piensen lo contrario, para mí, esta decisión que yo misma he tomado siempre será un valor agregado para la mujer que ha conservado su dignidad y pureza para el hombre que ama, dándose a respetar en un mundo que trata de minimizar cada vez más estos valores y principios sagrados promocionando ciertos productos que significan un crimen por sí mismos.

Era evidente que Rubí, provinciana y de férrea educación católica, venía saliendo de un cascarón, con declaraciones que hoy mismo resultarían menos contrastantes que en aquellos años acelerados y de gran turbulencia social.

Al final del evento, el jurado, en clara actitud conservadora, y consciente de su propia responsabilidad, prefirió irse a la segura, apostándole a la señorita Colima, de belleza más convencional, para representante de México en la contienda por el título de *Miss Universo*. A pesar de esto, la impresión causada por el físico de Rubí Chacón fue duradera en las mentes de representantes y agentes del mundo del espectáculo, quienes ahora la asediaban con contratos

discográficos y ofertas para estelarizar largometrajes. Fue a partir de eso que la carrera de Rubí Chacón despegó de manera vertiginosa, aprovechando todas y cada una de las oportunidades que se le presentaban, sin ningún criterio de discriminación. Películas, discos, programas de comedia; Rubí estaba en todos lados. En el setenta y cuatro Rubí contrajo matrimonio con su nuevo representante, Fito Gallegos, más de veinte años mayor que ella y persona influyente dentro de la empresa de espectáculos para la cual Rubí trabajaba. Fue precisamente su esposo Fito quien introdujo a Rubí en la práctica del budismo tibetano. Los comentarios, antes erráticos y ambiguos de Rubí a la prensa, ahora tomaban forma y dirección definidos bajo el mando de su marido, quien moldeaba su imagen haciéndola más afilada, más punzante.

—Rubí, Rubí, ¿cómo va su matrimonio?... ¿Rico?

—Estamos muy contentos.

—Rubí, díganos, ¿qué hacen su marido y usted en sus ratos libres allá en su casa de *Acapulquito*?

—Leemos y discutimos la filosofía *Hare-Krishna*, el libro tibetano de los muertos, el tercer ojo. Practicamos el sadomasoquismo. Nos gusta el sexo agresivo. Fito me tiene miedo porque me pongo como loca... No sé porqué la gente se asusta tanto... A nosotros nos gusta hacer el amor, lo hacemos todo el día. Nos gusta. ¿Por qué se espantan?... También nos gustan las hamburguesas y el yoga... No vemos nada de televisión, eso sí... De hecho no tenemos. Le llamamos la *taravisión*. Así es que como la llamamos Fito y yo porque deja tarados a la gente...

—Rubí, ¿le está llamando *tarado* al público que la está viendo en este momento?

—No, para nada, yo los respeto, pero es que tengo que irme... Con permiso, luego seguimos hablando.

En el setenta y cinco, imposibilitados de tener hijos propios, la pareja, durante una visita a Camboya, decide adoptar un bebé procedente de ese país, a quien bautizan como Jean Luis Gallegos Chacón. Para el año de mil novecientos setenta y seis la pareja se ha divorciado. Para ese entonces Rubí ya había estelarizado más de cuarenta películas, las cuales, a pesar de su publicitado espíritu rebelde, consistían en su mayoría de sanas comedias mexicanas de corte franquista *a-gogó*.

En los años siguientes, Rubí batallaba para establecerse en una relación sólida, al tiempo que, alimentando su fama de mujer fatal y justificando su posición, pregonaba a los cuatro vientos su repu-

dió al compromiso de pareja y a la monogamia. Esto escandaliza a su público, produciéndose el efecto esperado por Rubí, mientras que otra gente interpreta todo esto como un reflejo claro del sentimiento de despecho y baja autoestima que la aqueja.

En el año de mil novecientos setenta y nueve el público la ubica como responsable de la ruptura del idílico matrimonio entre el célebre novelista Ignacio Ojeda y la actriz Julieta Bravo, atrayéndose en el proceso una fama de robamaridos que luego ostentaría con orgullo. Ojeda jamás reconocería su supuesto romance con Rubí Chacón, hecho que, a decir de fuentes cercanas, significaría otro duro golpe a su corazón.

Durante la década de los ochenta, con la industria fílmica mexicana en estado agonizante, y ya sin el apoyo de Fito Gallegos, Rubí Chacón mantuvo un perfil bajo, limitándose a producir obras teatrales y estelarizar melodramas televisivos de cuando en cuando, mientras se concentraba en impulsar la carrera de su hijo Jean Luis como cantante y actor.

Los ochenta fueron tiempos de reordenamiento de ideas para Rubí Chacón, quien se suavizó a tono con la nueva década. En el noventa y dos, con su temperamento bastante asentado, Rubí aprovecha la oportunidad que se le ofrece de conducir su propio *talk show* matutino en cadena nacional, en el que trataba *temas de actualidad* con un panel de invitados y preguntas del público. Aquí Rubí hace gala de su recuperado credo moralista y acusador.

—No me quedaba de otra señorita Chacón... Se lo aseguro, estaba desesperada...

—No, no me venga con ese cuento señora, a mí no me venga con eso señora que yo soy una prueba de lo que usted dice que es imposible de lograr. Yo crié a mi hijo como madre soltera, a mí nadie me ayudó, y jamás falté a mis obligaciones. Jamás tuve que prostituirme como usted lo hace porque tenía un ejemplo que dar y una dignidad que conservar, y vaya que lo pude haber hecho, yo no tenía este cuerpo que tengo ahora. Yo tenía un cuerpazo. Fui Señorita Nuevo León. Simplemente digo que hay otras maneras...

El formato del programa "Platicando con Rubí" exigía que al final de cada emisión algún miembro de la producción apareciera a cuadro entregándole un rosa a la conductora, quien de manera sincronizada con el paso de los créditos por la pantalla la olía con gesto agradecido.

La posibilidad de haber tenido hijos jamás se discutió entre nosotros. Yo no los quería, y no por Gloria, quien se moría por tener los suyos, en realidad no tenía nada que ver con ella. Sucedió que yo simplemente era consciente de la apabullante probabilidad de verme criando a uno de éstos que arrojan su birrete, lloran en su ceremonia de graduación y participan como porristas en sus actividades extracurriculares. Uno de esos virtuosos del celular, con mucho gel en el pelo y calzado audaz. Pecho descubierto, colonia de marca y lentes de intelectual, de la mano de su novia de pupilente azul, haciendo cola para ver la nueva de Will Smith, mientras conversan acerca del *bestseller* más reciente. O peor aún, un greñudo aspirante a estrella del rocanrol.

Vivíamos en un fraccionamiento bonito. Con calles adoquinadas y limpias, glorietas curiosas, buen alumbrado y un parque frente a nuestra casa. Aquella era mi nueva vida, los problemas más graves en mi mente en aquel momento eran cosas como la fuga de gas en mi tubería, el motor de mi automóvil quemando gasolina, mi excusado tirando agua, una cortinero a punto de caerse, un pedazo roto de alfombra y demás cosas por el estilo. Mario Morales y su familia vivían en la casa de al lado. Mario le decía a su mujer "Azúcar", cuando la llamaba, y ésta le contestaba llamándole "Azúcar", también. A Mario le gustaba mucho organizar parrilladas en el patio trasero de su casa, a las que invitaba a todos sus vecinos. Él se preocupaba de que llegara el día en que no pudiera pagar la colegiatura de sus hijos, teniéndolos que meter a una escuela pública, con el riesgo de que aprendieran algo de la vida.

Ése era Mario. Mario era gente de Manuel, de quien quedó perdidamente enamorado desde el día en que Manuel, recién llegado a la zona, le permitió subirse a su jeep, en una mañana de domingo de cielo azul despejado extendiéndose sobre el húmedo calor de aquel verano en el que Mario creyó haber encontrado su alma gemela, y por fin alguien que lo comprendiera.

Se abrieron las puertas del jeep de Manuel, cuyo exacto modelo y color siempre había sentido que lo definía como persona, y entonces aquel delicioso aire acondicionado lo invitaba de lleno a un mundo sobre el cual siempre había fantaseado, pero sólo se le habían permitido placeres limitados.

—Hola, que tal, soy Manuel Ordóñez —dijo, tendiéndole la mano a Mario.

—Hi. *How are you, my name is* Mario Morales —dijo Mario, flechado por el amor a primera vista y sacándole provecho a su curso de inglés por videocasete.

—Oh no, está bien, sé hablar español... Me preguntaba si no querías acompañarme a Costco —le propuso Manuel a Mario con su español mocho—, voy a hacer comida en mi casa para invitarlos a todos y necesito comprar *groserías*.

—Ok *doky* —dijo Mario.

Manuel había reconocido en Mario a su primer adepto. Mario simplemente daba gracias a Dios por haberle enviado a ese ser tan infinitamente especial y superior a aquellos otros grises y malhumorados vecinos con los que había lastrado por tanto tiempo, esto es, Andrés y yo.

De ahí en adelante comenzó a crecer en Mario una fascinación loca por todas las propiedades de Manuel. Cuando me hablaba, Mario hablaba de los muebles de Manuel, de los carros, y hasta de las camisas de Manuel. No me parece necesario aclarar que a Manuel no le costó demasiado trabajo procurarse el alma de Mario con el propósito de hacerlo vender de sus productos para el hogar.

Sucede que Manuel es un exmilitar estadounidense de origen boliviano y pastor fundador de la iglesia a la que iba mi mujer y, al parecer, casi toda la gente que conozco.

La verdad es que Manuel y Mario podían pasar por hermanos. Eso lo decía todo mundo. Morenos, de ojos rasgados, bajos de estatura los dos, el mayor punto de distinción sería su cabellera. Mientras que Manuel portaba un corte militar, Mario lo usaba un poco más crecido y de raya a un lado. Estaba además la notable diferencia de edades. Manuel rayaba los cincuenta, Mario era de mi misma edad, apenas habíamos cumplido los treinta cuando conocimos Manuel.

Manuel se vino con sus dos *pitbulls* con su mujer y con su hija Mitchell, de ocho años, a librarnos de los tentáculos de Satanás, y de paso a vendernos su línea de productos para el hogar que él manejaba por pedido. Mi esposa acudía a las misas que Manuel presidía, pero a veces yo me confundía y no sabía cuándo es que mi mujer iba a la misa que trataba de Dios o cuándo es que iba a la que trataba de su línea de productos para el hogar. En la misa que trataba de su línea de productos, Manuel excitaba a las personas jodiendo con sus cerebros y picándoles la cresta a sus fantasías.

—¿No desean un yate? —gritaba Manuel.

—¡Sí! —contestaban todos.

—¿No desean viajar por el mundo en cruceros de primera clase?

—¡Sí!

Manuel en sus misas que trataban de Dios nos hablaba acerca del mundo hecho en siete días, la otra mejilla, los últimos, los primeros, el arca, Lázaro, la vida eterna, y luego nos pasaba a cobrar. Manuel decía que él no era ningún santo sino que sólo era un instrumento del señor, y supongo que era por eso también que se permitía el lujo de estrenar carro del año, poseer una enorme camioneta y acostarse con una persona infinitamente especial para mí.

Manuel en su misa que trataba de su línea de productos para el hogar establecía cinco minutos de relajación y fraternidad comunitaria en los que cada hilera de asistentes se dedicaba a aplicar masaje muscular a los de la hilera más próxima.

Manuel en sus misas que trataban acerca del creador, y en las que trataba acerca de sus productos, aromatizaba el ambiente para que todos nos sintiésemos en lugar seguro y bonito y a la medida de nuestros deseos clasemedieros.

Andrés Legorreta era mi vecino también. Él vivía en la casa de enfrente.

De joven Andrés era pintor dadá con filiaciones anarquistas, luego se dejó de eso e ingresó a las filas de una organización armada revolucionaria y estuvo unos años recluso en la sierra con ellos. No tuvo mucho éxito haciendo eso tampoco y regresó a la ciudad con sus convicciones un tanto trastocadas, así que comenzó a vender productos por catálogo para una organización de ventas piramidal como la de Manuel, en la cual le fue aplicado gigantesco lavado cerebral, el cual lo dejó con daños severos en su sistema nervioso terminando por provocarle ataques, durante los cuales le advertía al mundo entero, con actitud hostil, que sería millonario antes de llegar a los cuarenta gracias a su espíritu de líder. Estas predicciones no se cumplieron, y al final sus propios padres se vieron forzados a mandarlo a una clínica de rehabilitación, donde le proporcionaron tratamiento especializado.

Una amiga de mi mujer tiene un hijo que también estuvo en una de estas clínicas. El hijo de la señora padecía de una adicción enfermiza a cualquier tipo de información chatarra. Un síndrome bastante común. El mal se manifiesta como una ansiedad incontrolable por recabar y memorizar toda clase de datos fútiles, principalmente estadísticas deportivas y chismes de espectáculos. El jovencito se pasaba la vida en un trance escalofriante durante el cual memorizaba porcentajes de bateo de jugadores de béisbol; nombres de todas las parejas en el historial amoroso de determinada celebridad; las letras de cada canción que haya hecho su paso por las listas *billboard*; marcadores de partidos de fútbol, y así. Ya no podía escuchar una melodía sin preguntar por el nombre del compositor, el intérprete y el año en que fue publicada; se mantenía atento a doce canales de televisión al mismo tiempo y estaba suscrito a más de treinta revistas mensualmente.

Ni qué decir de internet.

Al parecer al muchacho ya lo curaron, sin embargo no quedó igual. Su capacidad de concentración es mínima, aunque su tranquilidad es notable.

Andrés Legorreta, mi vecino, también se curó y ahora se encarga de la tienda de segunda heredada por sus padres, la cual le da para vivir bien a él y a su familia. Ahora Andrés está casado y tiene dos hijos. Manuel cortejó una y otra vez el alma de Andrés para encaminarla por la senda de su organización de ventas piramidal; sin embargo, Andrés era ya inmune a todo tipo de acosos.

En la esquina de mi manzana estaba la casa de don Ismael Cruz, un licenciado tramposo, ex juez de distrito y viejo lobo priista, dedicado en los últimos tiempos, junto a socios de mejor reputación, de lleno en el negocio de los bares nudistas. Cínico y hedonista, don Ismael observó con suspicacia el proceso de adhesión de su esposa y de su hijo adolescente al glorioso rebaño de Manuel Ordóñez. Don Ismael era un tipo cincuentón, grueso, de hombros anchos, estatura media, mejillas encendidas y bigote espeso.

—¿Cómo le ha ido, pues, don? —le preguntaba yo a don Ismael.

—Bien, bien.

—¿Está entrando gente?

—Sí...

—¿Oiga, pero cómo está la repartición ahí con ustedes?

—Me los chingo siempre... Pero yo soy el que se la juega. Los otros serán los del nombre pero quién es el que controla, el de la idea, el que consiguió el permiso... Yo y el Cacahuete ponemos orden ahí. Cuando quieras puedes ir, te sale gratis...

—Gracias...

—¿Cómo la ves con este cabrón?

—¿Cuál?

—Éste...

—¿El nuevo?

—Sí.

—No lo conozco.

—Dice mi vieja que era *marine*... Anduvo en Panamá cuando lo de Noriega... Primero lo ponen y luego lo quitan a punta de vergazos... Igual que al Hussein no... ¿Cómo la ves?... Es lo que le digo a mi vieja pero ya no le gusta que hable mal de los gringos... Con eso de que ya reza como ellos... Ahí va a darles la bienvenida y este puñal le sale con que *ya se dio cuenta de que yo llevo una vida vacía*. Nomás ven que no rezas como ellos y te agarran de tiro al blanco... Así más fácil te quitan el petróleo pues...

—Usted los odia...

—A mí me caen bien. Éste es el que me cayó mal. Mientras no se metan en mi casa a echar balazos por mí no hay pedo.

Estaba nervioso. Me preguntaba si don Ismael sabía algo que no me decía... Lo cierto era que una experiencia similar a la de don Ismael me había ocurrido a mí con Manuel. El asunto me apenaba bastante. Sucedió que por aquellas fechas me encontraba convaleciente de una enfermedad adquirida durante una cita con mi amiga de la Primera y Constitución, único vicio mío y placer furtivo de cada fin de semana. Era su parecido con mi ex pareja, Yadira, lo que me tenía sometido a sus encantos de manera adictiva. De algo me sirvió que Gloria nunca se enterase del monto real de mi sueldo, el cual repartía a mi antojo.

El problema comenzó cuando apareció *la enfermedad*. La desde entonces raquítica vida sexual entre Gloria y yo se vio completamente interrumpida debido a esto. Fue entonces que llegó Manuel al fraccionamiento, y que dentro de una dinámica de confesiones íntimas entre vecinas, conducida por él mismo, hizo que Gloria cantara nuestras intimidades frente a todos. Al día siguiente tenía a Manuel en mi puerta. Era un sábado por la mañana.

—Eric, es Manuel, quiere hablar contigo...

—Manuel... ¿Qué Manuel?

—Nuestro vecino...

—¿Cuál?

—Manuel Ordóñez, el que se acaba de mudar...

—¿Qué quiere?

—No sé... Dice que quiere hablar contigo Eric...

—¿Conmigo? —y entonces me dirigí a la puerta.

Allí estaba Manuel, no era la primera vez que lo veía, pero aún así, no había tenido contacto alguno con él hasta ese momento, por lo que me extrañaba su visita.

—Qué tal... —dije con desconfianza al ver sus ojos encendidos por la llama de la pasión.

—Hola, mi nombre es Manuel Ordóñez, soy su nuevo vecino —dijo, al momento que me tendía su mano—. He querido platicar con usted desde que llegué. Ya he tenido tiempo de platicar con su esposa... Muy buena mujer, e inteligente también... Eric, voy a ir al grano, vengo a hacerle una pregunta...

—¿Pregunta? ¿Cuál?

—¿Cuándo te piensas sacudirte a Satanás del hombro?... *What are you waiting for?*... Haz de pensar que yendo con prostitutas llenarás el vacío de tu vida, pero no. Tan pronto sales te das cuenta que tu vida sigue vacía... Llénala con Jesús... Te está hablando, hazle caso.

En la primera de las carnes asadas organizadas en el patio trasero de los Ordóñez se dieron cita los más frescos y modernos cristianos de la ciudad. Parejas jóvenes en su mayoría, vistiendo los hombres sus camisas a cuadros y pantalones caqui, mientras que las mujeres, negándose a caer en el cliché del vestido largo primaveral, vestían a la última moda de los almacenes gringos, llegando algunas incluso a portar *shorts* y escotes de considerable tamaño. Ahí estábamos los incautos también, don Ismael, Andrés y yo, con nuestras respectivas parejas, por quienes fuimos obligados a asistir.

Todo un evento fue la llegada de esta familia al fraccionamiento. El fenómeno había arrastrado incluso con nosotros, los seres más apáticos y resentidos que la ciudad podía ofrecer, ahora rodeados de aquella sociedad de personas buenas y propositivas. Andrés no podía ocultar su fastidio, mientras que don Ismael, ansioso de socializar, buscaba la forma de imprimir su huella en la reunión. Fue en eso que don Ismael divisó una conversación cerca del asador, era precisamente gente de su edad, hacia allá se dirigió. Nosotros le seguimos.

—Él ya estudió, ya maduró, es muy independiente, y conoció a una muchacha que le gustó y se van a casar, yo digo que eso está bien —decía un hombre cincuentón, alto, pesado y canoso.

—Sí, pues claro que está bien. Igual mi hijo, está bien centrado, sólo que lo que él tiene es mucha suerte, o suerte o no, quizás es por lo mismo de vivo que es. A ése nadie me lo hace tonto —dice una mujer de melena.

—Está como el mío, me dice: “mamá, yo no voy a ser

empleado nunca. Yo nací para mandar”. Suena un poco arrogante, pero si lo analizas, en realidad es una preparación mental que los muchachos se forjan desde esa edad. Y es que esa debe ser la actitud de los líderes. Si no, te mandan a lo más bajo —comentó otra mujer.

—El problema que yo cargo con Irvin es que no sé hacia dónde se va a dirigir. Recibe llamadas de un montón de equipos para que se meta a jugar con ellos. Yo sí era bueno para el fútbol, pero no como él. Y yo le digo: “no me descuides tus estudios, no me descuides tus estudios”, y él solito se pone a atender las cosas de la escuela. Pero no te creas que no me preocupa. No es el mejor de la clase pero por lo mismo de los entrenamientos y las prácticas y los juegos, y pues los amigos, para qué se hace uno, que yo sé que se va de fiesta de vez en cuando. Pero está bien, es bueno tener un equilibrio. Irvin desde chiquito ha sido bien administrado con su tiempo —dijo otro señor bajito y moreno, con acento del sur.

Fue en eso que don Ismael estalló como ataque terrorista en medio de un espectáculo de danza sobre hielo, interrumpiendo el salto hipnótico de la bailarina, y haciéndola volar por los aires con sus extremidades desmembrándose.

—Mi hijo es un pendejo... ¡Ja!... De unas semanas para acá ha estado con que de pronto ya no puede conciliar su conciencia con el hecho de que yo lo mantenga con el dinero de mis *puteros*, y me sale con que se quiere meter a trabajar para mantenerse por él mismo, supuestamente... Me dice que quiere trabajar en las hamburguesas de aquí cerca, y yo le digo: “pues adelante maestro”. Por un fin de semana completo, en lo que le dieron el puesto y su primer día de trabajo, estaba insoportable... No le podía pedir nada sin que me echara en cara su nuevo compromiso. “¡Y si quieres no me prestes ya el carro que por eso trabajo, para comprarme el mío propio!”, me decía, con un *vocerrón* que no le cabía en su pechito.

Mientras don Ismael avanzaba en su valiosa aportación, el círculo de personas reunidas ahí mismo se iba desmembrando

poco a poco, de manera disimulada desliziéndose a su inminente dispersión, quedando al final sólo Andrés y yo para disfrutar del comentario de don Ismael.

—Total que hoy le tocó presentarse a su primer día y nos llega a las tres horas. Llegó llorando con su mamá, indignado porque lo habían puesto a lavar excusados. Tuvo que renunciar debido al asco que le dio... Y qué creen que me dice mi vieja: “Ay Ismael, lo que pasa es que nuestro hijo tiene madera de líder, él está hecho para más grandes cosas”... Pobre pendejo... Pero por fin se acaba de decidir, ya le dijo a su mamá que lo suyo es la pintura... Ahora sí, es definitivo. Desde que en su carrera de diseño gráfico le están dando su clase de pintura se entusiasmó mucho con el arte abstracto... Ahorita lo tenemos en la casa leyendo de la enciclopedia las biografías de los pintores... Ya me dijo su mamá que ahora quiere que le compre pinceles, pinturas, su caballete y toda la cosa... ¿Cómo la ven?

A unos pasos de ahí estaban Mario y su mujer ocupándose del asador.

—Pásame la carne *Azúcar*, pásame la carne por favor.

—Sí *Azúcar*, ya voy...

—¿Cómo se la están pasando vecinos? —nos preguntó de manera entusiasta Mario, al percatarse de nuestra presencia— ¿Ya vieron cómo se organiza una buena carne asada?... A poco no está suave... Manuel y yo fuimos a comprar las cosas en la mañana... Qué suave está su *pick up* eh... ¿Ya vieron la banca esa?... Está bonita verdad... La lámpara también me gustó... También los muebles de la sala y del comedor. ¿No quieren más carne?... ¿Qué tal la música?... Está moderna, no... Es *rap* de la Nueva Onda. Ése que está cantando está *rapeando* los salmos, aunque no lo creas.

Más allá estaba don Topo y su familia. Un viejo sátiro con cuatro hijas espeluznantes, las cuales hablaban exclusivamente inglés entre sí. Una de las hijas topo iba de *hippie* mientras que las tres restantes vestían ropa negra colmada de parches y alfileres, muy al estilo *punk* de centro comercial... de Chulavista, en este caso.

Mientras tanto, en la sala, Manuel se ocupaba de hacer una demostración de los productos para el hogar de su línea de venta por catálogo.

—*Don't you guys love all this here?... Yeah, I can tell you do... The furniture, mi sala, mi cocina... It's easy... Es fácil... Estos productos ustedes pueden vender para ganar el dinero que quieran y vivir así... Ustedes no necesitan cruzar la frontera para buscar dinero... Ustedes necesitan quedarse para hacer fuerte a su comunidad. Su comunidad los necesita ahora más que nunca como buenos cristianos que son y el Señor bendecirá a su comunidad siempre y cuando ustedes sean buenos cristianos y nos se dejen llevar por la idolatría y el culto a las imágenes, como por tanto tiempo se ha venido haciendo acá, y ya ustedes ven lo que eso ha ocasionado... ¿Ven lo que les ha pasado?... La gente huye de su propia comunidad por la maldición que le aqueja... Estados Unidos fue por largo tiempo un país bendecido, ahora cada vez menos, porque la idolatría y el anticristo se están apoderando cada vez más de él. Por esa razón va a caer... Nosotros somos ricos en Estados Unidos simplemente porque Estados Unidos por largo tiempo ha sido una gran nación... Ahora les voy a mostrar el carpet cleaner que tengo arriba, ahora vuelvo... Recuerden que mañana es mi primer día predicando aquí con ustedes, eh... Espero que vayan todos... Ahora regreso... También voy a traer los aromatizantes y los chocolates...*

La única vez que Andrés, don Ismael y yo, acompañando a nuestras esposas, asistimos a una de las misas de Manuel, éste colmó su sermón de referencias e indirectas en contra nuestra, o al menos fue así como lo percibí en su momento:

—¿Por qué creen ustedes que rechazan esas personas la invitación que Jesucristo les hace para entrar en su reino?... No crean que todos lo rechazan por maldad. Algunos lo hacen simplemente porque se creen listos. Más listos incluso que el mismo creador... Crean que pueden vivir de sus teorías, creen que pueden vivir sin necesidad de Jesús en sus vidas, confían en lo que creen saber y de paso niegan la sabiduría de Jesús, que es la única basada en la Verdad.

Qué se dice respecto a esto en la primera carta de San Pablo a los Corintios capítulo uno, versículo veinte: “¿En qué pararon el sabio y el maestro, y el que sabe discutir sobre cosas de este mundo? ¡Dios ha convertido en tontería la sabiduría de este mundo!” ¿Se fijaron en la pregunta y en la respuesta? “¡Dios ha convertido en tontería la sabiduría de este mundo!”, dice San Pablo. Ni más ni menos... “Tontería”. Todo lo que les pueda decir esa gente, basado en su mundo de ideas, son tonterías para Dios. Pero San Pablo va más allá en el mismo Corintios, ahora capítulo dos, versículo seis: “Sin embargo, entre los que ya han alcanzado la madurez en su fe sí usamos palabras de sabiduría. Pero no se trata de una sabiduría propia de este mundo ni de quienes lo gobiernan, los cuales ya están perdiendo su poder. Se trata más bien de la sabiduría oculta de Dios, del designio secreto que él, desde la eternidad, ha tenido para nuestra gloria”.

—¡Aleluya!

—¿Quieren ser sabios?... ¡Estén atentos a la palabra del Señor!
Ahí está toda la sabiduría.

—¡Gloria!

—Pasemos ahora a Corintios capítulo tres, versículo dieciocho: “Que nadie se engañe: si alguno de ustedes se cree sabio según la sabiduría de este mundo, vuélvase como un ignorante, para así llegar a ser verdaderamente sabio. Pues la sabiduría de este mundo es pura tontería para Dios”. Y más adelante San Pablo remata diciendo: “El Señor sabe que los pensamientos de los sabios son puras tonterías”... ¿Cómo la ven? Eso es lo que el Señor piensa de esa gente que niega a Dios porque se creen inteligentes.

—Se me hace que éste es más largo que yo —me comenta sardónico y en tono socarrón don Ismael, sentado al lado mío.

—¡Shhh!... ¡Lo van a oír! —le respondí nervioso.

—Qué tiene —me comenta, y luego se dirige a Andrés, quien se encuentra totalmente distraído (como siempre). —O tú qué crees Andrés... ¿Sí le crees el cuento a éste?

—No sé, no estaba poniendo atención. ¿Qué está diciendo orita?

—Yo tampoco sé, pero te pregunto que si no crees que éste es más largo que tú y yo juntos...

—Ya cállense —dije yo, interrumpiendo.

—Yo nomás sé que ya me quiero ir —dijo Andrés.

—Dile a tu vieja —le sugirió don Ismael con su cara de bribón.

—No —Andrés respondió—. Además de que está hasta delante. Me espero...

—Yo sí me estoy divirtiendo —concluyó don Ismael.

—Saben... Últimamente me he encontrado perturbado por los comentarios que me han hecho llegar sus mujeres... Es una lástima lo que he oído. Es una lástima, la verdad... Esa miseria que nos come el corazón y nos llena de vileza... ¡La mezquindad!... Yo quisiera decirles que ustedes mexicanos, latinoamericanos, dejen ya de considerarse pueblos conquistados, sometidos, manipulados... ¡No lo son! ¡Quítense esa etiqueta de la mente de una vez por todas, porque en el momento en que ustedes deciden residir en el Reino de Dios, considérense entonces triunfadores!...

—¡Aleluya!

—Me cuentan por ahí que ustedes no sienten que la casa del Señor deba ser fuerte... Ni digna... Y menos siendo ustedes un pueblo tan pobre como el mexicano... Dicen que si en América tenemos templos fuertes y dignos es porque allá hay más dinero... Pues no hermanos... De eso no se trata... Hoy precisamente tengo noticias de que en África, en el corazón de África, en un pueblo bien pobrecito, tienen un gran templo fuerte y vigoroso, ¡donde las mujeres van y paren dentro hermanos, porque confían en la fortaleza de su templo!... África, que es un lugar pobrecito, ahí construyeron una iglesia fuerte... ¿Por qué?... Porque no importa la pobreza, si tú quieres ganar para dar a Dios, Dios te ayuda a que des... Es así de fácil hermanos... Si tú quieres dar a Dios, Dios te ayuda a conseguir... Estamos hablando de la casa de Dios, es de lo que estamos hablando...

Podría hablar, por ejemplo, de los Ornelas —Roberto y Raquel— maestros de inglés los dos y vecinos nuestros también, quienes consiguieron que Mario les arreglara un viaje durante el año sabático de ambos a Seattle, Washington, donde serían recibidos por una buena familia cristiana y estudiarían el arduo oficio de la predicación en un instituto de la misma organización, dejando atrás a su hijo de doce años, quien se quedaría a cuidar

la casa con una cuenta de débito a su nombre, sobre la que depositarían dinero periódicamente los esposos. El plan consistía en que Robertito usaría ese dinero para su correcta alimentación, cosa que, no siendo éste un fanático de la comida saludable tanto como de los videojuegos, jamás ocurrió. Semana tras semana, conforme el dinero de la cuenta se vaciaba y se volvía a recargar, Robertito hacía el mismo viaje que iba del banco hacia la tienda de electrónicos, donde adquiría nuevos paquetes y aditamentos destinados a su entretenimiento.

Queda por decir de nuestra parte, que si bien lo invitamos a comer en numerosas ocasiones, y que si incluso Andrés y don Ismael lo llegaron a invitar a quedarse en sus casas durante el tiempo en que sus padres estuviesen fuera, fallamos todos en decidir marcarle a su madre para informarle de las condiciones de vida de su hijo en vez de al propio DIF, para que tomara cartas en el asunto.

Raquel una y otra vez desestimaba nuestras observaciones, argumentando que su hijo, al comunicarse por teléfono, no le presentaba ninguna queja acerca de su salud o estado físico. Según ella, no había por qué hacer tanto alboroto, al fin que su marido y ella estaban metidos en una misión divina de mucho mayor altura que nuestras estrechas y frívolas vidas, y sacrificios habrían que hacerse en el camino. Gloria, mi esposa, mientras tanto, le daba la razón en todo.

Sabíamos perfectamente que el niño convivía con ratas, las veíamos entrar y salir de su casa con toda confianza, a la vez que calculábamos su nivel de desnutrición, viéndolo pasar constantemente camino a la tienda, donde se surtía exclusivamente de sodas, golosinas y fritangas.

Yo mismo sabía lo que era eso. Lo había sobrevivido. Mis dos padres trabajaban, y como único hijo que era, la mayor parte del tiempo la pasaba solo en casa. Debo decir que jamás se me dio la cocina. Simplemente yo no era del tipo. Yo era más bien del tipo cazador. Yo más bien conseguía el alimento. En las sociedades primitivas yo sería el tipo rudo de pelo en pecho que llegaba a

su morada con el jabalí a rastras, una lanza en la mano y una honda colgando de su hombro. Aludiendo a la leyenda genésica yo sería Esaú. En sociedades más contemporáneas yo sería el tipo que agarra dinero de la bolsa de mamá y sale a la calle. Sale, va, se detiene, observa y regresa con cualquier fritanga que se le haya antojado en el momento.

Al pasar de los años desarrollé reflejos ágiles y un criterio agudo de consumidor experimentado a la hora de elegir mi almuerzo (cazar mi presa). Me ejercitaba diariamente en elecciones sesudas sobre marcas de refrescos, botanas, pastelitos y sopas instantáneas que se me ofrecían al alcance de mi mano en anaqueles y refrigeradores.

En ocasiones, mis gustos contradecían los fundamentos básicos del consenso general en cuanto a las preferencias del consumidor, lo cual debo decir que me enorgullecía. Me consideraba poseedor de un criterio autónomo a la hora de pararme frente al mostrador. El vivir durante toda mi infancia y juventud a menos de dos cuadras de un supermercado de cadena nacional me colocó a merced de los gloriosos beneficios de la biotecnología y la guerra de los precios. Aquellos carteles luminosos anunciando sus ofertas espectaculares, sus remates asombrosos, sus baratas inesperadas.

Embutidos de carne felina para mis *sandwiches* con su tomate genéticamente alterado y su quesito amarillo a base de plástico diluido; nachos y churritos elaborados con maíz transgénico; carne de vacas locas, biohuevos y pollitos fritos mutantes, sin alas, una pata, sin pico. De tomar, leche radioactiva, polvitos saborizantes, juguitos abastecidos de conservadores cancerígenos y gaseosas. Y para finalizar, algún pastelito con núcleo chocolateo y jalea agridulce, o quizás algún panecillo con relleno vainilloso, o tal vez unas galletas con cubierta cajetosa y *nuget*.

Al parecer, el niño de los Ornelas no lo resistió. Al regresar los Ornelas de su viaje, el niño estaba convaleciente, doblegado por la leucemia. No quedaba mucho por hacer... Seis meses después murió, uno antes de cumplir los trece. Sin que le pidiése-

mos explicaciones, Raquel se apresuró a informarnos a cada uno que su hijo había fallecido a causa no de su desnutrición, sino por radiación, provocada por las varillas en la estructura de su casa, las cuales —descubrieron— se encontraban saturadas de una sustancia radioactiva. Para reforzar este alegato, los Ornelas abandonaron la casa y se mudaron a Michoacán, con sus nuevas credenciales de predicadores listas para ser utilizadas.

Pero lo más bizarro del caso estaba aún por llegar, cuando un Mario Ordóñez jubiloso irrumpió en la velación del niño de los Ornelas lanzando felicitaciones a la familia del difunto.

—Debemos estar felices por él, que ahora está donde todos queremos estar, a gusto, ¿o no?... Qué emoción... Roberto llegó a las puertas del cielo sin que jamás lo haya tentado el pecado en este mundo... Se postró ante el señor y le dijo: “heme aquí Señor, a tus pies, que aún siendo un niño siempre fui tu siervo gracias a Jesús, que por medio de mis nobles padres transmitió tu palabra que es Verdad y Justicia para todos los hombres...”

Y entonces lo siguiente que veo es a Gloria, que tengo a un lado y que me ve con sus ojos llorosos:

—Qué bonitas palabras Eric...

—¿Estás bromeando? —yo le pregunté.

En la empresa en la que laboraba fabricábamos artículos de papelería, principalmente cubrehojas y plumones de agua. Entré hace cuatro años como coordinador de Campañas Gerenciales, un puesto algo relacionado con mi título en psicología industrial.

Lo tenía todo bajo control. Todos se admiraban al ver mis carpetas, al ver mis gráficas, al entrar en mi departamento. Era así de sencillo. Mantenía un control hermoso de mis registros de entrenamientos al personal, mis gráficas de calidad, mis reportes mensuales, mis manuales, en fin.

Digamos que en mi planta había más de cinco mil miserables que llegando temprano todo los días y con sus horas extras y con su empeño, aun así no iban a ser nunca más ricos que una cucaracha, y entonces la gente ésta simplemente se desanimaba y comenzaban a hacer mal su trabajo como si tuviesen derecho a otra cosa. Subirles el salario quedaba simplemente fuera de la discusión, sobre todo habiendo millones de muertos de hambre en Malasia listos para hacer el mismo trabajo por una octava parte de nuestro salario. Y era entonces donde entraba yo y se me encargaba programar un curso de Formación de Líder, o alguna tontera por el estilo, que a todos les dejaba la piel *chinita*. Un buen lavado de cerebro para todo el personal. Así es que les quitaba el hambre con aire y ya hasta se me ocurrían juegos dinámicos para animarlos, algo no demasiado tardado me pedían los de arriba:

...Porque tienen que regresar a trabajar, pero antes les pido de la manera más atenta que me cuenten sus cosas cuando se sientan

apretados por problemas en sus hogares y entonces sientan que puedan hacer mal su trabajo y baje la calidad... No, no es que eso sea eso lo único que nos importe en la empresa, no —yo les decía—, nos interesa el colaborador, nos interesa que esta empresa sea un espacio en el cual nos desarrollemos todos juntos y alcancemos la cima de la realización humana —o algo por el estilo—, así que no duden en venir conmigo —les decía—, que yo sabré confortarlos.

Era sucio pero me daba para vivir y comprarme mis cosas y tener un poco más callada a Gloria. Además, existía en mí un sincero sentido de la responsabilidad, después de todo, y como mi padre mismo me enseñó alguna vez: el trabajo es lo que dignifica al hombre.

Durante mi tiempo laborando en EFC trabé buena amistad con un obrero de la línea dos llamado Gumaro. Gumaro provenía de Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, donde trabajaba conduciendo un *bicitaxi*, propiedad de un tirano que poseía toda una flotilla. Un *bicitaxi* consiste de una carreta con lugar para cuatro personas, la cual es jalada a pedálazos por un infeliz, en este caso Gumaro. A pesar de esto, existe gente que todavía afirma que la esclavitud se encuentra abolida; a pesar de que siga habiendo personas que *aplican* para esta clase de trabajos.

Gumaro era el único que sabía de mi farsa. Gumaro era también la única persona con la que se podía hablar de manera sensata.

—Ingeniero, ¿le puedo hacer una pregunta?

—Dispara.

—Ingeniero, ¿usted trae a la Ilse, verdad?

—Ja, ¿que si la traigo?... Gumaro, ni que fuera un perro... Que premoderno sueñas, estamos en el siglo veintiuno y tú con esas cosas... No, no la traigo. Además, está casada Gumaro.

—Es que dicen por ahí que los han visto afuera juntos...

En eso entró Orlando.

—Qué bueno que te veo Orlando, quiero avisarte que he estado esperando tus propuestas. Necesito que me presentes tus mejoras por escrito, ya conoces el formato. Además, recuerda

que me prometiste un análisis estadístico de la productividad de tus cursos motivacionales. Necesito todo eso documentado y demostrado con datos reales. Agéndate, adminístrate, date tiempo para todo. Espero que todo aquello que me prometiste al entrevistarte no quede sólo como promesas de campaña... Recuerda que es en la medida en que tus innovaciones y proyectos de mejora hagan ganar dinero para la empresa que todos ganaremos con ello y a ti por supuesto que se te compensará por añadidura Orlando... No esperes un aumento caído del cielo.

“Esfuézrate mucho hoy, sino lo haces, mañana estarás esforzándote el doble para conseguir un nuevo empleo”, decía la pancarta que colgaba a la entrada de mi oficina. Yo fui también el responsable de esa campaña.

—Ingeniero, pero si le he estado echando ganas para...

—Orlando, *son tus acciones las que no me dejan escuchar tus palabras* —le dije.

Sucedió que tiempo atrás el trabajo comenzó a acumularse. Mi asistente no podía con el papeleo. Solicité en recursos humanos una contratación para el departamento. La solicitud iba así:

TÍTULO: Ingeniero en psicología industrial.

DESCRIPCIÓN DEL PUESTO: Coordinador de Campañas Gerenciales Junior. Se hará responsable de diversas actividades que requieren del conocimiento de técnicas, metodologías y herramientas de la psicología industrial.

EXPERIENCIA: Tres años y medio de experiencia en manejo de la técnica KENSO.5, así como de los métodos FAZT, AMZI/ SLIM zx3.7, SPJ, 5-A, FNEA, Ishikowa X 7^v, TOE, Feldman T&T y Seven, para la resolución de problemas y mejora continua.

REQUISITOS: Persona dinámica/Proactiva. Guste de trabajar en equipo. Disponibilidad de horario. Responsable.

IDIOMA REQUERIDO: Japonés, mínimo 80%.

Atiborré la solicitud con ese tipo de *remamadas* inexistentes simplemente porque a mí me lo habían hecho en su momento. Ésta que ahora yo presentaba era un auténtico *chingatumadre*

para toda la bola de muertos de hambre allá afuera. Aún así, a los días comenzaron a llover currículos impresionantes.

Me decidí por Orlando. El currículo de Orlando decía así:

NOMBRE: Orlando García Saldaña.

TÍTULO: Psicología industrial.

EXPERIENCIA LABORAL: Organizando grupos de trabajo, optimizando tiempos y administrando recursos en la Fundación de la Iglesia de Jóvenes de la Nueva Onda, en Ecuador.

“Éste es mi muchacho”, pensé.

Recursos Humanos no estaba seguro de dármele.

—No tiene el perfil —decían cuando les llevé el currículo ganador.

—Llámenle de todos modos. Siento una corazonada.

—Deme tres más, para entrevistar a cuatro —me propusieron.

—Están estos tres, personas altamente calificadas, pero yo les digo esto, éste les va a salir baratísimo, no tiene experiencia y además trabaja en obras de caridad —eso les agradó. Una vez que Orlando fue entrevistado por ellos y lo escucharon hablar accedieron totalmente, generándole el contrato de inmediato.

Gente como Orlando se venden por nada, sobre todo cómo están las cosas; en estos tiempos en que la sola oportunidad de ejercer tu ridícula profesión es una salvación equiparable sólo a ser *cubano-rescatado-del-naufragio-agónico-cerca-de-las-playas-de-Miami-por-el-yate-de-una-hermosa-viuda-tejana-dispuesta-a-convertirse-en-tu-esclava-sexual*.

La hora del almuerzo dejó de ser como antes. A Orlando le gustaba sentarse junto a mí debido a que me tomaba por su mentor, ahuyentando a Gumaro y privándome de mi único respiro.

Orlando era un muchacho con cara de niño y pinta de anémico, de tez blanca y ojeroso. Me contaba que le había pedido la mano a su novia de toda la vida, llevándole serenata al balcón, armado con su guitarra y un robusto ramo de rosas. Me lo con-

taba todo con tal entusiasmo, asumiendo que yo andaba a su misma frecuencia. Orgullosa presumía de ser curioso, detallista y atento con su mujer y me daba cuenta de todos los ramos de rosas que había mandado y los chocolates y las cajitas ingeniosas de regalos cada aniversario.

—¿Qué onda con el putón ese? —me preguntó Gumaro la primera vez que vio a Orlando.

—No es puto. Es el nuevo. El del currículo.

—¿El de la Nueva Onda?

—Ése... Tu esposa es también de esa iglesia, ¿qué no?

—Así es Gumaro.

—Tú no, verdad...

—No, no me convence.

—¿Y eso?

—Sonaré fanático, pero siempre he sentido que le debo al catolicismo mi color de piel. Lo que nos salvó a ti y a mí fueron las imágenes. Aun cuando el idioma español nos era extraño, la representación de la pasión en figuras de porcelana por capítulos, colgando a lo largo de los muros de las iglesias, sirvió de mucho para nuestra domesticación... Digo, la impresión de ver a un tipo colgado de una cruz por medio de clavos en sus manos y con una corona de espinas en la cabeza, bueno, no requiere de demasiadas palabras, ¿o sí?... Supongo que la idea se entiende... Además, al menos los españoles tuvieron la paciencia de fabricarnos nuestra propia deidad mexicana, nos dejaron quedarnos con el día de muertos, los carnavales y cualquier desmadre pagano que se nos fuera ocurriendo pa' ir echando relajo en el camino... Sí, la destrucción de las construcciones prehispánicas, las epidemias, los saqueos, la inquisición, los cristeros, yo sé, pero al menos conservamos de alguna manera nuestro folclore, las iglesias bonitas, nuestra comida, en fin...

—Inge, me estás diciendo que eres católico porque las iglesias católicas están más bonitas y por el desmadre de los carnavales y las fiestas...

—Existen peores razones, por ejemplo Enrique VIII, ese

hijo de puta viene siendo el rey inglés que quiso divorciarse de su vieja a pesar de la negativa del papa, así que se fue por la vía más fácil: hizo que el parlamento lo nombrará jefe de la iglesia de Inglaterra, se consiguió autoridades protestantes para que le ayudaran con el changarro y lo casaran con su amante de una vez por todas, y de paso obligó a todo su país a mudarse de religión con él, convirtiendo a Inglaterra en capital del protestantismo. Todo por una puta y un heredero enfermizo.

—No se me hace que sea así Inge, la gente no se muda de religión por cosas de la historia como estás diciendo, se cambian porque quieren... Como su esposa pues, ella se cambió de religión porque quiso... Nada de que los ingleses y la verga...

—Gumaro, acaso no me has estado poniendo atención... Parece que estoy hablando con un burro... No te das cuenta que la historia de las religiones se explica en términos geográficos, o políticos, o sociales quizá, pero lo espiritual siempre tiene muy poco que ver... Mi vieja no tiene ni un miligramo de espiritualidad contenido en ella, Gumaro, créemelo... Todo esto se trata nomás de la cargada que va de un lado pa' otro, por más que a la gente le dé por citar versículos como grabadoras... El credo siempre es lo de menos... El medio es el mensaje Gumaro, no es lo que vendes, sino cómo lo vendes... Mi señora supuestamente va a escuchar un sermón cuando en realidad lo que está consumiendo son los productos de limpieza que les vende el mismo pastor, y todo por culpa de un pendejo que se le ocurrió traducir la *Biblia* al alemán, poniéndola al alcance de cualquier loco cabrón dispuesto a encontrar la lógica detrás de aquel enredo de campeonato que se desdice de un capítulo al otro, para luego interpretarlo a su gusto. Antes de ese hecho Dios se encontraba ya moribundo y a punto de caer, la reforma protestante sin duda lo revivió, de eso estoy seguro, el mentado libro hasta ese entonces era exclusivo de monjes sabios con sotana y sacrificios raros; mi tipo de autoridad religiosa, pues, ésa que sabes que al entregarle la limosna al menos te queda la satisfacción de que el tipo la está *perreando*. En cambio mi vecino no, él come a gusto,

supongo que coge a gusto también, porque su vieja no está nada mal, y todavía nos cobra. Será que todavía no me acostumbro al hecho, pero en fin...

—Pero entonces el nuevo no es puto...

—¡Qué no, Gumaro!

—Es que sabe qué ingeniero, se lo juro que eso yo lo detecto sin ver.

—¿Cómo sin ver? ¿Lo hueles?

—No, nada de eso... Por ejemplo orita que pasó a mis espaldas rápido supe que era él, por su taconeado, me entiendes... Esas pisadas rápidas, ligeras y chiquitas que tiene, como de vieja, como taconeado pues, un cabrón común y corriente pisa con toda la planta, este cabrón parece que trae tacones...

—Bueno sí, trae tacones Gumaro, eso no tiene nada que ver, y si es puto qué, yo estaba hablando de otra cosa pero ya me cortaste la inspiración...

—Decías que la esposa de tu vecino está buena.

—Sí, está buena... Como te digo, al final el colonizador termina haciendo con uno lo que se le antoje. En México, el hombre blanco se dedicó más a violar, convertir y esclavizar que a matar, mientras que *en el otro lado* fue básicamente cacería. Es parte de nuestro instinto animal el desprecio hacia el sometido. Nosotros hubiésemos hecho lo mismo. Pasa aquí también Gumaro, para estos gerentes extranjeros que tenemos tú eres una bestia sin alma... Menos que eso. De hecho tienen que lidiar contigo porque tu gobierno les permite pagarte una mierda, pero les das asco, sinceramente te lo digo, no te fíes de sus ademanes. Lo único que les impide pegarte un tiro en la frente cada que rompes por accidente el molde de la máquina cuatro sería el trámite legal que ello conllevaría en estos tiempos tan burocráticos.

—Oye, cambiando de tema, Norma no me quiere surtir material. Dije que Noemí está *coja* y se ofendieron.

—Déjame hablar con ella.

Gumaro se encontraba en la cuerda floja. Había muchas quejas de él. Sólo esperaban un paso en falso de su parte para

correrlo sin derechos. No se puede decir que yo lo protegía, pero sí que abogaba por él.

—Gumaro, Eunice te echa la culpa por lo de su bolsa.

—¡La confitón! Esa tonta...

—¿No tuviste nada que ver?

—Anda papando moscas. Para empezar ese día la señora *pacman* se quedó tiempo extra. Yo me fui temprano para ver *Pequeños Soldados* en la tele.

—De todos modos, yo les dije que no habías sido tú.

—Gracias.

Continuamente me regocijo pensando que fui yo quien ayudó a Gumaro a reencontrarse con su verdadero yo. Cuando recién lo conocí, Gumaro se encontraba hecho un desastre, se había tragado todo el cuento ese de Foxilandia: lo de la casita, la superación, las bondades del salario mínimo, las compras a crédito y todo eso.

Orlando, por otro lado, él de plano no tenía remedio.

Orlando tocaba la guitarra en el conjunto de música alternativa de su congregación de Jóvenes de la Nueva Onda, que curiosamente era en el mismo recinto al que acudía mi mujer los domingos.

—¿Alguna vez has ingerido algún tipo de droga Orlando?
—le pregunto mientras orinamos.

—Nunca —Orlando me responde, en lo que tira el chorro.

—Está bien, aquí no acostumbramos aplicar *antidoping* a nuestros empleados, no porque no nos preocupen ese tipo de cosas, sino más que nada para mantener cierto nivel de confianza dentro de la compañía, pero por lo mismo requiero que no me mientas respecto a esto Orlando.

Mientras nos lavábamos las manos entró Gumaro, diciendo algo así como:

—¡Ruperto!... Comió zopilotes —refiriéndose al olor dejado por Ruperto—. Oye Eric, ¿dónde vas a estar?... Necesito hablar contigo.

—En la oficina Gumaro.

En los cursos de formación de personal que se me encargaba impartir descubría a familias enteras hacinadas dentro de aquella inmunda fábrica, de por vida, y con sus bebés esperando en guarderías la edad suficiente para entrar a la misma mecánica estúpida. Ancianos prematuros, chimuelos, apolillados de tan sólo treinta años. Marías cuyo horizonte dominante era la interminable banda de ensamble que no dejaba de avanzar día, tarde y noche, para tortura de sus mentes afectadas por la infernal monotonía. Consumiendo comida podrida de comedores industriales, respirando aire saturado de plomo y con los ojos cansados por un permanente déficit de sueño y luz artificial.

Nosotros —mi departamento— nos encargábamos de motivar a esta gente y lo lográbamos las más de las veces. El producto salía y su calidad era irreprochable. Era por ello mismo que yo me sentía orgulloso. No por otra cosa sino por lo innegable del hecho de que los resultados constituían un mérito a mi labor.

Orlando también era egresado de psicología industrial, al igual que yo.

—Me da gusto que seas una persona centrada en tus objetivos Orlando, me da gusto que tengas detalles y que seas curioso porque eso le va a servir muy bien a nuestro departamento. Sólo un líder puede formar a otro líder Orlando. Acuérdate, la gente se convence primero del líder y después de la idea, así que si pierdes su confianza estás arruinado. Recuerda, cuando un líder habla, los demás escuchan.

Era lo de menos reconocer que todo valía un carajo. Era lo de menos también ir aún más allá y animarte a mandar todo al carajo. Era lo de menos eso también. El verdadero desafío consistía en sobrepasar ese estado. Ése era el reto. Mi vida en automático.

Marcial quedó arriba.

Marcial siguió trabajando en MURO por un buen tiempo después de que yo me casara con Gloria. Mi compadre Marcial para ese entonces seguía protegiendo a Julio Farell y a Oscarcito Vega, herederos ambos del imperio hotelero El Zarco. Eran su adoración aquellos muchachos.

Aquel repentino cambio de escolta, en favor de Marcial, proporcionado por la misma compañía, sucedió a raíz de los antiguos guaruras manifestándose incapaces de manejar la situación generada a partir de la muerte accidental de la hija de un narcotraficante local, ocurrida dentro del descapotable de Oscarito Vega. El descapotable Oscarcito lo estrelló accidentalmente y en reversa contra el poste de una licorería; el poste de la esquina de la licorería se balanceó hacia delante y terminó estrellándose sin clemencia contra el asiento del copiloto, donde se encontraba Estrellita Espinoza. Entre el poste y el asiento del copiloto quedaron los huesos y la carne de Estrellita Espinoza.

Los dos niños, perfectamente ilesos, salieron del descapotable y vomitaron la comida japonesa de aquella última tarde con Estrellita Espinoza, la nueva rica, *la nueva en el colegio*, que habían sacado a pasear por primera vez, casi a manera de investigación por parte de los muchachos curiosos. El vómito había lavado la culpa de Oscarcito y Julio, quienes entonces vieron que era hora de preocuparse por su propia integridad física y legal.

Al cabo de un momento, y después de unas cuantas llamadas por parte de las familias Vega y Farell, los jóvenes se vieron protegidos legalmente. Sin embargo, los atentados y las frecuentes

amenazas, por parte de los familiares de la víctima, volvieron la situación insoportable.

Final y, como todo en la vida de Marcial, misteriosamente, Marcial solucionó todo. Marcial y sus chacos. Marcial el chilango psicópata. Marcial estrangulando con sus chacos al mismo padre de Estrellita Espinoza, rabiosamente, a la salida de una marisquearía, y acto seguido zumbando la carrocería de la *cherokee* del año con los mismos chacos. La *cherokee* del casi asfixiado padre de Estrellita Espinoza, con sus compadres ayudándole a levantarse, a la vez que azorados ante el espectáculo de aquel loco como mandril uniformado ocupándose de la *cherokee del compadre*. Trepado dándole al techo, brincando, contra las ventanas, las puertas, todo intercalado con poses karatecas que asumía con toda la disciplina que exige una película de quinta.

Fue por todo ello, por su desempeño, por su eficiencia, que Marcial se vio generosamente gratificado, después de amansadas las aguas, con un sedán de línea japonesa, antes propiedad de Oscarcito Vega, gratificación que más tarde contribuiría a su derrumbe.

En su autobiografía, la señora Chacón relata los constantes reproches hechos por su hijo Jean Luis en relación con su fracaso como ídolo juvenil. En una de sus páginas, *La Señorononona* cuenta cómo su retoño le recriminaba constantemente a la inocente Madre Diva su ineptitud a la hora de utilizar sus contactos y encumbrarlo en el medio artístico, a modo proporcional a la envergadura del apellido Chacón.

—¿Sabes lo que me da más coraje?... Que tú fuiste la que me metiste por la fuerza cada maldito año en Melodía de Amor. ¿Qué esperabas con eso? —le decía Jean Luis.

—¡Hijo, no me digas eso! ¡Por favor, no me digas eso! Sé que fue mi culpa lo de Melodía de Amor, sé que no debí haberlo hecho tantas veces, pero es que comprende que siempre estuve sola, y en su momento manejaba dos carreras, la tuya y la mía, si me equivoqué discúlpame, pero entiende que sólo quería lo mejor para ti, por favor no me trates de esta manera, eres todo lo que tengo. Mira, ve lo que tienes, valórate, tú tienes mucha chispa, mucho carisma, eres guapísimo, valórate. Sé que puedes triunfar y alcanzar todo lo que te propongas. Ve que bien le está yendo a Lucía de imitadora y ahora está muy contenta en su programa. Mírate, tú también tienes chispa para la comedia.

—¡No mamá! ¡No! Yo no quiero ser un imitador. ¡Yo estoy para que me imiten! ¡Entiéndelo mamá! ¡No! Nomás ve, todas las que fueron mis novias y mis amigos orita tienen algo.

—Hijo perdóname, por lo que más quieras. Tenlo por seguro que si tu padrino no se hubiera enfermado, y en el mismo momento en que tú te decidiste a hacer tu carrera como cantante, si no hubiese sido por ello mi compadre te hubiese hecho

un ídolo, y no de México solamente, sino del mundo, hijo. Él mismo me lo dijo. Acuérdate que tú todavía no te decidías a cantar en aquellos años —al hablar de su compadre, la señora Chacón se refería a aquel personaje que terminó inflado como sapo color mostaza.

—Es que no es sólo eso, recuerda que no tuve apoyo por ningún lado mamá. Debiste haber metido las manos por mí en la disquera, para que me pusieran más en la radio, me dieran más promoción, no sé, me presentaran mejores canciones... Pero no. Me terminaron tratando como a cualquier otro.

—No hijo, es que pensé que no te iba a gustar que me metiera en tu proceso creativo. Y sí estuviste en la radio. No digas que no.

—¿Qué tal si regreso de actor?

En el altar. Esperando a la novia.

Marcial, el padrino de anillos, llega, se me pone a un lado, y me dice: "Ta' bien fundar una familia... Te felicito". Muy convencido, el sinvergüenza, y entonces las campanadas de la iglesia y el arribo de la limousine con Gloria metida en traje de novia.

Por aquel tiempo se estrenó *Rines del 17* en la ciudad.

Rines del 17 trataba acerca del esfuerzo de un gringuito pobre y soñador por no defraudar a sus amigos, los cuales habían depositado su dinero y confianza en él y su automóvil para que ganaran en la gran competencia del auto mejor decorado de la ciudad.

Al parecer gracias a la manera en que el prestigiado director había abordado la aparentemente superficial trama la película había arrancado el reconocimiento de la crítica más exigente, y por supuesto, el revuelo y la fascinación de toda una generación de jovencitos identificados con el personaje.

Cuando Marcial salió de la sala de cine, como de una revelación religiosa, después de haber ido a ver una función de *Rines del 17*, se encontró con un sedán insípido, falto de luces de neón, sin vistas cromadas, sin equipo de sonido, sin su cola aerodinámica, sin encerar.

Ahí fue donde se perdió Marcial. El muchacho humilde del sur que nunca había imaginado saborear el éxtasis surgido a partir de la mirada cautiva del pobre diablo que desea tu carro. Marcial comenzó entonces dedicándole horas, luego días, y ya después semanas a los atavíos de su sedán, cambiándole él solito

la transmisión por una nueva, el motor también, los amortiguadores, la batería, llantas, empaques, rines, filtro, bujías, soportes, anticongelante, encerado, tapicería, bocinas, estéreo, amplificador, volante, alarma, laminación, resanado, pintura, vistas, calcomanías, neón, cromo, polarizado, en fin. Marcial se iba perdiendo más y más. Extrajo grandes sumas de dinero de su cuenta bancaria y comenzó a perder el interés por su trabajo.

—¡No se suban! ¡No se suban! ¡Lo van a ensuciar! —les gritaba a sus hijas.

Llegó a ganar premios en competencias locales gracias a su sedán.

Finalmente Marcial chocó camino a una de sus competencias, lo cual, al parecer, cortó el embrujo y lo hizo entrar en razón, encontrándose de pronto sin trabajo, sin ahorros, sin coche y, lo más importante, sin los beneficios de la jugosa pensión de doña Ofelia, quien murió aquel mismo verano dentro de su cruel hacinamiento, en el que había sido abandonada.

La gente no me cree cuando digo que la tía de mi mujer murió de inanición.

—¡Animales! —les gritaba desde su hacinamiento, atormentada por los fantasmas del pasado— ¡Bestias! ¡Regrésenme a mi hija! ¡Ladrones! ¡Quiero mi dinero! ¡Regrésenme mi dinero!

Sucedió que justo después de su jubilación, doña Ofelia se vio invadida por la desesperación, la ira y el remordimiento, por medio de frecuentes ataques de locura en los que reclamaba a gritos el dinero de la pensión, el cual, años antes, había autorizado a Roxana a cobrar. También exigía hablar con su hija Elizabeth, a quien Roxana ya educaba como suya. Por su parte, Marcial y Roxana, nunca dotados con demasiada paciencia y misericordia, acordaron disimuladamente recluirla bajo llave.

—¡Sáquenme de aquí ratas! —gritaba, cada que alguien se aproximaba a la puerta de su cuarto.

Una vez que los gritos se volvieron insoportables, mi madre denunció el caso a Trabajo Social, sin embargo, Roxana y Marcial siempre hallaban la manera de eludirlos cada que llegaban a cons-

tatar la situación descrita. Roxana nunca se sintió bien de llevar el caso del padecimiento de su madre a ningún profesional, temerosa de que éste se enterase de la atípica situación en su casa.

Así que Marcial tomó las riendas del asunto, llevando por la fuerza a doña Ofelia con un supuesto doctor conocido de él, quien al parecer cumplió su promesa de “tranquilizar” a su suegra para siempre y sin necesidad de una segunda cita. El propio Marcial me comentaría acerca de aquel trabajo:

—Vieras que bien la dejó... Tranquila, controlada, callada... Buen doctor, cuando quieras te paso la dirección, pero no lo comentes... No lo dejan ejercer por pura envidia... Dicen que trabaja con instrumentos obsoletos, pero como él bien lo dice: “lo viejito es lo mejor”. ¿O no?

—¿Y de dónde lo sacaste?

—Una coca bien rebajada que vende, y pingas, no me gusta comprarle nunca, pura cochinada, pero una vez que le compré, porque no me quedó de otra, platicando me comentó a qué se dedicaba antes. Me dijo que trabajaba en un hospital psiquiátrico y que también era abortista... Le comenté el caso de Ofelia y me dijo: “tráemela a mi casa, yo te la dejo como nueva y te cobro barato. Garantizado”. “¿Garantizado?”, le pregunté. “Garantizado”, me dijo. Y sí, quedó bien. Ya no grita, ni se jala los pelos, ni se queja, ni anda llorando como antes. Ya no. Vieras lo tranquila que está. Ahora nomás le da mucho miedo sentarse... La tenemos que ayudar. También a veces se hace del baño, y otras veces le da por escupirnos... Pero fuera de eso está muy tranquila... Muy bien quedó. El doctor dice que todo eso que tiene ahorita se le va a ir quitando poco a poco.

Ése fue el fin de la señora Ofelia, quien murió a los pocos meses, a la vez que fue el fin también de los cheques mensuales a cuenta de su pensión. La situación se volvió aún más desesperante. Marcial no trabajaba, pasaba el tiempo en la calle maquinando negocios relacionados con la venta de autopartes robadas, a través de un contacto clave que había conocido en sus días como decorador de automóviles.

Muerta doña Ofelia, Roxana decidió dar un paso al frente por primera vez en su vida y asumir el papel de sostén de su propia familia. Fue precisamente en aquel club de té canasta donde Roxana oyó hablar por primera vez de Manuel Ordóñez.

“Son muy buenos productos”.

“Se venden solos”.

“Ahí está el dinero”.

“Él se hizo rico con eso y lo que tiene ya lo regala”.

“El sólo pone iglesias. Para eso quiere el dinero”.

Roxana decidió que quería ser parte de todo aquello. Sabía que Manuel era nuestro vecino así que le pidió a Gloria que la contactará con él. La conexión fue inmediata, Roxana y Manuel hablaban el mismo lenguaje. Hicieron *clic*. Hablando por teléfono fue Manuel mismo quien se ofreció para organizar una demostración de su línea de productos.

—Voy a hacer una reunión en mi casa Roxana, invita a tus amigos y yo hago una demostración —le propuso Manuel.

—¿Qué día sería? —contestó Roxana.

En la noche concertada, en casa de Manuel, arribó aquel gallinero ambulante marca astro, estilo mini van, cuyo regimiento emprendió su paso dentro de la casa, tomando detalle en todo momento de cada decorativo ingenioso proveniente de esta nueva y prometedora línea de productos, cuyo respeto por los preceptos del *feng shui* era notable e indiscutible.

Terminados los preliminares, y una vez comenzada la sesión, Manuel se dedicó a manchar sus alfombras de aceite, betabel y lodo, removiéndolas con aquellos productos que prometían venderse solos, ante la mirada expectante de aquella congregación de damas de sociedad que pedían más y más.

—¿Vieron cuántas gotas apliqué para limpiar toda esta sección? —dijo Manuel. Luego llamó a su esposa: “Trae las barras nutricionales”.

La mujer de Manuel y su hija sacaron charolas repletas de chocolates y barras nutricionales, los cuales Manuel con prestancia repartió entre la multitud, quienes admitieron su indiscutible sabor natural entre mordisco y mordisco, muy

por encima de los de marcas ya conocidas, según decían.

—El valor nutricional de lo recién ingerido anula la necesidad de alimentarse por dos días más —les leyó Manuel de una etiqueta que tenía en su mano.

Sobre un pizarrón describió graficas, y marcó números con valores de grasas y carbohidratos. Luego de esto, y ya para echárselas a la bolsa de una vez por todas, Manuel activó *Los Aromatizantes*, tomando por sorpresa a todas, al verse emanar una graciosa brisita de aquellas imprevistas figuritas decorativas, las cuales, además de preciosas a la vista, llenaron el ambiente de su cautivante fragancia. Las viejas cotorras estaban sin palabras, quedaron rendidas todas, incluyendo Roxana, a quien le brillaban los ojos por Manuel, quien, en contraste con Marcial, aparecía delante de ella como un hombre con una causa y una inquebrantable fe en su línea de productos, manejada de manera carismática por él mismo, a la vez que carecía de todo lo chocante y tosco, propio de la personalidad de Marcial, lo que le impedía ser parte de aquel fantástico mundo de gente destinada al éxito, entre las que se contaba ella misma.

Por último, Manuel describió por medio de complejas figuras geométricas el audaz sistema de metas, compensaciones y escalafones manejado por su novedosa y original línea de productos, de la cual prácticamente les sería imposible no beneficiarse.

Manuel habló de cruceros por el Atlántico, de carros del año, de reconocimientos internacionales y de conferencias, con lo que tenía ya temblando de excitación a sus escuchas.

Aquella noche, y después de semanas sin dirigirse la palabra, Manuel agradeció a su mujer por haberle aconsejado sabiamente establecerse en aquel jugoso fraccionamiento de aquella jugosa ciudad. Su mujer agradeció el reconocimiento y se fueron a dormir. Por las mismas horas Roxana llegaba a su casa fascinada por el arribo de este nuevo Mesías que ofrecía una nueva esperanza al tan vilipendiado oficio de las ventas por catálogo.

Gloria, mi esposa, ella es una Vázquez, por eso había que pagarle a alguien para que nos limpiara la casa y nos cocinara. Mi esposa... imposible. Es una Vázquez. La señora que nos ayudaba en la limpieza, ella tenía buen sazón y sabía cocinar, sin embargo, a Gloria siempre le encantaba estarla corrigiendo acerca de la intensidad de fuego que debía usar. Eso le fascinaba. A veces Gloria se encontraba arriba en la recámara y ya le estaba gritando: "fuego lento Bety, no se le olvide, fuego lento". Me refiero a ese tipo de detallitos odiosos que a uno regularmente le revientan. Y es que Gloria, qué sabía de cocinar, nada, absolutamente nada. Si cuando se animaba a meterse a la cocina regularmente hacía unos nopales infames que yo jamás me atreví a tocar.

Roxana también es una Vázquez, sin embargo, en su casa la cosa era distinta... Marcial no pagaba a ninguna señora para ayudarle en los quehaceres, por tanto, su casa era un maldito chiquero. Columnas de trastes sucios en la cocina alzaban torres imponentes; la ropa sin lavar era amontonada en cualquier esquina; la cochambre en la estufa avasallaba con un tono maple toda la extensión de lámina originalmente blanca; uno levantaba la figurilla de porcelana que estaba en la mesita de centro y dejaba un imprudente hueco de polvo, polvo que matizaba con una capa grisácea todos los objetos y que daba al ambiente un aspecto lúgubre, por el cual fluía a caudales, como un impasible invasor que había sido dejado libre para ir conquistando, poco a poco, todos y cada uno de aquellos rincones, incluyendo los pulmones de las hijas de Marcial, quienes ya padecían graves casos de asma.

Fue por eso que le extrañó a Marcial todo aquel arsenal de productos de limpieza que encontró de la noche a la mañana regados por toda la sala y parte del comedor. (*Roxana no limpia, no limpia nunca.*) De pronto reconoció el logotipo. La marca. Entonces Marcial descubrió por fin la razón del comportamiento sospechoso que Roxana había llevado a lo largo de las últimas semanas.

A pesar de las advertencias, Roxana insistía en ser vendedora acreditada de los productos de Manuel. Aún a pesar de que Marcial ya le había prohibido anteriormente vincularse con cualquiera de los negocios de Manuel. Aquello había ocurrido unos meses atrás, habiendo llegado juntos de una de las ceremonias de Manuel, a la cual habían sido invitados por primera vez:

—¿Qué te pareció?... ¿A poco no te dan ganas de volver?... Viste cómo se llevan todos... Todos te tienden la mano y te ayudan y se apoyan entre ellos, bien padre... ¡Viste!... ¿Qué te pareció?

—Te prohíbo que vuelvas a ir Roxana.

—¿Pero por qué Marcial?

—Ese Manuel me da mala espina, ahí todos adorándolo como si fuera no sé qué... No, no, no quiero que vayas Roxana.

—¿Pero por qué?... ¿Por qué nunca me dejas?

—No vas a ir y punto. Se acabó. Me da mala espina.

Marcial puso las cosas en claro desde el primer día. Regularmente este tipo de advertencias eran eficazmente acatadas por Roxana, sin embargo, esta disposición de Marcial atentaba contra una causa de orden mucho mayor en la tabla de intereses de Roxana. Aquella prohibida membresía al círculo de clasemedieros liderados por Manuel significaba para ella la oportunidad de *hacerse valer*, luego de la muerte de su madre, y de *darse a valer* por primera vez en su vida. Al final, Roxy optó por llevar a la clandestinidad sus negocios con Manuel.

Así que cierta mañana, después de meses de actividades ilícitas, Roxana, sorprendida *in fraganti*, sin esperar la llegada de Marcial sino hasta horas más tarde, temblaba de miedo al

verlo rodeado de todos aquellos productos que estaba a punto de patear, destrozar y lanzar en todas direcciones, y que mientras tanto examinaba con detenimiento.

—¿Qué es todo esto Roxana?... Qué te dije... Qué te dije acerca de tener algo que ver con ese brujo.

— ¡No es brujo!

—¡Es un brujo Roxana! No te das cuenta que desde que apareció nos ha ido mal. A mí me corrieron, tu madre se nos murió, las niñas se enfermaron y ora tú me desobedeces.

—A ti te corrieron porque te volviste loco con tu carro Marcial, además de que no haces nada por encontrarte otro trabajo.

Y entonces lo que siguió fue un sonido de castañuela hecho por la dentadura de Roxana... El sorpresivo *upper* de Marcial sacudió la mandíbula de Roxana, cortando su lengua, extra-yéndole un gemido, y haciéndola retroceder tres pasos fuera de balance y con su cabeza inclinada hacia atrás, quedando abruptamente interrumpido su alegato.

—Si me entero que vuelves a ir a su casa te mato y luego lo mato a él —y mientras Marcial decía esto, el cuerpo de Roxana, ocupado en sollozos, se hallaba recargado sobre la sucia barra del desayunador, mientras sus ojos seguían hipnóticamente los movimientos del puño de Marcial, el cual se balanceaba amenazadoramente—. Te juro que lo hago, nomás tíntame, por favor, tíntame. Me da comezón en las manos por apretarte ese pescuezo hasta dejarte púrpura Roxana, y sabes que soy capaz, sabes que soy capaz, así que no me tientes Roxana, te lo advierto.

—Eres el demonio —y este punto Roxana lo reforzó imponiéndose con cuchillo en mano, arma que recién había tomado de la barra del desayunador—. Te odio Marcial, has sido lo peor que nos pudo haber pasado... Te aprovechaste de mí, te aprovechaste de que necesitaba una figura paterna. Necesitaba cariño, atención. Te aprovechaste de nosotras y nos separaste para siempre... Quiero que te vayas, quiero que te largues de mi casa ahora mismo.

Extendiéndose en su arenga, y con su cara encendida y humedecida por las lágrimas, se encontraba Roxana con cuchillo cebollero en mano, cuando de pronto, y de manera todo menos que apasionada, le vino a Marcial el recuerdo de una publicación que por tanto tiempo le había dado por hojear ociosamente en su natal Veracruz. El tomo se titulaba *Karate útil: técnicas de desarme, por el maestro Ismael Benítez*. Marcial decidió que aquel era el momento propicio para poner a prueba las técnicas descritas en el prometedor tomo que hasta entonces le había sido de tan poco provecho. Para aquella situación en la que se encontraba, Marcial creyó conveniente adaptar el movimiento descrito en una de las ilustraciones, éste contemplaba una sorpresiva zancadilla, seguida de una patada barredora, sujeción de la mano armada, torcedura y codazo.

La adaptación de dicha llave fue llevada a cabo por Marcial sobre el cuerpo de Roxana con toda la furia requerida en una película de Chuck Norris.

La fama de Rubí Chacón se elevó al estatus de mártir luego de que, en un corto periodo de tiempo, y justo después de su injerencia en la política, su vida privada se viese azotada por un increíble caudal de tragedias. Un caso de “la vida imitando sus telenovelas”. Primero que nada fue la muerte de su único hijo, Jean Luis, desangrado en su tina, presuntamente víctima de un suicidio, después interpretado por los entendidos del tema como producto de un desahucio homosexual de parte de Bruno Santos, uno de sus compañeros en la telenovela que se encontraba rodando en el momento, *Lazos de pasión*, quien, además de formar parte de un espectáculo *Chip and dale* de la capital, también se encontraba involucrado sentimentalmente con la prima de Jean Luis, la modelo Claudia Fonz.

—A mi hijo me lo mataron —dijo la *señorona* en el funeral de su hijo.

—¿Usted a quién culpa de este crimen, señora Chacón?

—Ay hijita mía de mi corazón, ¿a quién más, mi amor?... ¿A quién más, mi vida?... Estoy harta, harta estoy ya de estas personas irresponsables que han llegado al poder engañando, mintiendo, solamente para aprovecharse del pueblo y de la gente que trabajamos honradamente... Yo estoy muy afectada realmente porque esta situación es insoportable ya, y siento tanto dolor... Ya no se puede salir a la calle sin que a uno la asalten, lo roben, lo secuestren, o de plano lo maten... Y me duele mucho, mucho, porque ahora he perdido a mi ser más querido, a la luz de mi vida, pero lo cierto es que todos a la vez hemos perdido a nuestro México adorado que tanto queremos y que lo queremos de vuelta... Ya es hora de poner todos un *hasta aquí* y que salgamos

a las calles y exijamos las renunciadas de estas personas corruptas e incompetentes, por Dios.

Luego de esto sucedió el atentado criminal contra su propia vida, mientras la *señorona* era conducida por su equipo de trabajo a uno de sus mítines, lo que a su vez fue interpretado en otras partes como un autoatentado más o menos bien orquestado, según la recolección de los hechos: ningún herido, disparos erráticos, testimonios contradictorios.

—No claudicaré ni me amedrentarán, sé que soy una amenaza para muchos pero seguiré adelante, no me callaré, seguiré en pie de lucha —dijo esa vez Rubí Chacón en una entrevista televisiva.

—Señora Chacón, ¿pero qué es lo que la mueve?... ¿Qué es lo que la mantiene en pie de lucha después de tantas batallas y obstáculos en el camino a los que se ha tenido que ir enfrentando como toda una dama?... Hablaba usted de una fuerza interior... Tengo entendido que eso es lo que...

—Sí, mira, desde niña he cargado una fuerza interior que corre por mis venas y que me impulsa a realizar obras por mi país que quiero tanto, y por las mujeres también, por las que yo clamo igualdad de derechos, igualdad de oportunidades, igualdad de atención, igualdad de respeto e igualdad de justicia, porque cómo puede ser que cuando yo visité la cárcel de mujeres me topé con tantas pobres inocentes que habían asesinado a sus esposos en defensa propia y que ahora vivían en condiciones lamentables e inhumanas, de suciedad, de hambre, de vejación. Eso Omar, ver esas cosas, hace que me apasione, que hierva mi sangre y que surja una fuerza en mí que yo la tengo que liberar de manera positiva, porque si no hago nada entonces exploto... Yo soy una persona muy apasionada, me apasiono por las causas que considero justas y ahí ya nadie me puede parar. Por eso cuando alzo la voz respecto a estos temas que nadie quiere tocar me intentan callar, pero no lo van a lograr.

—Señora Chacón, ¿pero de dónde saca tanta fortaleza?... Lo pregunto porque me gustaría que las mujeres de México aprendieran de su ejemplo.

—En la filosofía budista existe un proverbio: siete veces caigo, siete veces me levanto.

—Creo que ahora mismo hemos de tener a muchas amas de casa haciendo sus notas mientras la escuchan hablar.

—Esperemos.

—Señora Chacón, ¿a qué atribuye usted su éxito en el medio artístico, en la política, como mujer y como madre?... Es decir, si tuviera que señalar algún factor, algún consejo que le dieron, o algún evento que haya sido decisivo en su formación, ¿éste cuál sería?

—Sí, efectivamente, yo creo, Omar, que todas las personas de este mundo son buenas en un principio, y que se van deformando muchas veces, ya sea por la falta de atención o de cariño que tienen en sus vidas. Yo no creo que las personas nazcan malas, por eso es para mí tan importante la educación. La educación y la salud, porque la educación es para el mañana así como la salud es para el hoy. Hay que estar sanos y vivos para poder aprender y superarse.

—Tiene usted mucha razón señora, definitivamente eso es algo en lo que deberíamos reflexionar todos... Pero hablemos de su formación, ¿qué fue lo que hizo de Rubí Chacón la mujer exitosa que es hoy?... Digo, lo pregunto porque sé que en este momento debe haber muchas amas de casa deseosas de saberlo, ya sea para aplicarlo ellas mismas en sus vidas o para inculcárselo a sus hijos.

—Sí, claro. Pues básicamente fue el crecer en una familia con valores muy bien cimentados. A mis hermanos y a mí nuestros padres nos inculcaron valores y principios que siempre han sido un referente en nuestras vidas, así como el siempre ir en busca de Dios.

—Por último, después de escuchar tantas cosas que usted tiene que decir tanto a México como al mundo, no le ha pasado por la cabeza la idea de algún día escribir un libro en el que usted vierta sus pensamientos, sus deseos, vamos, su visión.

—Sí Omar, qué bueno que lo mencionas. Precisamente en los últimos meses he estado recolectando y ordenando notas personales que he ido escribiendo a lo largo de estos últimos

años para incluirlas en un libro que ya estoy por terminar y que se llamará *Sobreviviré*.

—Me alegra escucharlo, de hecho creo que nos alegra a todo el pueblo de México, que ya deber estar ansioso por su publicación... Quizá sea un poco prematuro para preguntarlo, pero el título, ¿de dónde proviene?

—Es una metáfora. En realidad funciona en dos niveles. Es una metáfora literaria que también hace referencia a los acontecimientos personales por los que he pasado y que han sido tan duros, y que a pesar de los cuales he decidido no claudicar y seguir con mi proyecto... De hecho en un principio había pensado titularlo *La mujer alpinista*, que es otra metáfora personal, pero dado los últimos sucesos por los que he pasado, y que me han hecho ser una mujer aún más fuerte al sobrevivirlos, pues opté por llamarlo *Sobreviviré*.

—De ahí el título.

—Así es.

—¿Qué le parece si ahora mismo entramos a una divertida dinámica de asociación de palabras?

—Pues me parece muy bien.

—Dios...

—Todo.

—Jean Luis...

—Vida.

—Política...

—Suciedad.

—México...

—Corazón.

—Señora, ha sido en verdad un placer y un honor que me haya permitido entrar a la sala del hospital donde actualmente se recupera de las heridas causadas por el cobarde e infame atentado del que fue víctima, pero mejor no hablemos de cosas tristes, y ahora sí, por último, podría por favor despedir la emisión con unas palabras de aliento y ánimo para este pueblo mexicano angustiado de verla sufriendo en esta cama debido a las causas justas que usted misma enarbola.

—Sí Omar, sólo quiero decir que no lloren por mí, que no sufro estando aquí en esta cama de hospital. Que no se preocupen, porque mi corazón está más allá de estas paredes y con todo el pueblo de México, este pueblo optimista que espera una nueva esperanza, que sueña con ver a este país convertido en lo que se merece, en una floreciente nación cuya prosperidad brille a los ojos del mundo, y cuya luz sirva como ejemplo para todas las naciones afectadas por malos gobiernos y siglos de injusticia y corrupción.

—Como pueden ver mis amigos, no me pude contener, las palabras de esta señora me han hecho llorar, no lo pude evitar, pero no me avergüenzo. Son palabras de una mujer que a pesar de haber sufrido la mayor de las tragedias que una madre pueda sufrir, como es la pérdida de su único hijo, y a pesar de encontrarse físicamente lastimada en una cama de hospital, es capaz de pronunciar estas palabras de aliento, de esperanza, de alivio, tan necesarias para un pueblo tan lastimado como es el nuestro. Pues, bueno, con estas palabras me despido, éste fue su amigo y servidor, Omar Dávila, y hasta la próxima emisión de su programa: *Trinchera del corazón*. Nos vemos.

A todos los que los conocíamos nos comenzaron a llegar entonces rumores del enclaustramiento radical impuesto a Roxana por parte de Marcial. Cabe resaltar que todos parecían admirarse de lo increíble del caso, menos yo, quien por lógica ya preveía ese tipo de incidencias en la unión de ese par, antes trío. Mi mujer era una de las personas más preocupadas por toda aquella situación, impacientándose frecuentemente por mi tranquilidad a la hora de abordar el tema.

—Eric, te hablan, son Mario y Manuel, quieren hablar contigo —me dice Gloria.

—¿Conmigo?... ¿Qué quieren?

—Vienen con las mejores intenciones Eric, vienen a ayudarnos a liberar a Roxana.

—¿Ayudarnos a qué?

—A liberar a Roxana y a su familia.

—¿De qué?

—De Marcial que se volvió loco Eric, de qué más.

—Pero si Marcial siempre ha estado loco Gloria... ¿Y esos ladridos?

—Manuel trae a sus perros, están súper amaestrados Eric, no van a tocar a las niñas ni a Roxana. Vienen entrenados para ir por Marcial nada más. Por eso los va a llevar. Para asustar a Marcial.

Me levanté de mi sillón frente al televisor y me dirigí a la puerta. Ahí estaban muy resueltos el enano de Mario y Manuel, los dos vestidos de *short* y playera, parecía que iban a una partida de *squash*. El atuendo de Mario revelaba unas piernas varicosas, ligeramente velludas, delgadas y pálidas.

—Vamos a liberar a Roxana Eric —me dice Mario, completamente hipnotizado y con la misma autonomía de un muñeco de ventrilocuo, mientras Manuel, detrás de él, aprobaba sus palabras con muecas afirmativas y el aire de gravedad que la situación requería. Mientras tanto, los dos *pitbulls* ladraban furiosamente desde el *pick-up* de Manuel, estacionado en la banqueta.

—Mario, ¿piensas ir a casa de Marcial a echarle esos perros? —dije yo.

—*El que tenga bolsa que la tome, y lo mismo la alforja, y el que no tenga espada venda su manto y compre una* —intervino Manuel desde atrás, con quien yo ni estaba hablando en primer lugar, y se me queda viendo como esperando el asombro en mi rostro al verlo poseído por la palabra divina—. *Come on Eric, vamos a llevarle libertad a nuestra hermana Roxana.*

Queda por demás decir que no acompañé a esos dos a ninguna parte aquel día. Por el contrario, intenté alertar a Marcial de todo marcando repetidamente a su casa, sin que su teléfono dejara de sonar ocupado en cada una de las ocasiones.

El saldo de aquella absurda expedición: rasguños en las piernas de Carmen y Elizabeth, las dos hijas de Marcial, un cuchillo de cocina atravesando el cuello de Navy y un tenedor ensartado en el ojo izquierdo de Army, los dos canes asesinos de Manuel que habían ingresado a la casa de Marcial por la puerta principal, dejada abierta por la misma Roxana, cuyas instruc-

ciones eran de abrirla al escuchar la señal acordada en el plan de ataque.

Los *pitbulls* dejaron intacto a su objetivo principal: Marcial. Éste replegó su embestida a patadas mientras protegía a sus hijas e iba en busca de los utensilios de cocina que acabarían alojados en el cuerpo de los perros de Manuel, quien al oír sus angustiantes chillidos ingresó de inmediato dentro de la casa, haciendo gala de heroísmo al cargar con un perro en cada brazo camino a su carro, y de ahí al veterinario, donde ambos fueron rescatados de la muerte.

Manuel tuvo que hacer a un lado a Marcial con un empujón para evitar que éste siguiera atascando sus botas con furia sobre los cuerpos de sus perros heridos. Al intentar ir ahora en pos de su amo, Marcial se vio amenazado por la pistola en la mano de Manuel.

—*Back off!* —gritó Manuel.

“¿Pero quién le da derecho?”, me diría Marcial días después. En su momento me pareció que Marcial, impulsivo como era, se lo tomaba todo con inusitada calma, así como de igual manera admito que jamás se me hubiese ocurrido que planearía su venganza con tanta meticulosidad y paciencia.

La siguiente víctima de los perros de Manuel fue el hijo de Andrés, éste brincó la cerca hacia dentro de la casa de Manuel en busca de un balón perdido. Tampoco aquí existieron heridas graves, al acudir oportunamente la esposa de Manuel en su ayuda.

Pero el carácter demencial de Manuel y la fe en la justeza de sus perros, Army y Navy, llegaron a su punto máximo el día en que la siguiente persona a punto de probar su capacidad persuasiva resultó ser el propio aliado de su amo: Mario Morales, y todo a causa de un prolongado y colosal endeudamiento imposible de liquidar. Éste fue adquirido luego de que, motivado por uno de los discursos de Manuel, Mario se atreviera a promocionar su catálogo de productos a todo el personal del banco donde laboraba, consiguiendo al instante una enorme cantidad de pedidos que serían satisfactoriamente entregados pero imposibles de

costrar luego de su despido debido al uso de su horario laboral en favor de empresas ajenas.

Yo no estuve en el barrio en aquella ocasión, pero según me cuentan, Mario suplicaba encarnecidamente, no por su vida, ni por su integridad física, sino por dejar fuera de aquel enredo su preciada amistad con Manuel.

—*I'm very sorry Manuel, very, very sorry, I deserve this... Are we still friends?... Tell me we still are, tell me, please, despite all this...* —gritaba Mario, llorando y soportando las mandíbulas de los *pitbulls* mascando sus piernas.

—No mezcles las cosas Mario, tú sabes bien que negocios son negocios. Tienes que pagarme.

—¡Sí!, ya sé, negocios son negocios amigo. Negocios son negocios... ¡Gracias!... Ya le pedí un préstamo a mis papás y mi esposa a los suyos. Lo estamos esperando... Acuérdate que todavía no encuentro trabajo, y si todavía tuviera el carro ten por seguro que te lo daría... Como aval pues.

—Cóbrale a la gente que le diste los productos Mario, ¡no seas tonto!

—No Manuel, ya no me dejan entrar.

—¡Pues ve a sus casas!

—No me abren Manuel. No me quieren pagar... Son malas personas Manuel... Son malas personas... Pero ya me va a llegar el préstamo que te digo... Ya me va a llegar.

—Está bien, está bien... *Army! Navy! Let him go!*

—Gracias Manuel, gracias... Lo del César al César verdad... Lo del César al César... Sí... Que Dios te bendiga Manuel, luego voy a tu casa, eh, para ayudarte a pintar.

—No te preocupes, mejor voy a pagar para que lo hagan.

—Ah, está bien... Bueno, de todos modos voy a ir para ver el *Orange Bowl*.

Gloria vivía aplastada a dos nalgas sin moverse de donde mismo, que era el sillón frente a la tele; y yo llego un día y la sorprendo con el teléfono en mano y una revista en su regazo.

—¿A quién llamas Gloria?

—Esta pomada que es buenísima para adelgazar las llantitas. Es un número uno ochocientos, no te preocupes... Eric, ¿qué pasó con mi lavavajillas?

—Mi amor, qué te parecería un esclavo que te cargara de la cama a la cocina, para que comas, y de ahí que te cargue al baño, cagas, y de ahí a la cama otra vez. ¿Qué te parecería?... Seguirías haciendo tú misma las compras, por eso no te preocupes, es sólo que te quiero evitar en lo posible la molestia de tenerte que mover por tu cuenta.

En otra ocasión en que yo llegaba del trabajo me encontré con el estruendo de una canción de alabanza moderna que salía de mi propia casa. Supongo que debió haber traído ese disco de la iglesia de Manuel.

Metí el carro a la cochera y al llegar a la puerta escuché a un gato maullar de manera agonizante. Comencé a rastrear aquellos lamentos, bajé la mirada junto al bastidor de la puerta y entonces encontré, sobre el tapete, aquel infeliz gato moribundo, temblando y con su vómito alrededor. Abrí la puerta.

—¿Y esa música? —le pregunté a Gloria.

—Ya me tiene harto ese gato, mejor puse música —dijo ella.

—Así que ya lo habías visto y te valió madres.

—Yo misma le puse el veneno en la leche Eric.

—¡Qué chingados hiciste Gloria!

—Ay bájale, sabes que no me gustan los gatos Eric. No me gustan los gatos.

Tomé mis vacaciones y me recluí una semana en mi habitación, acostado, viendo hacia el infinito y sin encender el televisor. Mi esposa estaba aterrada. No entendía nada. Se levantaba temprano para no tener que estar a mi lado y bajaba a la sala.

Toda una semana acostado.

Y de regreso en el trabajo lo mismo.

A Orlando le daba por quejarse de la *actitud de los mexicanos*, queriendo quedar bien conmigo y luego haciendo comparaciones con la *cultura japonesa*. Yo no le daba pie a que se displayara en el tema pero, aun así, él le seguía y le seguía. Orlando me tenía harto.

Digamos que no regresé muy motivado. A mi regreso, Gumaro me esperaba ansioso, urgido de pedirme ayuda, de nuevo.

Definitivamente, Gumaro llegó conmigo en un muy mal día. Me encontraba aburrido y cansado de mi farsa, pero más cansado estaba de Orlando. Cada vez me parecía más difícil aguantarme las ganas de despojarme de mi máscara.

—¿Qué podremos hacer para cambiar la mentalidad de la gente ingeniero?... —me preguntaba Orlando, insólitamente en serio— Yo tengo una teoría. Fíjese... ¿Cómo es?... Ah sí, espérese... Ah sí. Bueno, según yo hay personas que son cadáveres vivientes, que están muertos en vida, que no merecen vivir simplemente porque no tienen aspiraciones. No se ponen metas ni retos. Viven en la mediocridad. Esas personas son las responsables del atraso de nuestro país. Están aquí pero no hacen nada y uno debe cargar con ellos. Fíjese ingeniero, los jóvenes que estamos conscientes de este atraso estamos hartos de promesas y de fracasos y todos hemos dicho *basta* a las viejas mañas y fraudes. Yo la verdad estoy harto de tanta transa, de tanta hipocresía, de tanta corrupción. Por eso es importante que a todos los jóvenes de hoy en día se les enseñe a ser emprendedores.

sólo así vamos a superar los retos del nuevo milenio... ¿Sí o no Inge?

—Sí Orlando —le respondí.

Y en eso Gumaro abrió la puerta. Solo nos encontrábamos Gumaro, Orlando y yo en la oficina. Era mi oportunidad de revelarme en mi forma más cáustica frente a Orlando.

—Eric... Vamos para allá.

—No, dime aquí Gumaro —le dije.

—Si quiere me voy —sugirió Orlando.

—No, quédate —le ordené—. ¿Qué ocupas? —le pregunté a Gumaro.

—Estoy en un apuro Eric. Te estoy buscando desde la semana antepasada, me dijeron que estabas de vacaciones.

—Hoy regresé... ¿Qué ocupas?

—Te vengo a pedir un préstamo. Te lo voy a pagar —dijo después de sentarse Gumaro.

—¿Cuánto?

—Diez mil.

—Es mucho dinero. No tengo... Te podría prestar menos.

—¿Cuánto?

—Cuatro mil, cuando mucho.

—La verdad ocupo veinticinco mil. Iba a pedir por otro lado lo demás... Eric, ¿y si hago que me corran?

—No están dando liquidaciones Gumaro, menos a ti.

—Ya me chingué.

—Hay una cosa que puedes hacer —y entonces me sentí frente a una revelación: la imagen de un dedo amputado. Un mensaje divino que salvaría a mi amigo.

—¿Qué?

—Tu dedo. Sacrificalo.

—¿Es en serio?

—Gumaro, ¿tocas algún instrumento musical?

—No.

—Ahí está. Mete el dedo en la rebanadora.

—¿Cuánto me darían?

—Bastante. Luego, al regresar de tu incapacidad, seguro te van a correr de una vez por todas, ahí te van a dar más.

—¿Seguro?

—Confía en mí.

—¿Pero cuál dedo?

—El que quieras. Uno de tu mano izquierda te aconsejaría. Ningún pulgar, parece que no sirven pero son los de apoyo.

—¿Pero cómo le voy a hacer?

—¿Cómo que cómo le vas a hacer?

—¿Quieres que meta el dedo en la rebanadora y ya?

—¡No! Cómo vas a meter el dedo así nomás.

—¿Entonces?

—Primero que nada será un día que doubles turno. Así tendrás a qué echarle la culpa. Dirás que fue un descuido debido al cansancio y los vas a poner a temblar. Ellos no deberían ponerte en ninguna operación de riesgo si te encuentras cansado. Luego nomás esperas a que se atasque la máquina y listo.

—¿Luego qué hago?

—No es lo que haces, sino lo que no vas a hacer.

—¿Cómo?

—Ahí te va una pregunta.

—Sí.

—¿Qué haces cuando se atasca la máquina?

—La desatasco.

—Sí, pero qué haces antes de eso...

—¿Cómo?

—La desconectas Gumaro, la desconectas.

—Sí.

—Eso es lo que vas a dejar de hacer esta vez, después dejas que las cosas sigan su curso.

—Pues sí... Un dedo... —balbuceó Gumaro, moviendo los dedos de su mano izquierda y con su mirada fija en ello.

—Sí. ¿Tú cómo la ves Orlando?

—No sé... Yo...

—¡Ah!... Que se los joda, ¿o no? —dije, intentando represen-

tar mi papel de anticristo frente a Orlando.

—No sé. Ese dedo el Señor se lo dio... —dijo, aún incrédulo de lo que pasaba frente a sus ojos.

—Y se le agradece, ¿o no Gumaro?

—A huevo —contestó, ya más entusiasmado con la idea, mientras seguía observando su mano.

—¿Vas a querer mis cuatro mil?

—No, yo creo que no. Luego nos vemos —dijo, ya dándonos la espalda y dirigiéndose a la puerta, con la mirada aún fija en su mano izquierda.

Gumaro se fue y quedamos Orlando y yo solos. Orlando aún estaba en *shock*.

—Se ha de haber enojado porque no le presté los diez mil —le dije con desdén a Orlando.

—¿Estaba hablando en serio usted Inge?

—Por supuesto que no. ¿Quién vendería su dedo por veinticinco mil pesos?

A la semana sucedió. El meñique de Gumaro. Se fue. Un día llegué a trabajar, me senté en mi escritorio y Orlando se me acercó con un semblante que sugería su ira contenida.

—¿Ya está el café listo? —le pregunte a Ilse, la asistente del departamento.

—Se lo traigo —dijo, apresurándose a servirme una taza.

—Gumaro se accidentó ayer en el turno nocturno ingeniero —dijo Orlando, parado frente a mí, con sus puños sobre el escritorio y su encía presionada.

—¿Qué le pasó? —pregunté alarmado.

—Perdió su dedo —dijo, martillando cada sílaba.

—¿Ah sí?... Más les vale que le den una buena cantidad por eso, ¿no? —dije, completamente relajado.

—No lo puedo creer —dijo Orlando enfurecido, y entonces se dio la vuelta y se marchó, completamente poseído por la indignación.

Gumaro había acatado mis órdenes paso a paso, yo estaba contento. Digo, por haber servido de algo. Además, Orlando dejó

de sentarse junto a mí durante los descansos. Lo notaba desorbitado. Me hablaba sólo lo necesario dentro de la oficina. Todo había salido conforme a lo planeado.

 Mi único pesar era que ya no volvería a ver a Gumaro.

Otros personajes pertenecientes a aquella grotesca fauna de los que podría hablar en este momento serían, por ejemplo, aquel ingeniero gordito que *no decía malas palabras*. Es en serio, no decía *malas palabras*, y la gente le reconocía públicamente semejante detalle. Yo lo reconocía por su calzado, que a pesar de ser un gordito flácido, era de basquetbolista, con unos enormes colchones y franjas fosforescentes, y que decían *Shaquille O' Neal* en la lengua.

—Tan fina persona Roberto... Ingeniero, se ha fijado que Roberto nunca dice malas palabras —me decía Ilse, nuestra asistente, cada que el gordito ingeniero en psicología industrial pasaba por el departamento.

—Bueno Ilse, y si es tan jodidamente buena persona, por qué no saliste con él cuando te invitó a salir, y sin embargo conmigo vas para todos lados, con todo y mi boca de excusado, digo, aquí entre nos...

—Porque a él lo quiero como amigo.

—Tú y yo sólo somos amigos, y aún así...

—Pero usted es mi jefe...

—Ilse, me rompes el corazón... Resulta que todo este tiempo te has sentido obligada conmigo, de algún modo... No importa, el caso es que a mí este gordito me resulta sospechoso... Algo trama, a mí no me engaña...

—Ay, ingeniero, por como habla me queda claro que usted sí se va a ir al infierno.

—Sí, supongo que es el consuelo que le queda al pobre de Roberto, solterito y matándose a chaquetas todas las noches.

—¡Ingeniero, no sea cochino!

—Cochino él, que, o a poco no sabes que cada que viene, como dijera en su oficio, te escanea para posteriormente guardarte en su disco duro, específicamente, en la carpeta de Favoritos...

—¡Ya cálese!

Luego estaba el subgerente de Producción 2, un tipo ojeroso, de tez amarilla, delgado, alto y con bigote a la *Tom Selleck*. Su calzado era modelo *Charles Barkley*, con un diseño que incluía algo así como especies de turbinas alrededor de la suela.

El ingeniero Pérez conducía una van modelo Windstar, sin embargo se pasaba la vida buscando en los clasificados electrónicos de carros usados un deportivo japonés con el cual fantasear el resto del día. En general, llegué a conocer en aquel entonces a cantidad de gente que usaba los mismos bigotes, que observaban los mismos clasificados de autos usados, que fantaseaban con los mismos deportivos japoneses y que se volvían adictos a la tecnología celular, específicamente en lo que a avances en el procesamiento de audio y video se refiere. Y digo esto porque seguido llegaba el ingeniero Pérez corriendo a mi oficina con su celular en la mano, como si le quemara, entregándomelo con insistencia:

—¡Ve éste! ¡Ve éste!... Ve nomás, aquí estoy yo metido en pleno 69 con mi novia... *Cómo le hago esa madre... Que jalesotes me hace esta morra, eh...* Ve ésta, aquí la estoy *chiquiteando...* Te fijas... Ve nomás... Ira, préstamela otra vez, aquí también la tengo *pegándome un mamadón...*

—No Pérez, mejor párale, es que ya se me revolvió el estómago.

—Qué delicado.

Definitivamente al ingeniero Adolfo Pérez sus dos mujeres le estaban chupando la vida. Verlo nada más era una advertencia ambulante de los efectos secundarios que acarrea la bigamia. No se miraba más sano al complacer su antojo de mantener a dos mujeres a la vez, todo lo contrario, era visible que la situación lo estaba consumiendo. Mientras tanto, su amante de 19 años, poblana de nacimiento y ex masajista profesional, accedía a ser grabada en la

intimidad siempre y cuando el dinero para la renta, la ropa y la comida siguiera llegando de parte del ingeniero Pérez.

Ilse también acostumbraba referirse al ingeniero Pérez como *una finísima persona...* Qué puedo decir, Ilse era un ángel, simplemente no veía el mal en nadie, no tenía un gramo de malicia, sin embargo ni aún así aceptaba salir al cine con Robertito. Por otro lado, en lo que a mí respecta, sí admito haber estado saliendo con ella fuera de la planta de manera cotidiana. Digo, no la acepté en el departamento, a pesar de su escasa experiencia en el campo de la computación, así nomás por nada.

Ilse era una lindura en todos los sentidos. Era un verdadero placer trabajar con ella. No así, por ejemplo, el *bulldog* de la planta, doña Marbella Granados, de Nóminas, quien intentaba purificar su mal karma colmando de plantitas, peluches y tarjetitas su escritorio y área de trabajo. Años atrás esta señora había contraído matrimonio con un operador alcohólico de la línea, catorce años menor que ella, Fausto Domínguez, quien a escasos días de la boda ya volvía a las andadas quedándose a dormir en casa de *la Frida*, el maricón de la planta y vecino de ambos. Y no lo culpo, en verdad que ese maricón tenía mejor pinta que su esposa.

Ante semejante descaro, a *Marfella* (quien al salir los lunes por la madrugada de su casa, rumbo al trabajo, veía el carro de su nuevo esposo estacionado en casa de *la Frida*) no le quedó más remedio que echar a Fausto de su casa, incluso antes de lograr embarazarse, y con su reloj biológico a punto de estallar. El problema fue que los que tuvimos que pagar la factura de los daños fuimos sus compañeros de trabajo.

A Marbella se le conocía como el *bulldog* de la planta no sólo basado en su fisonomía sino también por la agresividad con que defendía el patrimonio de la empresa, semejante al de un auténtico perro guardián, y por su ánimo belicoso, siempre dispuesta atacar, y viendo en cualquier comentario una mala intención escondida. Ustedes saben, el prototipo de la mujer maquila de gruesa coraza.

Claudia Fonz no sólo era la sobrina predilecta de Rubí Chacón, hija de la hermana de ésta, la también actriz Olga de Fonz, y del prominente industrial Ricardo Fonz, sino que también figuraba en la vida pública del país como la única *top model* mexicana habitual en los desfiles de diseñadores como Cavalli y Dolce & Gabbana. La historia, recogida de una vasta bibliografía que incluye numerosas revistas del corazón y su propia autobiografía, cuenta que al tiempo de estar viviendo en unión libre en el departamento de Bruno Santos, Claudia comenzó a generar la envidia y los celos de la asistente de Bruno, quien estaba ahí básicamente para tener la casa limpia y los licuados proteínicos que Bruno requería para el mantenimiento de su abdomen, bíceps, pectorales, espalda y demás.

Mucho se ha dicho de la incapacidad financiera de Bruno para costearse plenamente su modo de vida en aquellos días, siendo un dato ahora que el salario de la empleada doméstica provenía de la misma *top model*, aún en auge y con ingresos del primer mundo. Y es que a pesar de su talento y de sus músculos bien definidos un actor como Bruno en una telenovela mexicana de difusión internacional no ganaba en aquel entonces más de cien dólares por capítulo, pasando además por periodos de inactividad de hasta un año, en espera de la siguiente telenovela, periodos durante los cuales Bruno se ayudaba trabajando como *stripper* al lado de otros galanes de telenovelas. Encima de todo esto, y al igual que todos los demás empleados de su empresa, su contrato de exclusividad le impedía trabajar para otras televisoras.

“Ya no hay glamour”, sería la frase más apropiada para referirse a los salarios en las telenovelas mexicanas. La cita es de la artista versátil Lorena Herrera.

Bruno se encontraba apretado de gastos antes de conocer a Claudia, lo cual no debe sugerir en lo más mínimo que su relación estuviese dirigida por el interés. Para nada. Ella confiaba en él y lo quería, a la vez que entendía muy bien que él era un actor luchando por escalar hacia una posición más sólida dentro del medio. Lo apoyaba y él la quería a ella poco menos que a él mismo.

Claudia tenía fe en la carrera de Bruno desde que éste demostrara ser un artista con metas claras, las cuales nutría con su esfuerzo diario, como su deseo de llegar a Hollywood, siendo el primer pasito su participación como extra en la *Ilíada*, una superproducción en la que le tocó compartir escena con el protagonista, a veinte metros de distancia de éste, durante una de las escenas de batalla. Una oportunidad menor quizá, pero en la cual ya mostraba el excelente físico que dejaba ver el vestuario de época.

Dentro del departamento, la muchacha del aseo nunca supo de dónde provenía el dinero. Ella lo recibía semanalmente de manos de Bruno, quien le provocaba la sensación de mariposas en su estómago cada vez que se ponía frente a él.

Incidentes peculiares comenzaron a generarse en aquella estancia. Claudia cuenta cómo su ropa comenzó a sufrir las consecuencias de un manejo inapropiado (mal planchado, lavado, secado y hasta roturas), mientras que la ropa de Bruno aparecía siempre colgada e impecable dentro de su clóset. Esta aparente aversión de la trabajadora contra Claudia Fonz no era evidente en el trato cotidiano dentro de la casa, mostrando la empleada de Bruno siempre una buena cara y una amabilidad irreprochable en la superficie.

La confrontación se activó una vez que un *Oscar de la Renta* de Claudia, requerido para un compromiso importante, fue lavado sin la más mínima consideración para con su delicadísi-

ma textura, e ignorando las previas advertencias que Claudia le había hecho ya a la empleada de Bruno, justo antes de que ésta llevase la ropa a la tintorería.

Una fuerte discusión surgió aquella tarde y terminó hasta que Bruno llegó del gimnasio. Al llegar, Bruno encontró a las dos mujeres casi al punto del llanto e intercambiando recriminaciones, dispersando de inmediato el pleito y calmándolas por separado.

—No sé qué se trae contra mí Bruno, yo siempre la he tratado bien —le dijo Claudia a Bruno llorando de impotencia en la recámara.

—Cálmate mi amor, cálmate —dijo Bruno, interrumpiéndola.

—Ve como tiene mi ropa.

—Está bien, *cosita*, voy a hablar con ella. Te juro que yo tampoco sé qué le está pasando amor.

—Debiste haber visto la manera en que me comenzó a insultar de la nada, como si me trajera coraje por algo. Pensé que me iba a pegar Bruno, que bueno que llegaste.

—Voy a hablar con ella amor.

—Mira Bruno, no te pido que la corras.

—Tranquilízate, yo le voy a decir que si tiene algo contra ti que mejor se vaya. Tú eres lo más importante para mí. ¿Okay?

—Sí... Te amo.

—Yo también te amo.

Bruno dejó a Claudia en su recámara, ya un poco más tranquila, dirigiéndose ahora con su empleada, al cuarto de servicio.

En su testimonio, Bruno afirma que en aquella ocasión le preguntó a su empleada si ésta tenía algo en contra de su novia, o en contra de su relación, a lo que ésta contestó negativamente, argumentando que los incidentes recientes eran más obra de la casualidad y el descuido que de cualquier otra causa, agregando, además, que trataría de compensar el daño material y emocional causado en contra de la señorita Claudia tan pronto se le concediera una nueva oportunidad.

Bruno también comenta haber cometido el error de confiar ciegamente en su empleada, a quien consoló tiernamente, animándole a considerar su amistad con Claudia de una vez por todas. Sin embargo, aquellos minutos a solas con Bruno, mientras éste deslizaba las manos sobre su espalda, sobándola de manera gentil con sus brazos musculosos y bronceados que ella tanto admiraba, subieron de inmediato su decaída moral, a raíz de la dura competencia que significaba Claudia.

La trabajadora doméstica volvió a ver levantadas sus posibilidades con el galán de telenovelas aquella noche. Algo le habían enseñado las mismas telenovelas acerca de ello.

Fue después de haber hablado con cada una que Bruno las trajo de vuelta, las aproximó y forzó la reconciliación entre las dos mujeres. Claudia fue la primera en dar el paso al frente y con la mejor de las voluntades; asimismo, la ayudante siguió con la escena de manera natural y hasta simpática, a la vez que tramaba la continuación de su sistemática ofensiva, la cual reanudó al siguiente día, mezclando por primera vez excremento de rata sobre el desayuno de la *top model*, una práctica llevada a cabo con regularidad por la empleada doméstica durante las siguientes semanas hasta su destitución, encontrándose ya para esos momentos en un estado de obsesión fatal.

Fue una mañana de abril en la que Claudia se encontraba trabajando en Miami, mientras Bruno aún dormía:

—Bruno, yo te amo —dijo la asistente, montada sobre el cuerpo de Bruno, quien se encontraba solo, recostado sin camisa en su cama.

—¿Qué haces aquí? —le dijo Bruno a su asistente al despertar.

—Nada que tú no desees —seguía el guión de telenovela.

—Yo amo a Claudia —dijo Bruno, quitándosela de encima.

El primer ataque epiléptico de Claudia ocurrió en un centro nocturno de la ciudad, meses después de la destitución de la asistente, mientras Bruno bailaba con un amigo, y Claudia se encontraba en el tocador después de haber devuelto el estómago

de manera intempestiva. Toda la tarde había sufrido de malestares en la forma de calentura, escalofríos y dolor de cabeza.

—¡Claudia qué te está pasando! —gritó la amiga de Claudia, colega de pasarela y cinta negra en jujitsu, al ver a Claudia convulsionándose en el suelo del baño.

En la disco, Bruno bailaba con su camisa ajustada y desabotonada del pecho, mientras todo el perfume vertido se hallaba ahogado ya por el olor de su propia transpiración.

—Ten cuidado cabrón, así cómo está de guapísima, para que la vieja sea cinta negra en jujitsu es porque tiene una disciplina cabrona, o sea, una vieja de ésas te pega aquí, así, y ahí quedas. Ella sabe de lo que te está hablando cabrón —Bruno le refería su opinión a su amigo acerca de cierto *ligue* en proceso a cargo de éste con una de las amigas de Claudia.

—¡Bruno! Claudia está muy mal, hay que llevarla al hospital —llegó diciendo la cinta negra en jujitsu, apresurada y proveniente del tocador.

Los estudios hechos a Claudia revelaron la infestación dentro de su sistema nervioso de la forma larvaria de cierto tipo de tenia, cuyos huevos fueron ingeridos en grandes cantidades. Estos huevecillos, habiendo atravesado la pared intestinal, ingresaron al flujo sanguíneo, desde donde fueron transportados en su mayoría hasta el cerebro, transformándose ahí en larvas y aumentando su tamaño, lo cual provocó reacciones inflamatorias en el cerebro de Claudia y obstrucción de líquidos.

En los meses subsiguientes y a pesar del tratamiento, extrañas protuberancias comenzaron a aparecer en la cabeza de Claudia. Sin embargo, lo peor estaba aún por llegar, cuando, en una extraña variación del comportamiento ya conocido en poblaciones menores de larvas, un gran número de éstas pasaron del cerebro de Claudia a los músculos de su rostro, atentando así contra su carrera de modelo. Su nariz fue la primera afectada, disminuyendo su tamaño y perdiendo su forma trágicamente, luego sus pómulos. Era como si los músculos de su rostro comenzaran a derruirse.

Claudia veía con desesperación el paso de la enfermedad por su propio rostro. De inmediato le fueron prescritos antidepresivos para controlar su estado de ánimo, el cual iba de mal en peor. La situación se salió aún más de control cuando Claudia creó una fuerte dependencia por los barbitúricos.

La ex modelo regresó a casa de sus padres para ser cuidada por ellos; sin embargo fue en una visita que hizo al departamento de Bruno que Claudia comenzó a sentirse mal, requiriendo ser llevada al hospital de inmediato. Bruno actuó conforme a lo requerido, subiéndola a su vehículo, en el asiento trasero de su Nissan. En el camino, Claudia, aún en estado narcótico, sintió náuseas incontrolables, a lo que Bruno reaccionó animándole a devolver en cualquier parte del automóvil, siendo la limpieza de su vehículo un asunto sin importancia para él en aquel momento. Claudia se negó, urgiéndole a frenar. Sus órdenes se vieron de nuevo acatadas y Claudia tomó la fatídica decisión de descender del vehículo por el lado del conductor, en una carretera interestatal.

El estado sedado de Claudia no le permitió advertir el peligro representado por los faros de un *trailer* sobre su cuerpo, y el claxon.

Claudia fue arrollada en la carretera interestelar por un *trailer* cargado de productos electrónicos, proveniente de Guerrero, a lo cual sobrevivió gracias al amor de su familia, a su propia voluntad de vivir y a su esfuerzo por recuperarse.

Inspirada por todas estas tragedias, Rubí Chacón se embarcó en una de sus más gloriosas obras, la creación de *Sobreviviré*, éxito en ventas y libro de cabecera de millones de mujeres en América Latina.



Si le reconocía una habilidad a mi mujer indudablemente ésta sería su capacidad para llorar frente al televisor, pero eso sí, la cocina simplemente no se le daba. La cocina no. La cocina no era lo suyo.

Gritando me decía, apenas levantando unos pocos grados su cabeza del ángulo de la almohada:

Yo también soy egresada en psicología industrial Eric. No me trates de hacer menos. Yo fui a Japón, no se te olvide. Entiende que yo soy una mujer moderna y liberada. Mucho cuidadito, si quieres una criada que te cocine a tu antojo cada que se te plazca te hubieras casado con una india del cerro, yo no estoy para servir a nadie Eric, te equivocaste mijito. Te equivocaste.

Exploté. La agarré de los pelos y le dije al oído:

Levántate y hazme desayuno perra que estoy harto de café, dame de comer algo decente por primera vez en tu vida cabrona.

Y entonces comenzó a gritar como loca, sin levantarse de la cama. Yo mejor la solté y me fui a trabajar. Supe que no había manera de componer las cosas.

—Qué bonito huele la iglesia Eric. ¿A qué irá a oler esta semana? —recuerdo que me decía Gloria constantemente.

El encanto de mi mujer por los aromas terapéuticos de los productos de Manuel no era en lo absoluto desproporcionado en relación con el manifestado por las demás viejas, a quienes me tocaba ver esperando la llegada de Manuel con sus narices pegadas a las puertas de la iglesia como adictas, intercambiando impresiones unas con otras, desde media hora antes de comenzar el oficio.

Me decía mi mujer:

—Tiene aromatizantes de los que él vende. Desde que entras sientes una sensación de relajación Eric, de paz, de tranquilidad. Bien bonito. Esta semana puso sándalo, y la pasada creo que fue pachuli, y la de antes de ésa fue una que era como pomelo o algo así.

7:00 am. Me levanté y le di un tierno beso a mi mujer en su mejilla. Justo al lado de esa constelación de verrugas que tiene ahí mismo. Grasita de su cutis brillante dejó mis labios mantecosos. Gloria abrió los ojos, sorprendida. Una cara de extrañeza que se vio remplazada por una sonrisa ruborizada brotó irreprímible de su rostro.

—¿Quieres ir a la iglesia conmigo Eric?... ¿Me acompañas por favor?

—Gloria, mi amor, qué crees... Fui a misa de jóvenes ayer acompañando a Orlando —eran mentiras—, el de mi trabajo. Siento por fin paz en mi alma... Por fin... Siento un alivio... Me siento como nuevo, espiritualmente hablando. Desde que se escuchó la primera rola sentí un descanso... No creas que antes no tenía yo las ganas de acoger a nuestro Señor, es sólo que no me abría debidamente, lo que pasó fue que esta vez sí abrí mi corazón.

—Entonces vas a ir o no vas a ir conmigo pues...

—Tengo otras cosas que hacer hoy mi amor.

—Pues como quieras.

Mi vida en automático.

Ese mismo domingo, para consentir a Gloria, me ofrecí a darle masaje a base de ungüentos quemagrasa alrededor de su panza, luego la vendé *para retener el calor*, y luego se volvió a dormir, agotada. A las tres horas y media se levantó con la sensación de haber bajado dos kilos de peso, encargó pizza para mí, ella se hizo una ensalada, luego agarró dos tajadas de mi pizza y luego se apuró para cambiarse e irse a la iglesia. Como eso de las cuatro

y media de la tarde Gloria ya había desaparecido y me dejaba la casa para mí solo, disfrutando de mi domingo en la tranquilidad de su ausencia.

Eran como las seis de la tarde cuando sonó la puerta. Bajé molesto, abrí y frente a mí se apareció una versión apenas reconocible de Marcial. De sus ojos irritados colgaban bolsas de piel subrayadas por ojeras de amplio grosor, su cabello, despeinado y mucho más largo de lo común, se notaba sucio, mientras que sus ropas, unificadas por un color negro cenizo, transmitían, en conjunto con todo lo demás, el estado de desesperación en el que se encontraba.

—Marcial... ¿Qué pasó?... Oye, ¿cómo están tus niñas?

—Están mejor, pero poco a poco... Le estamos echando ganas hermano...

—Qué bueno.

—Eric... Oye, ¿tú envenenaste a los perros de Manuel? —me preguntó Marcial, tomándome por sorpresa.

—¿Quién te dijo eso? —le pregunté.

—¿Por qué los envenenaste?

—¿Quién te dijo eso?

—Es que yo acabo de hacer algo más chingón —me dijo con una sonrisota tiesa que le iba de oreja a oreja.

—¿Qué hiciste?

—Los envenené... pero a todos, ja.

—¿De qué hablas?

—De que los envenené a todos...

Y entonces hubo una pausa en la que nos mantuvimos expectantes uno del otro, extrañados, tratando de extraer de nuestros semblantes lo que ocurría detrás, hasta que el sonido del teléfono justo a mi lado cortó de tajo aquel instante suspendido, a la vez que transformó macabramente el rostro de Marcial, posándose sobre su sonrisota una cierta mueca maliciosa. La voz de mi esposa al teléfono:

—Me despido Eric... Que Dios te bendiga.

—¿Qué dices? —pregunté.

—Esto es hermoso... Eric, quiero que sepas que no te guardo ningún rencor.

—Gloria ¿qué está pasando? —dije, delatándose de inmediato frente a Marcial mi alarma ante los pedazos de información que se me presentaban de manera caótica, mientras alcanzaba a escuchar tosidos y mujeres gritando detrás de la voz fanática de Manuel que repetía las mismas sandeces de siempre. Intenté repetir mi pregunta y en eso, de pronto, el dedo de Marcial sobre el teléfono, la llamada perdida, la pregunta sin contestar.

—Marcial, ¿qué estás haciendo? —le pregunto ahora a Marcial.

—Todas las madrecitas orita han de creer que Dios las está llamando, han de estarse tragando todo. Las va a matar este cabrón si no las deja salir, y si las mata va a ser su culpa, tú no te preocupes —Marcial me dijo.

—Marcial, ¿qué hiciste?

—¿Sabes qué es el cianuro Eric?... Conseguí por medio de un cuate y quise calar si lo alcanzaban a oler ahí dentro metidas con todo el tufo que las pone a oler el puto de Manuel...

Pegué un salto, agarré mis llaves, empujé con mis codos a Marcial, quitándolo de mi camino a la puerta y me dirigí hacia el carro corriendo. Fue cuando metí la llave a la puerta de mi carro que sentí esa sensación helada en la cabeza, precedida por el impacto sólido que hizo *clock* en mi nuca.

—Marcial... No iba a decir nada, no iba a decir que fuiste tú, nomás déjame ir —le dije, ya medio confundido por el golpe, y entonces todo se apagó por un momento.

Al recobrar el conocimiento me vi tirado en el suelo de mi cocina, a unos pasos de donde Marcial se encontraba observando hacia fuera de la ventana con una pistola en su mano.

—Ese desgraciado se metió a mi casa y le aventó sus perros a mis hijas para matarlas... Qué clase de persona hace eso... Estuvieron en el hospital, quedaron afectadas de por vida, Carmen se hace en su cama desde ese día, ¿me entiendes?... ¡Y todavía la gente lo ve como un ángel!... ¿Lo puedes creer?... Se

van a ir todos al infierno con él, de eso me encargo yo... De paso te voy a librar a ti de la urraca que tienes por esposa, qué bien sabes que te estoy haciendo un favor... Ya después que se mueran como cucarachas fumigadas voy a decir que yo fui, no te preocupes... Nomás espérame... Deja que lo disfruten un poco más... Van a venir por mí y aquí los voy a estar esperando, no voy a correr, van a saber de mí, te lo aseguro... Voy a hacer que todos se enteren de nuestro caso... Van a hablar con mi mamá los de los noticiarios y le preguntaran por mí, y mi madre les dirá que yo fui un buen hijo y que no le di problemas sino todo lo contrario. Van a ir con mis maestros de escuela y ellos seguramente dirán que fui un muchacho callado y poco sociable... Pero todos van a saber... Todos van a saber...

—Marcial...

—...Todos van a saber quien tuvo la razón...

—Marcial.

—¿Qué?

—Marcial... Quiero que sepas que tengo una hija y que ella está ahí dentro ahora mismo... Vas a tenerme que matarme a *putazos* si deseas impedirme llegar hasta ese teléfono. Necesito que una ambulancia vaya al templo en este mismo instante... Tú sabrás... Con permiso... —dije, mientras hacia el esfuerzo por levantarme para dirigirme al teléfono.

—Espérate... ¿Tú tienes una hija Eric?

Esto yo no lo hubiese querido admitir aún, pero lo cierto es que sí, yo envenené a Navy y a Army, los dos *pitbulls* de Manuel, y sí, es verdad también, yo tengo una hija...

“Hola. Tardé tanto tiempo en escribirte simplemente porque Fernando no daba con tu dirección. Es bien bueno, a pesar de lo tonto que es. Te acuerdas cuando se vestía como cholo, no quebraba ni un plato... Pobrecito, bien trabajador que es, eso sí... Lástima de mujer que le tocó verdad...”

“¿Supiste que Aidé murió?... Sí. Se enamoró de un camionero y éste le seguía el juego pero le decía para todo gorda. Gorda para acá y gorda para allá. Y la traumó. Ésta se murió a causa de esas pastillas para adelgazar. Creo que se malpasó. Dice mi hermano que ya llevaba como tres semanas sin comer, sólo que el menso no hizo nada. Parece que un día estaba con el camionero en el parque, platicando, como si nada, y el tipo estaba distraído viendo no sé qué cosa, y en eso, cuando volteó otra vez a verla ésta ya estaba en el suelo, tirada, muerta. Se murió así sin más ni más. Nunca adelgazó gran cosa con las pastillas ésas que nomás la mataron. Y no tenía mucho tomándolas.”

“A mi hermano le gustaba así, yo no sé por qué se empeñaba en querer estar delgada si Fernando la quería así, y era el papá de su hija, que era lo que importaba, ¿no?... Pero bueno, pobrecita, no hay que hablar mal de ella, además de que yo no soy quién para juzgarla, especialmente por lo que te hice a ti...”

“Eric. Quiero decirte algo... Quiero decirte que me regreso a México, pronto... Estoy aprovechando una oportunidad que se me presentó para salirme de este mugre país con un poco de dinero. Pero bueno, pude haberme ido a cualquier otro lado, sin embargo decidí ir a un lugar cerca de ti por una razón muy delicada... Mira, no sé como poner esto...”

“Sé que no es normal que te haya escrito después de tanto tiempo. Tienes razón, y sin embargo quiero decirte que pienso mucho en ti, en los tiempos que pasábamos juntos, pero la principal razón por la que me voy de aquí a estar en un lugar cercano a ti es porque quiero que conozcas a tu hija.

“Ya sé que no tengo perdón, sé que soy una interesada... Pero yo ni sabía que estaba embarazada. Me fui sin saber, te lo juro, además de que con el coraje yo pensé que tú no me ibas a creer que era tuya la niña porque pensabas que yo andaba con Ramón y nunca fue así... Eric, no tengo perdón, sé que no me lo merezco, por eso no te lo pido, puedes tratarme como una basura cuando me veas, pero sé que te gustaría ver a tu hijita. Se llama Mitchell y no hacen faltas pruebas para saber que es tuya Eric, créeme esto. Acaba de cumplir los nueve años... Espero que no lo tomes a mal, te juro que no quiero separarte de tu esposa, te lo juro...

“Eric, hay algo más que quiero contarte. (Ya parece una telenovela.) Son tantas cosas, no puedo ni imaginarme lo que esto a de ser para ti. No sé como ponerlo... Seguiré siendo directa y al grano. La niña estuvo enferma, pero no te preocupes, ya pasamos lo peor, te lo juro. Leucemia linfocítica. Se lo diagnosticaron a los tres años. Afortunadamente tengo a un hombre bueno a mi lado que me ha ayudado muchísimo, como no tienes una idea. Es bueno a pesar de lo que puedas llegar a pensar de él una vez que lo conozcas. Estoy segura de que lo vas a odiar. Tú siempre has odiado a esa clase de personas. Pero es bueno..., en el fondo.

“Eric, quiero que sepas que le ha pagado los mejores estudios y doctores a Mitchell, sin escatimar en costos, y jamás me lo ha reprochado. Jamás. Y la verdad es que hemos salido adelante.

“De cómo es que me ha ido todo este tiempo, pues he tenido mis altas y mis bajas. Llegué a San José con una tía y mis primos (Ramón se siguió de largo hasta Sacramento), pero duré bien poquito y luego luego me salí de ahí y me fui a vivir a un cuarto que compartía con una señora de Pachuca que conocí en el trabajo. En ese tiempo yo trabajaba en un *buffet* de comida japonesa y me iba bien.

“Este señor con el que me casé se divorció de su esposa por mí... Bueno, no por mí... Yo lo conocí por el templo cristiano que está cerca de la pensión donde rentaba. Yo iba ahí, junto con doña Consuelo, porque a veces daban tamales, y yo la seguía. Ahí fue donde conocí a Manuel. La verdad es que al principio me cayó medio gordo, pero luego luego se veía que yo le interesaba, pero de una manera respetuosa, ¿me entiendes?... En todo caso, la verdad es que me aproveché... Por ejemplo, ya que nació Mitchell, yo iba y se la dejaba y ellos me la cuidaban. Aún hoy me da una pena con su esposa... Pero se veía que ella ya no lo aguantaba. Digo, porque según me dice Manuel, ésta le aguantó lo peor de alcohólico, y nomás para que se fuera de eso a fanático religioso... Por eso, cuando Manuel le propuso que se fueran a Brasil a predicar pues ésta ya lo terminó de mandar a volar. Y sí, se dejaron y luego luego Manuel estuvo proponiéndome que lo considerará... Y pues ya ves, aquí estamos...”

“Sólo que yo tampoco quise irme a Brasil y mejor lo convencí de que en Tijuana había mucho más pecado del que se imaginaba.

“Eric, podré ser muchas cosas para ti, todas ellas malas, puedes pensar de mí que soy lo peor, pero sólo espero que te acuerdes aún de los momentos que pasamos juntos y de cómo te traté, al menos durante el tiempo que estuvimos juntos... ¿Te acuerdas lo bien que te conocía?... Te acuerdas de las veces que yo llegaba y tú estabas de malas por alguna razón, y se te veía en tu cara pero no me decías nada, y nomás te quedabas callado viendo el fútbol y te acuerdas que yo ya no te molestaba... Y te decía, voy a ir a la tienda para hacerte algo de comer, y me acuerdo que ya para cuando regresaba, me acuerdo que solito te contentabas... ¿Te acuerdas?

“Ay Eric, la verdad es que no sé cómo se van a resolver las cosas entre nosotros, pero espero que al menos me comprendas un poquito, espero que me tengas tan solo un poquito de consideración, y que ese poquito de consideración te sirva para soportar mi presencia el día que me tengas que ver. Por lo demás,

sé que querrás ver a tu hija, así que no temo equivocarme con respecto a mi decisión de que la conozcas.

“Con respecto al ocultamiento de la verdad todo este tiempo, te reconozco el derecho de denunciarme, de eso estoy consciente, sin embargo, albergo un poco de fe en que todo marche según mis intenciones, las cuales son de no lastimar a nadie.

“Bueno, supongo que por el momento es todo. Pronto sabrás más de mí y de tu hija, pronto, más pronto de lo que crees”.

Orlando me delató. Ese Judas. Fue directo con la gerencia y testificó haberme escuchado alentando a Gumaro a sacrificar su meñique. De hecho me culpó no sólo por el dedo de Gumaro, sino que aprovechó para culparme, también, del decaimiento en los ánimos del personal, el cual repercutió, según él, en la baja de producción y en las renunciaciones masivas, todo debido, supuestamente, a mi analfabetismo en lo que a *ciencias de motivación industrial* respecta. Todo esto tuvo lógica a los oídos de la gerencia, quienes ordenaron mi despido. Bien que resultó ser un lobo con piel de oveja ese Orlando.

Nunca he tenido mucha suerte en los trabajos. De joven, por ejemplo, trabajé en el Big Buy, aunque sólo fue por una breve temporada, y esto debido a un costal de comida para perros. Lo digo porque un día llegó un gringo por un costal de comida para perros y se fracturó la columna al tratar de subirlo al carrito de compras. Al gringo se lo llevó la ambulancia y a mí me corrieron. Total que el gringo se derrumbó en mi área de trabajo. Los gringos se ven siempre muy bien en las películas cuando aparecen de forasteros en países extraños pero la verdad es que en la vida real se ven como turistas.

A mí me corrieron por fallar en la "toma de decisiones". Esa es la palabra en los negocios: la toma de decisiones. Suena a *mamada* si me preguntan, pero bueno, ¿qué se puede hacer? Me refiero a que es como cuando trabajas en un restaurante y te ves forzado a decir "hay camote", cuando está lleno de clientela, o "apúrate a levantar los cadáveres", cuando quedan platos sucios en alguna mesa vacía, ¿sí me explico?

Lo que pasa es que yo no ayudé al gringo a subir su costal y por eso me corrieron. Ahí fue donde mi toma de decisiones cayó de la gracia de mis jefes.

En el Big Buy conocí al Emerio. El Emerio barría y trapeaba el Big Buy, y también le tocaba limpiar los baños. No sé cuantos años llevaba haciendo eso y todo, pero eran varios, y aún lo hacía encantado de la vida, eso sí. A mí me la dieron de apilador de cajas, lo cual era aún más generoso que lo suyo, pero Emerio decía que no me tenía envidia porque, para empezar, nuestro uniforme era el mismo, además de que mi puesto no tenía tanta proyección como el suyo.

Y resulta que teníamos aquí todas las jodidas madrugadas al Emerio. Mi mamá, como lo veía ya cambiado y bañado y todo, y yo seguía dormido, pues se alarmaba porque no quería que me corrieran y me levantaba inmediatamente. Pero es que en realidad entrábamos a las ocho, sólo que al Emerio se le puso la consigna de llevarme a las juntas administrativas todos los días, las cuales ni eran obligatorias, y diario venía por mí temprano. Y por más que le explicaba todo el *borlote* a mi madre, acerca de cómo acostumbraba el Emerio ser de arrastrado y engorroso, y como es que no era necesario pasar todas esas diez horas diarias metido en el Big Buy, pues ella aún así no entendía razón y de todos modos me volvía a levantar cuando llegaba el Emerio al otro día.

Las juntas administrativas eran a las siete, por lo que el Emerio llegaba por mí a las seis y me esperaba en la banqueta hasta que yo ya salía listo. Pobre, ni siquiera nos íbamos en carro sino que nos íbamos en camión.

Eso de las metas administrativas era solamente que nos aplicaban grandes lavados cerebrales para que nos esmeráramos en ser la sucursal con más ganancias en toda la zona.

Bueno, pues llegaba a las siete por la culpa del Emerio y orábamos todos juntos. Nosotros orábamos. Orábamos. Así, en un gran círculo, todos abrazados y con los ojos cerrados. Por la paga y el entusiasmo supongo que parecía más una obra de cari-

dad que un negocio serio. Pero bueno, básicamente le pedíamos a Dios que nos ayudara a contribuir de manera descomunal en favor de las arcas de los inversionistas y prestanombres de aquel consorcio, sin más beneficio para nosotros que la segura satisfacción de nuestra misión cumplida.

Después de orar, el Tyson, uno de los gerentes —Tadeo, se apellidaba Rojas, pero le decían Tyson. Regularmente ellos solos se adjudicaban esos apodos. A un Jorge le decían George y a un José le decían Joe. Así que al Tadeo le decían Tyson. Mientras tanto el Emerio pedía que le dijeran Emerson. La gente le seguía diciendo Emerio. Bueno pues, el licenciado Rojas —daba un paso al frente, dentro del círculo, y así como en trance, como hipnotizado, daba unas palmadotas.

Aplaudía por series de cinco, de manera rítmica, cuatro series de cinco, y *tras...* Entonces aplaudíamos todos juntos, por series de cinco también. Era la batucada administrativa del Big Buy.

Y entonces gritaba: ¡Quiénes somos!

Todos debíamos contestarle en coro, gritando: ¡El número uno!

Y Rojas volvía a gritar: ¡No hay barreras!

Y luego nosotros con lo mismo: ¡No hay barreras!

Y el licenciado Rojas: ¡No hay miedo, no hay barreras, no hay miedo, no hay barreras!

Y ya luego nosotros coreábamos lo mismo.

Por último: ¡Quién lo hace mejor!

Y entonces todos juntos:

—¡Bigbuy!

—¿Quién?

—¡Bigbuy!

—No se escucha.

—¡Bigbuy!

—Más fuerte.

—¡Bigbuy, bigbuy, bigbuy!

Dios mío de mi vida, qué dura es la necesidad. Al final ni



todo ese circo no sirvió de nada a la hora de que nos corrieran. A mí me corrieron por la culpa de la columna de un anciano y su costal de comida para perro, al Emerio lo corrieron tres semanas después por un rastrillo que se perdió y que luego le hallaron en la bolsa de su pantalón.

Debido a que la tienda es mayorista y todo se vende por paquetes de mil, pues es fácilmente detectable la pérdida de un producto en el Big Buy, porque entonces el paquete manifiesta roturas o cualquier tipo de daño. Conociendo al Emerio estoy casi seguro que el objeto, en este caso el rastrillo, se debió haber encontrado en el suelo y seguramente —estoy seguro de esta parte—, no hay duda, seguramente este pobre idiota lo ha de haber levantado con todas las buenas intenciones del mundo, y simplemente yendo en camino para ponerlo en manos de los de atención al cliente fue sorprendido con el rastrillo extraviado.

He dicho.

Y es que cualquier otra hipótesis me parece insólita debido a la devoción apasionada de Emerio hacia la empresa. Al final, al Emerio lo despidieron con todos los honores, esto es, con gran despliegue de personal y toda la cosa. Por lo que me contaron, el Emerio no dejaba de chillar porque quien lo corrió fue el mismísimo Tyson, y éste le echó a todos los de seguridad, quienes lo acarrearón levantándolo en vilo a través de toda la tienda, mientras el Emerio pataleaba, hasta ponerlo de patitas en la calle. Hay que reconocérselo al Emerio, hasta la fecha no se ha visto un despido más humillante en la historia del Big Buy.

—Yo en el ejército comí de todo —me dice Marcial, justificándose por los abusos cometidos en sus días como taquero en el Distrito Federal, los cuales terminaron abruptamente al ocurrir cierto hallazgo macabro a unas cuadras del sitio de su carreta.

Marcial culpa de todo a la chica en la fiesta de quinceaños, quien, al ir a tuestas en busca del baño, caminó extraviada hasta toparse accidentalmente con aquella bodega repleta de cabezas caninas.

Según mis anotaciones, Marcial volvió entonces a cambiar de lugar de residencia, mudándose esta vez a Veracruz, donde vivió en casa de su abuelo por un tiempo. Fue ahí donde conoció a Rosario, supuestamente el amor de su vida.

Marcial me cuenta todo esto mientras lo visito en el reclusorio. Lo he estado apoyando en su defensa, consiguiéndole abogado y cooperando en lo necesario, todo a cambio de estos pedazos de información que él me entrega poco a poco, muy útiles para mis propósitos.

Marcial reclina su cráneo, ahora rapado, contra la pared, a la vez que lo frota de atrás hacia delante con una mano abierta. Se encuentra más delgado que nunca, lo cual lo hace ver más joven.

—El picante mata todo. Es lo que se hace, echarle mucha salsa a los gusanos para que no te hagan nada —me comenta Marcial.

Esta nueva empresa en la que me he embarcado me exige saber más de ésta que es la persona que ha puesto las cosas en su lugar: Marcial. Marcial, cuya verdadera identidad, dicho sea de

paso, responde al nombre de Inés Ramón Salazar, según me fui a enterar en mi primera visita al reclusorio.

—Marcial, dime la verdad, ¿por qué abandonaste a Rosario si tanto dices que la querías? ¿Por qué te regresaste a la capital?

—Por culpa del brujo. En Veracruz hay muchos brujos. Yo no creía tampoco en eso, pero luego me di cuenta de que es cierto Eric. Cerca del pueblo donde vivía mi abuelo hay un cerro afilado en la cima por una piedra enorme y plana, ahí, en la piedra, a las doce exactas, se abre una cueva; dentro te encuentras con un camino lleno de joyas, mármol, muebles lujosos y espejos, pero solamente entra la gente dispuesta a hacer pacto.

—Ya me contaste eso, ahora mejor cuéntame del tipo al que te quisiste cargar porque te quería quitar a Rosario.

—Ya te dije. Fui a buscarlo a su pueblo, porque él no vivía en el mismo pueblo donde yo; él vivía allá arriba en la sierra.

—Sí te creo.

—Mira, yo también te lo digo, chingado, a mí también me pasó te digo. De verdad que yo traía una sombra encima por todos lados. No me dejaba hacer nada cabrón. Sentía que me tocaba en el hombro la pinche sombra, y a veces cuando subía las escaleras de mi cuarto me gritaban voces de la nada y se movían las escaleras. Llegaba temblando y me metía en la cama, sudando. Pinche sombra. Y ya me dijeron qué era y me cagué porque no me podía quitar la sombra. La mamá de Rosario me dijo que todo eso era obra del brujo Chebo, que es un brujo de allá que no envejece. Me contó que el brujo Chebo había visto a Rosario en el mercado conmigo y que no nos quitó la mirada de encima en todo el rato porque le gustó Rosario, y desde ahí. Yo ya no podía. Todos los días con calentura, y con la sombra, y los gritos. Por eso fui a matarlo.

—A ver, vuélveme a contar todo eso. Otra vez, otra vez. Ándale, una última vez por favor. Tú fuiste en camión...

—Yo me fui en camión. Ahí va mucha gente, por eso ahí mismo en la central hay muchos guías y taxis que te llevan con los brujos, a sus consultorios pues, y reciben comisión y toda la

cosa, de eso viven. Yo nomás le pedí a un taxista que me llevara con el Chebo. El taxista luego dio. Él se bajó primero y regresó, luego yo me bajé pero le pedí que me esperara ahí. Era una casa, la puerta ya estaba abierta, el taxista la había dejado así cuando entró por su comisión. En la mera entrada estaba la sala y ya después se veía que estaba el consultorio. Hasta allá me fui. Entré al consultorio y lo vi y el brujo me reconoció porque se le vio en la cara. En eso que me saco la pistola, ya la traía cargada, y jalo el gatillo, y en eso el brujo se queda ahí nomás parado frente a mí, serio, y nomás viendo el cañón hizo que la pistola se me atascara. Estaba buena la pistola. La tenía en el rancho, seguido practicaba el tiro, y el brujo hizo que se atascara. Barbón, pinches greñas largas cabrón, secas, bien feo estaba el brujo, vestido con pura ropa de manta y collares. Pinche narizón. Yo la neta que sentía que estaba en una pesadilla. Neta que se me hizo eterno. Neta que jalaba el gatillo y nada. Y el brujo se me quedaba viendo así, con una mirada satánica. De ahí ya no quise saber nada de Rosario y salí corriendo. Me fui de Veracruz.

En eso, otro reo, obeso, risueño, juguetero, y con la cabeza rapada también, pasó detrás de Marcial, se detuvo silenciosamente, deslizó su mano por encima del pecho de Marcial y apretó su pezón, a lo que Marcial reaccionó primero chillando y luego propinando un fuerte manotazo sobre los pechos del entrometido.

—¡Ay!... Puto... Me dolió... —y luego aclaró— Alumno de mi clase de inglés.

—Tú no sabes inglés Marcial.

—Sí sé, y también quiero dar clases de computación a estos ignorantes. Te estaba diciendo Eric, oyes, yo no sabía que ese culero te había quitado a tu mujer y a tu hija también. No hubiera hecho eso si me hubieras dicho. ¿Por qué nunca me lo dijiste?

—No te preocupes Marcial.

Camino al reclusorio el tráfico fue denso. Embotellamientos en cada una de las intersecciones, el clima caluroso, la gente malhumorada detrás del volante. La selección mexicana de futbol

había perdido contra Estados Unidos tan sólo unas horas antes, esa misma mañana, así que valía más no *hacerla de tos* cuando, salido de la nada, algún idiota invadiera tu carril. Siempre podría ser algún psicópata dispuesto a liberar su frustración contra uno. No es que yo sea un cobarde sin pretexto ni nada por el estilo, era sólo que la selección mexicana de fútbol había perdido contra Estados Unidos tan sólo unas horas antes y eso había que tenerlo muy en cuenta.

Yo, por mi parte, supongo que he dejado de ser uno de ellos. Ahora vivo en la periferia e intento ganarme la vida como un hombre de letras. Como ya podrán haberlo notado, en un principio había pensado hacer mi debut literario con una biografía no autorizada de la *señorona* Rubí Chacón; sin embargo, el caso del atentado con cianuro en un templo religioso, y la hospitalización de más de cuarenta personas a causa de ello, ha tenido mucha resonancia en los medios, por lo que yo, sobreviviente directamente involucrado en este acontecimiento, quiero sacar algo de esto. Voy de aquí para allá acumulando notas y entrevistas, e incorporándolas a mi propia recolección de los eventos, en un intento por completar mi gran crónica de los hechos.

Mario..., a él el Señor lo tiene en su gloria. Pobre Mario... Descanse en paz. Dejó esposa y dos hijos. Murió en la iglesia. Aquella noche Mario fue el último en convencerse de que aquello no era una ascensión de almas al cielo por gracia divina. Mario permaneció hasta el final con los brazos levantados, recibiendo las palabras de Manuel, mientras la multitud se agolpaba en las puertas, luchando por salir.

Aquella noche la calefacción sería la clave. La fragancia fue lavanda. Al abrirse las puertas de la iglesia de Manuel, el polvo de cianuro puesto por Marcial esa misma madrugada en los tubos de ventilación se encontraba listo para la matanza, determinado como un boina verde en terreno rebelde, agazapado dentro de los ductos de ventilación, esperando a ser impulsado por la calefacción del lugar y camuflajeado tras el aromatizante cursi.

—¿A dónde van?... ¿Qué les pasa?... No ven que tenemos algo. Algo está sucediendo aquí en este momento, es normal que nos afecte, estamos muy lejos de ser personas puras, pero tampoco tengan miedo... No corran por favor, no huyan de él que ha venido por ustedes respondiendo a nuestro llamado. ¡No teman a presentarse frente a él!... Al aferrarse a esta vida se están aferrando a un pecado íntimo que seguramente temen perder hermanos... Vean con emoción el juicio, no teman a él. “Entonces lo veremos cara a cara. Lo contemplaremos”, ¿qué les dice eso? Primero de Corintios capítulo trece, versículo doce... “Presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro verdadero culto”, Romanos capítulo doce, versículo primero... ¡Mario! ¡Mario!, cierra la puerta por favor... Que no salga nadie...

—Ya voy —contestó Mario obedientemente yendo a la puerta.

—Ahora sí, todos juntos, ¡todos juntos!... “El Señor es mi pastor, nada me faltará...”

—El Señor es mi pastor, nada me faltará... —repitieron con dificultad voces dispersas entre la multitud, cada vez más aquejada por los efectos del cianuro volando en el ambiente.

Mientras tanto, Manuel, sobre el estrado y bastante alejado de los ductos de ventilación, proseguía con su sermón, sin permitir la salida de aquellos que comenzaban a sospechar que algo raro y sin embargo terrenal estaba ocurriendo ahí dentro.

—Sigan conmigo, por favor; se lo saben de memoria, no me digan que no... “En lugares de delicados pastos me hará descansar; junto a aguas de reposo me pastoreará. Confortará mi alma, me guiará por sendas de justicia por amor a su nombre. Aunque pase por el más oscuro de los valles, no temeré peligro alguno, porque tú estarás conmigo, tu vara y tu bastón me inspiran confianza. Me has preparado un banquete ante los ojos de mis enemigos, has vertido perfume en mi cabeza, y has llenado mi copa a rebosar. Tu bondad y tu amor me acompañan a lo largo de mis días, y en tu casa, oh Señor, por siempre viviré”.

El psicópata de Marcial confió perversamente en el talento de Manuel para ayudarlo al cianuro a mantener controladas y quietas a sus víctimas. Sabía que el ego de Manuel jamás permitiría interrupción alguna a su afamado sermón, aún encima de los

ojos llorosos, los vómitos, los desmayos y los inminentes ataques de tos e histeria que se fueran dando aquí y allá, efectos similares, según él, a los de su propio sermón.

A partir de aquel incidente, la reputación de Manuel descendió hasta niveles oprobiosos. El odio encarnecido por parte de la misma gente que lo habían encumbrando a nivel de profeta desencadenó una escalada de ataques y muestras de desprecio en su contra de manera absurda. El asunto rayaba en la estupidez. “¡Asesino!”, le gritaban en la calle sus antiguos feligreses. Gente tocaba la puerta de Manuel esperando la oportunidad de soltarle un puñetazo en la cara, rayaban su carro, su casa y así hasta que no le quedó más remedio que regresar a su país... Por más que suene hipócrita, me parece ridícula la manera en que a veces nos regocijamos observando la caída de antiguos héroes como evidencia de etapas ya superadas.

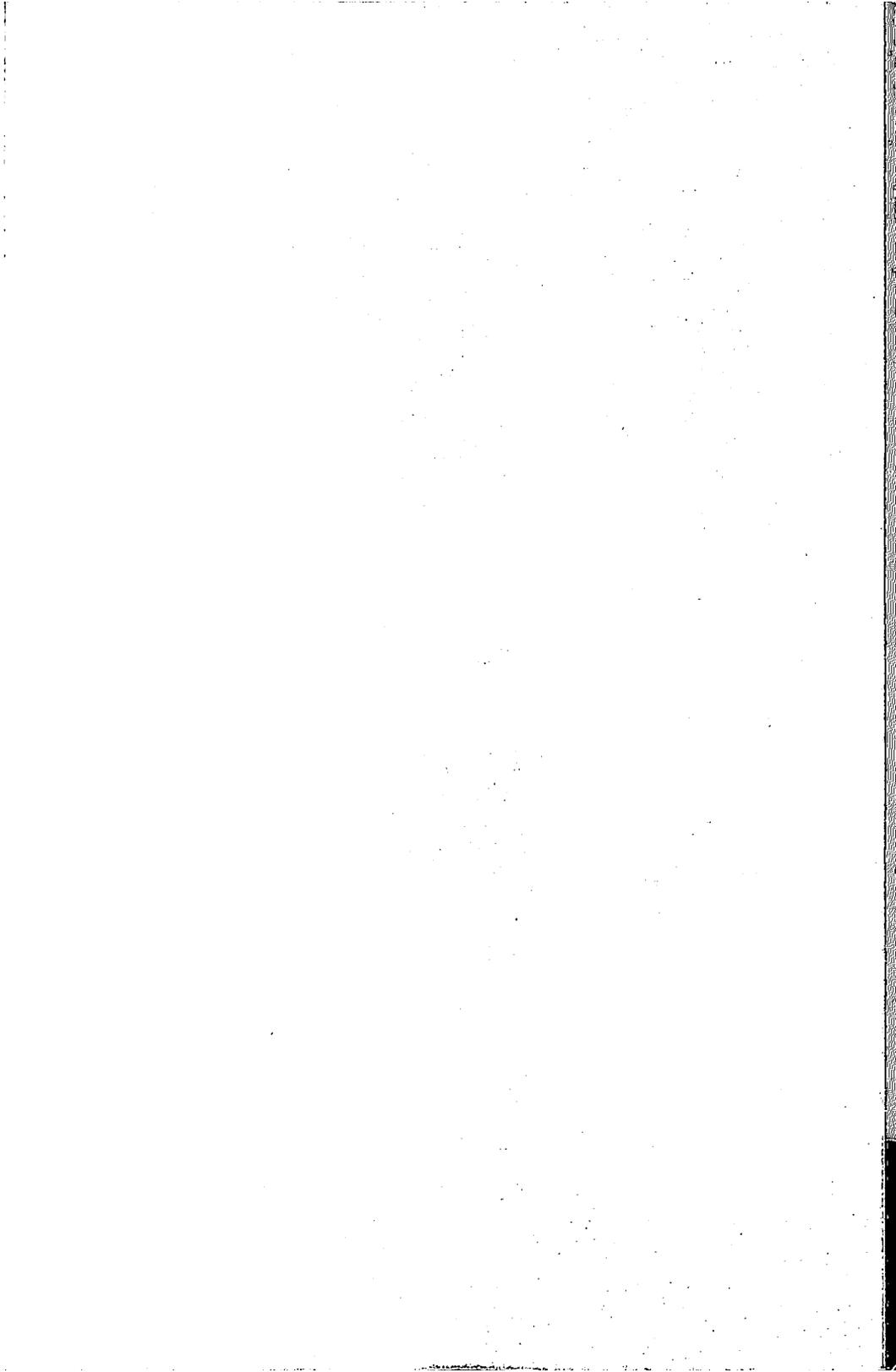
El día del ataque de los perros de Manuel en casa de Marcial, Yadira habló a mi casa tan pronto se enteró de lo ocurrido, intentando disculpar a su hombre. “Es bueno en el fondo Eric, sólo que está medio loco. Nos trata bien a Mitchell y a mí...” Yo le creía. Sinceramente lo digo: Manuel jamás me pareció un hombre de peor calidad moral que yo, ni mucho menos. Para mí era que simplemente su apasionamiento lo llevaba a hacer cosas inadecuadas. Su carisma, y lo que éste provocó, no fue su culpa...

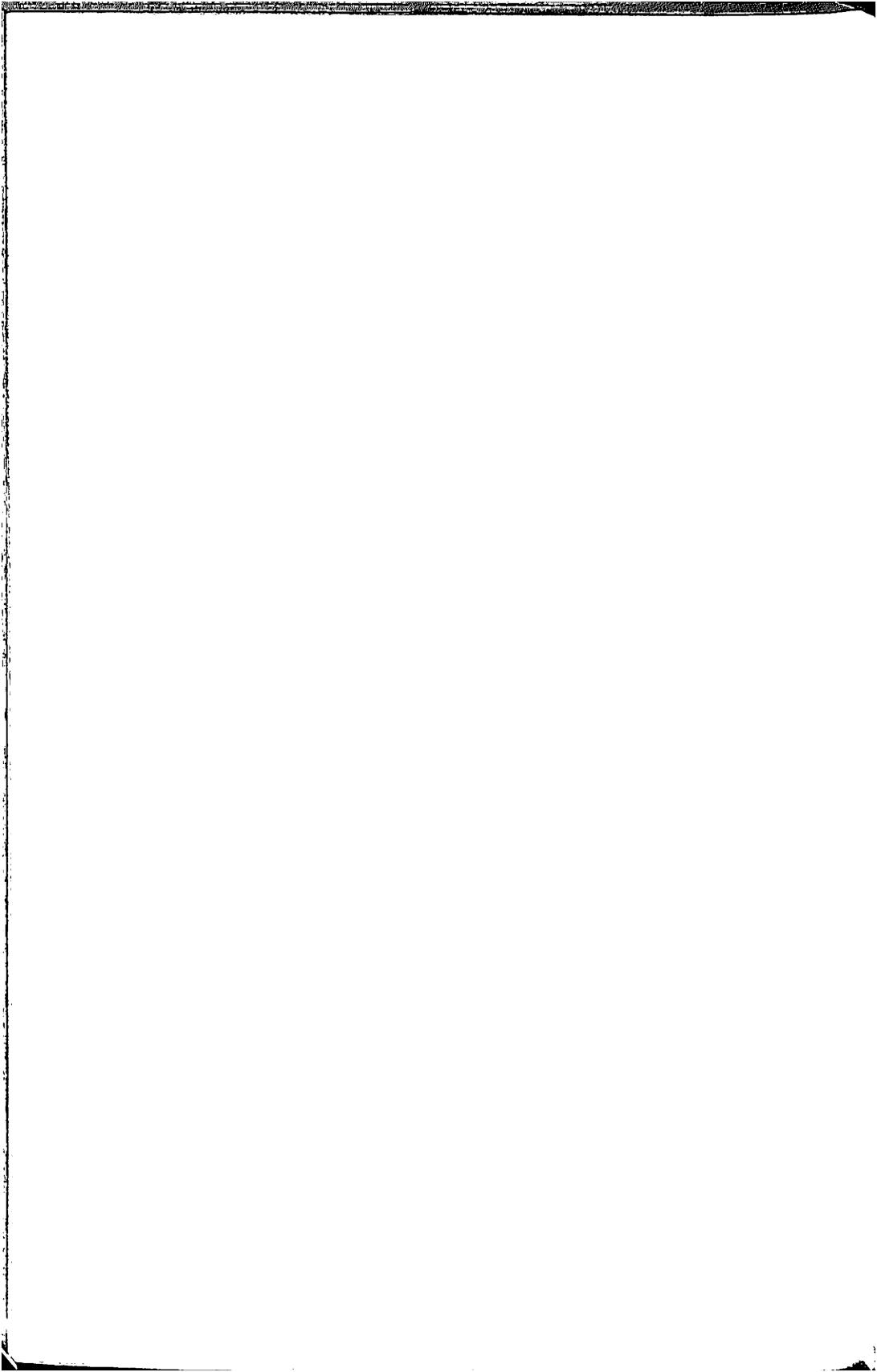
Según sé, él regresó con Samantha, su primera esposa. Ahora trabaja como vendedor en un lote de autos, allá en San José. Quisiera manejar hasta allá, ir a su casa, tocar a su puerta y darle gracias por haber cuidado de mi hija y de Yadira de manera desinteresada por todo este tiempo.

Yadira pensaba regresar junto con su esposo a Estados Unidos, incluso después de confesarle el verdadero motivo detrás de su deseo de venir a Tijuana con él. Sin embargo, éste lo tomó todo insólitamente bien, proponiéndole incluso el divorcio para librarla de su compromiso. Quizá era que no quería tener ya nada que ver con latosos mexicanos, aunque no creo...

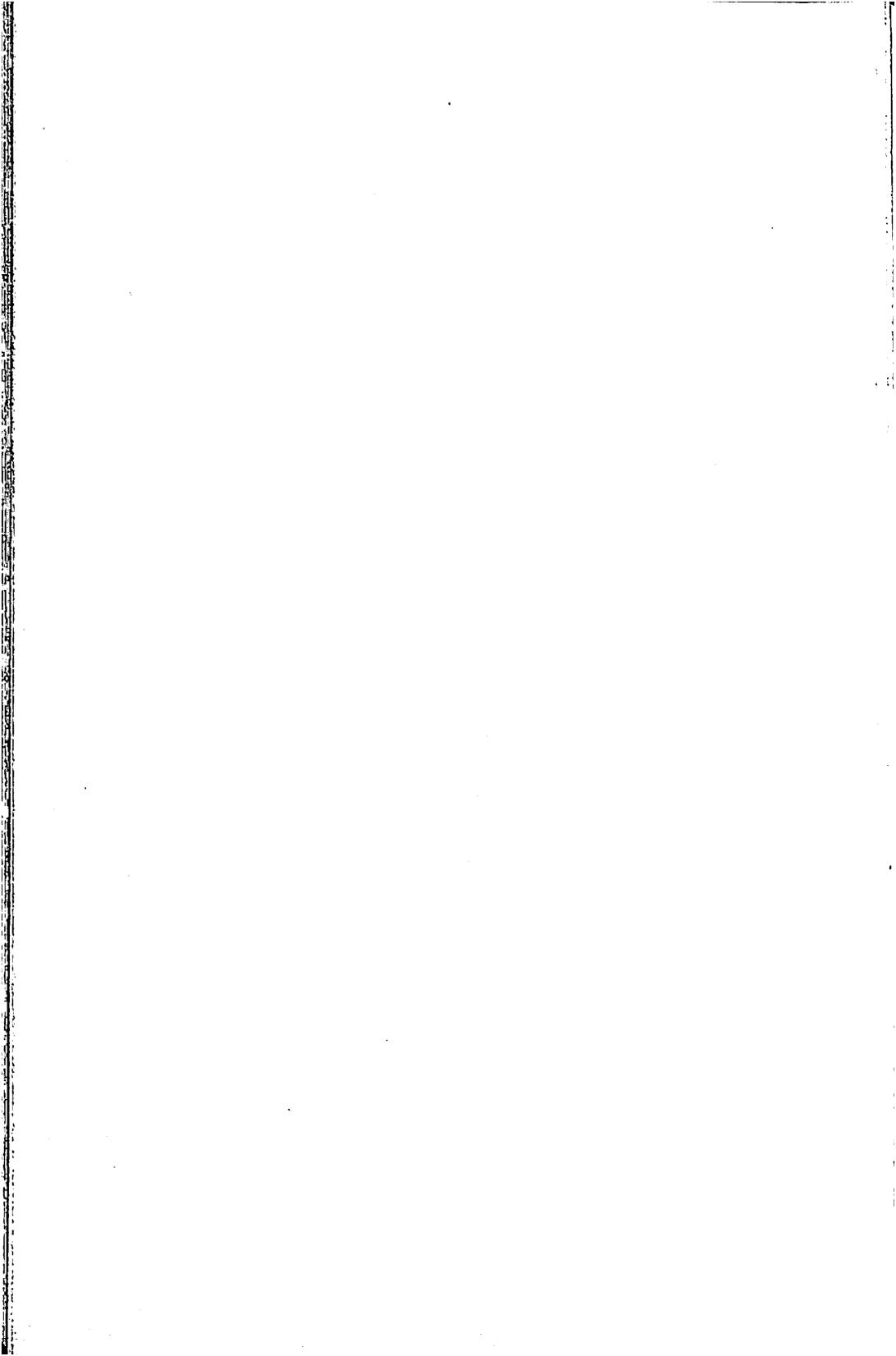
Gloria y yo también nos separamos, aunque la nuestra fue una separación civilizada sólo en la medida en que por la vía legal me dejó en la calle. Ahora Roxana y Gloria se encuentran viviendo juntas en mi antigua casa y experimentando un estado de emancipación total, según dicen ellas mismas. Roxana decía que la conferencia de Rubí Chacón fue lo que la hizo entender mejor las cosas:

“No Gloria, a mí Rubí Chacón me enseñó que yo no tengo la culpa, que la culpa la tiene esta sociedad machista en la que vivimos. Además de que el desayuno estuvo riquísimo. Dieron chimichangas”.





Los días de Rubí Chacón, de
Hilario Peña (seudónimo de
Alejandro González), se terminó
de imprimir en el mes de julio de
2007, en los talleres de
Coloruno, S. de R.L. de C.V.
El cuidado de la edición estuvo a
cargo del Centro Cultural Tijuana,
del autor y de DDO Producciones
(ddopro@prodigy.net.mx).
En su composición tipográfica
se utilizaron tipos Minion.



Otros títulos publicados
por el Fondo Regional
para la Cultura y las
Artes del Noroeste

Nuevos salvajismos

La perversión civilizada

Premio Nacional de Ensayo

Abigael Bohórquez 2004

Diego José

Pensar desde el cuerpo

Tres filósofos artistas: Spinoza,

Nietzsche y Pessoa

Premio Nacional de Ensayo

Abigael Bohórquez 2005

Sigifredo Esquivel Marín

Tecateando el recuerdo

Recuentos y recreaciones

fronterizas

José Manuel Valenzuela Arce

Los días de Rubí Chacón

¿Quién es Rubí Chacón? ¿Cuál es el tiempo que marca su presencia? Estas preguntas las va desvelando poco a poco Eric, un desencantado protagonista que ve los restos de su país, de su sociedad, de su familia, irse descomponiendo poco a poco a lo largo de los días de la vida de Rubí Chacón.

Incluso nos previene desde el inicio del relato: "una crisis avanzaba, del sur al norte, como una plaga". La crisis va de la mano de las transformaciones de una pseudoheroína social, Rubí Chacón, que le sirve de contrapunto a Eric para evaluar el desastre que sobreviene: Sectas parareligiosas enajenando con productos de mercadotecnia piramidal, corrupción laboral y degradación artística, violencia familiar, pero sobre todo una enorme desesperanza porque hace tiempo que la catástrofe se instaló en este lugar, en esta ciudad fronteriza "inocente" y desamparada.

Eric es testigo de la llegada de Marcial, el de los chacos prestos a la bronca fortuita, al desmadre, a la provocación y al abuso. Con Marcial, llegará a la vida de Eric la transformación de su entorno y su desenlace.

GERARDO GÓMEZ MICHEL

Fondo Regional para la Cultura y las Artes del Noroeste



Consejo Nacional
para la
Cultura y las Artes



DIRECCIÓN GENERAL DE
VINCULACIÓN CULTURAL